Rex Stout

Nero Wolfe

FER-DE-LANCE



Como cualquier herpetólogo te diría, la fer-de-lance se cuenta entre las serpientes más mortíferas conocidas por el hombre.

Cuando alguien le envía una a Nero Wolfe, Archie Goodwin sabe que él está muy cerca de la resolución de los diabólicamente bien orquestados asesinatos de un inmigrante y el presidente de una universidad. Mientras, Wolfe juega al encantador de serpientes en un caso que tiene más giros que una anaconda, silbando una seductora melodía que espera que atraiga al asesino de corazón emponzoñado.



Rex Stout

Fer-de-lance

Nero Wolfe - 1

ePub r1.2
Titivillus 08.11.2018

Título original: *Fer-de_lance*
Rex Stout, 1945
Traducción: José Mallorquí

Editor digital: Titivillus
Digitalización: SeñorMota
ePub base r2.0



GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra

ANDERSON: Fiscal del Distrito de Westchester County.
BARSTOW (Ellen): Esposa de Peter.
BARSTOW (Larry): Hijo de los anteriores. Amigo de Manuel Kimball.
BARSTOW (Peter): Rector de la Universidad de Holland.
BARSTOW (Sarah): Bella joven hija del anterior.
BRADFORD (Nathaniel): Doctor, amigo de la familia Barstow.
DERWIN: Ayudante del fiscal Anderson.
FIORE (Ana): Muchacha de veinte años, sirvienta de la patrona de Carlo.
FRITZ: Cocinero de Wolfe.
GOODWIN (Archie): Secretario de Wolfe.
KIMBALL (E. D.): Socio del «Club Green Meadow», vecino de Barstow.
KIMBALL (Manuel): Hijo del anterior.
MAFFEI (Carlo): Hábil orfebre italiano, aficionado a la bebida.
MAFFEI (María): Hermana de Carlo. Ama de llaves de un lujoso piso.
PANZER (Saúl): Detective privado a las órdenes de Wolfe.
WOLFE (Nero): Famoso detective, protagonista de esta novela.

CAPÍTULO PRIMERO

NO existía motivo alguno para que no fuese yo, aquel día, el enviado a traer la cerveza, pues la semana anterior se había ya ultimado el caso de «Fairmont National Bank», y no me quedaba otro trabajo que el hacer los recados que se presentaran.

Nero Wolfe no vacilaba nunca en enviarme a Murray Street por una caja de betún, si se daba el caso de que la necesitara. Sin embargo, Fritz fue quien recibió el encargo de buscar la cerveza. Inmediatamente después de comer fue llamado a la cocina, por medio del timbre, antes de que terminase de fregar los platos, y, enterado de lo que se deseaba, tomó el auto, que siempre estaba frente a la puerta de la casa. Una hora más tarde volvió con el asiento posterior lleno de cestos de botellas.

Wolfe estaba en la oficina, como él y yo la llamábamos —Fritz la calificaba de biblioteca— y yo en el salón, leyendo un libro sobre heridas de armas de fuego, del cual no entendía absolutamente nada, cuando, al mirar por la ventana, vi a Fritz detenerse junto a la acera. Era una buena excusa para estirar las piernas y por ello bajé a ayudarle a descargar y conducir los cestos a la cocina. Estábamos allí, ordenando las botellas de cerveza, cuando oímos sonar el timbre.

Seguí a Fritz a la oficina.

Wolfe levantó la cabeza. Hago notar esto porque su cabeza era tan grande que sólo moverla daba la impresión de que era un trabajo ímprobo. Seguramente era mayor de lo que parecía, pues era tan larga que sólo podía disimularlo su gordura.

—¿Dónde está la cerveza?

—En la oficina, señor. En el estante de abajo, a la derecha.

—Tráela aquí. ¿Está fría? Y un abridor y dos vasos.

—La mayor parte está fría, señor. Voy por ella, señor.

Sonriendo, me senté en una silla, preguntándome qué pretendía hacer Nero Wolfe con unos discos de papel que acababa de recortar y colocaba en distintos lugares del secante de encima de la mesa. Fritz empezó a traer la cerveza, de seis en seis botellas. Después del tercer viaje volví a sonreír al ver cómo Nero Wolfe dirigía una mirada al grupo de botellas de encima de la mesa y luego otra a la espalda de Fritz, que se dirigía hacia la puerta. Después de la llegada de otras dos remesas, Wolfe interrumpió el transporte.

—Fritz: ¿quieres hacer el favor de decirme cuándo vas a terminar esto?

—Muy pronto, señor. Sólo quedan diecinueve más. Cuarenta y nueve en total.

—¡Qué estupidez! Perdóname, Fritz, pero no cabe duda que es una estupidez.

—Sí, señor. Usted me *pidió* una botella *de cada clase*. Recorrí por lo menos doce tiendas.

—Perfectamente. Tráelas. Y trae también unas cuantas galletas saladas. Las probaremos todas. No sería justo quitarles esta oportunidad.

Resultó, como me explicó Wolfe después de haberme invitado a acercarme a la mesa y empezar a abrir botellas, que había decidido dejar de comprar la cerveza de contrabando, que durante varios años había adquirido en barriles que guardaba en un refrigerador del sótano, y ver si alguna de las marcas que se vendían en la ciudad resultaba potable. También me dijo que había decidido que seis litros diarios de cerveza eran innecesarios, y además hacían perder mucho tiempo, por lo cual, en adelante, se limitaría a cinco litros. Al oír esto volví a sonreír, pues no lo creí, y sonreí otra vez al imaginarme cómo se llenaría la casa de botellas vacías, a menos que Fritz se pasara el día entero devolviéndolas. Le dije nuevamente lo que ya le había dicho otras veces: que la cerveza entorpece el cerebro, y que no comprendía que un hombre que, como él, se bebía seis litros diarios, poseyese una agilidad mental superior a la de sus demás compatriotas. Como en las anteriores ocasiones, Nero Wolfe me respondió que no era su cerebro el que trabajaba, sino sus centros nerviosos inferiores. Mientras estaba yo abriendo la quinta botella de prueba siguió diciendo, y tampoco por primera vez, que no cometería el insulto de aceptar mis alabanzas, pues si eran sinceras, yo era un idiota, y si no obedecían a la verdad, entonces yo sería un sinvergüenza.

Chasqueó la lengua, probando la quinta marca, y levantando el vaso miró al

trasluz el ambarino líquido.

—¡Ésta sí que es una agradable e inesperada sorpresa, Archie! ¡Jamás lo hubiese creído! Ésta es la ventaja de ser pesimista. Los pesimistas no hacen más que llevarse sorpresas agradables. En cambio, los optimistas sólo sufren desengaños. Hasta ahora ninguna ha valido nada. Como ves, Fritz ha marcado el precio en las etiquetas, y he empezado por las más baratas. No, dame esa otra.

Fue en ese momento cuando oí sonar en la cocina el leve zumbido de la puerta principal. Ese zumbido fue el que puso en marcha la bola a pesar de que, en el primer momento, no pareció tener ningún significado especial; tan sólo era Durkin pidiendo un favor.

Durkin era de confianza. Cuando las cosas se pusieron tan mal que Wolfe, como todo el mundo, desde banqueros hasta vagabundos, tuvo que reducir gastos, Saúl Panzer y yo vimos reducidos el tamaño de nuestro sobre mensual. En cambio Durkin dejó de cobrar por completo. Wolfe le llamaba siempre que le era necesario y le pagaba por los días de trabajo, por lo cual le seguí viendo y supe que las cosas no le iban demasiado bien. Aquel día hacía más de un mes que no le había visto.

Wolfe levantó la cabeza y saludó:

—Hola, Fred. ¿Te debo algo?

Durkin, acercándose a la mesa sombrero en mano, movió negativamente la cabeza.

—¿Cómo está usted, señor Wolfe? ¡Ojalá me debiera usted alguna cosa! Si hubiese alguien que me debiera algo me pegaría a él como la silla al caballo.

—Siéntate. ¿Quieres un poco de cerveza?

—No, gracias. —Fred continuó en pie—. He venido a pedirle un favor.

Wolfe volvió a levantar la cabeza y apretó ligeramente, y por un instante, los labios. Esto, como yo sabía muy bien, era indicio de que en el interior de su voluminoso cuerpo algo ocurría.

—Ya sabes mi situación financiera —replicó Wolfe— Mas, puesto que no has venido a pedir dinero, puedes dar por concedido el favor. ¿De qué se trata?

—Nadie necesita el dinero con tanta urgencia como yo —replicó Durkin, a quien Wolfe siempre turbaba—. ¿Cómo sabe que no se trata de eso?

—No importa. Archie te lo explicará. No estás lo bastante nervioso y, además, en un caso así, no hubieras traído contigo a una mujer. ¿De qué se trata?

Me incliné hacia delante e intervine en la conversación.

—¡Pero si está solo! —exclamé—. Tengo los oídos en perfecto estado.

Un ligero estremecimiento, que sólo mi aguda vista pudo percibir, recorrió el enorme cuerpo de Wolfe.

—Sí, Archie, tienes unas magníficas orejas. Pero el caso es que nada había para oír; la dama no ha hecho ningún ruido perceptible desde esta distancia. Y Fritz no ha hablado de ello; pero al abrir la puerta y saludar a Fred lo ha hecho con la cortesía que reserva al sexo débil. Si oyese a Fritz dirigirse con ese acento a un hombre solo, lo enviaría enseguida a un psicoanalista.

—Es una amiga de mi mujer —explicó Durkin—. Su mejor amiga. Mi mujer, no sé si usted lo sabe, es italiana. Esa amiga está, o cree estar, en un apuro. María ha buscado a Fanny; Fanny ha recurrido a mí, y entre las dos me han dado la gran lata, porque le dije una vez a Fanny que usted es un diablo que puede descubrir todo lo del mundo.

—Está bien, hazla pasar —replicó Wolfe.

Durkin salió al vestíbulo y represó acompañado de una mujer. Era baja, pero no muy delgada, de ojos y cabellos negros. Representaba una edad mediana y su aspecto era muy cuidado. Llevaba un traje color rosa, de algodón, y una chaqueta de rayón negro. Acerqué una silla y se sentó frente a Wolfe y a la luz.

Durkin presentó:

—María Maffei, señor Wolfe.

La mujer dirigió una sonrisa a Durkin, mostrando los dientes, muy blancos, y dijo, dirigiéndose a Wolfe y con acento muy distinto al de Durkin:

—María Maffei.

—¿Es usted casada? —preguntó Wolfe.

María movió negativamente la cabeza.

—No, señor.

—Sin embargo está usted en un apuro, ¿no?

—Sí, señor. El señor Durkin pensó que usted tendría la bondad…

Pero Wolfe la instó:

—Explique de qué se trata.

—Sí, señor. Se trata de mi hermano Carlo. Se ha marchado.

—¿Adonde?

—No lo sé, señor. Por eso estoy asustada. Hace dos días que se marchó.

—¿Dónde…? No, no. Se trata sólo de hechos. —Wolfe se volvió hacia mí—. Sigue, Archie.

En el momento en que había terminado su «no, no», yo había sacado mi cuaderno. La mujer explicó rápida y serenamente su historia. Era ama de llaves

de un lindo pisito de la Park Avenue, y vivía allí. Su hermano Carlo, dos años mayor que ella, vivía en una casa de huéspedes de Sullivan Street. Era orfebre de primera clase, según ella, y durante varios años había ganado mucho dinero haciendo trabajos de joyería para «Rathburn & Cross», pero como le gustaba un poco beber más de la cuenta y no siempre se presentaba al trabajo, cuando llegó la depresión fue uno de los primeros en saltar. Durante algún tiempo estuvo haciendo diversos trabajos y gastando sus ahorros, y desde el invierno y primavera anteriores vivió por entero a costa de su hermana. Hacia mediados de abril, completamente desanimado, decidió volver a Italia, manifestándose María dispuesta a pagarle el traslado; incluso adelantó el dinero para el pasaje. Pero una semana después Carlo anunció que el viaje quedaba aplazado. No dijo por qué, pero declaró que no necesitaría más dinero y que pronto se hallaría en condiciones de devolver cuanto se le había prestado, pudiendo, incluso, quedarse en los Estados Unidos. Nunca había sido muy comunicativo, pero en aquella ocasión se mostró increíblemente misterioso. Ahora había desaparecido. El sábado telefoneó a su hermana, citándola para verse el lunes por la noche, día de salida para María, en el restaurante italiano de Prince Street, donde muchas veces cenaban juntos, y añadió, alegremente, que llevaría encima dinero suficiente para devolverle cuanto ella le prestó e incluso prestarle algo más si lo necesitaba. El lunes, por la noche, María aguardó hasta las diez a su hermano, yendo luego a la pensión en donde vivía, y allí la enteraron de que Carlo había salido poco después de las siete, sin volver a aparecer por allí.

—Anteayer —observé.

Durkin tenía también abierto su libro de notas y asintió:

—Sí, el lunes cuatro de junio.

Wolfe movió la cabeza. Había permanecido tan inmóvil y majestuoso como una montaña, con la barbilla alojada sobre el pecho.

Con un leve murmullo replicó:

—Durkin, hoy estamos a miércoles siete de junio.

—¿Y qué? —replicó Fred.

Wolfe señaló con un dedo a María.

—¿Fue el lunes?

—Sí, señor, desde luego. Es mi día de salida.

—Debieras saber el día en que vives, Durkin. Corrige tu cuaderno de notas, o tal vez sea mejor que lo tires. Llevas todo un año adelantado; el lunes cuatro de

junio no será hasta el año que viene. —Se volvió hacia la mujer—: María Maffei, lamento no poder decirle otra cosa sino que consulte a la policía.

—Ya lo he hecho, señor —replicó la mujer con un brillo de resentimiento en los ojos—. Me han contestado que se habrá ido a Italia con mi dinero.

—Tal vez sea eso.

—No, señor Wolfe. Usted lo sabe mejor. Usted me ha mirado bien. No creerá que yo conozco tan poco a mi hermano.

—¿Le ha dicho la policía en qué buque se embarcó su hermano?

—¿Cómo iba a decírmelo? No se ha embarcado en ningún vapor. No han hecho ninguna pesquisa. Se limitaron únicamente a decir que había marchado a Italia.

—Han obrado por inspiración. Bueno; siento no poder ayudarla, señorita. Sólo puedo hacer algunas suposiciones. Robo: en tal caso, ¿dónde está el cadáver? Es necesario consultar otra vez a la policía. Más pronto o más tarde alguien encontrará el cuerpo y entonces su problema, señorita, quedará resuelto.

María Maffei movió negativamente la cabeza.

—No lo creo, señor Wolfe; no puedo creerlo. Además está la llamada telefónica.

—No ha mencionado usted ninguna llamada telefónica —intervine.

La mujer me dirigió una leve sonrisa.

—Debiera haberlo hecho. Poco antes de las siete le telefonearon a la pensión. El teléfono está en la planta baja y la muchacha oyó hablar a Carlo. Estaba muy excitado y prometió encontrarse con alguien a las siete y media. —La mujer se volvió de nuevo hacia Wolfe—. Usted puede ayudarme a encontrarle. Puedo parecer fría como la hierba porque hace mucho tiempo que vivo entre los americanos, pero de corazón soy italiana y quiero encontrar a mi hermano, averiguar si alguien le ha hecho algún daño.

Wolfe movió negativamente la cabeza. María no le hizo caso.

—¡Tiene usted que hacerlo, señor! Dice Durkin que no hace usted nada que no sea por dinero. Aún me queda algo y puedo pagar todos los gastos y quizás algo más. Usted es amigo de Fred y yo soy amiga de la mujer de él, de Fanny.

—Yo no soy amigo de nadie —replicó Wolfe—. ¿Cuánto puede usted pagar?

La mujer vaciló.

—¿Cuánto tiene usted?

—Pues… tengo… algo más de… mil dólares.

—¿Cuánto de eso quiere gastar?

—Pues estoy dispuesta a gastar… todo. Si encuentra usted vivo a mi hermano se lo daré todo. Si le encuentra muerto, me lo enseña y me dice quién lo mató, aún le pagaré mucho. Todo lo que quede después del entierro.

Wolfe bajó lentamente los párpados, volviéndolos a levantar enseguida. Esto en él significaba su aprobación.

—Es usted una mujer práctica —dijo— y también es posible que sea usted una mujer de honor. Tiene razón al decir que puedo ayudarla; es mi genio. Pero usted no ha servido el estimulante que debe despertarlo, y es muy, problemático que en la busca de su hermano se despierte. Sea como sea, lo primero es pura rutina y sus gastos serán reducidos. —Volvióse hacia mí—: Archie, ve a la casa de huéspedes donde se alojaba Carlo Maffei; su hermana te acompañará para que te dejen entrar. Habla con la muchacha que escuchó la conversación telefónica; visita a otras personas; examina bien su habitación. Si se vislumbra alguna pista telefonea para hablar con Saúl Panzer, a cualquier hora después de las cinco. Cuando vuelvas trae contigo todo cuanto a ti pueda parecerte importante.

Juzgué innecesario que me hiciera tales recomendaciones delante de una extraña, pero hacía ya mucho tiempo que me había acostumbrado a no molestarme por sus chanzas. María Maffei levantóse de la silla y le dio las gracias.

Durkin dio un paso adelante.

—Respecto a esto de que usted no hace nada que no sea por dinero, señor Wolfe, ya comprenderá que uno no puede siempre medir sus palabras…

Le saqué del atolladero en que se estaba metiendo:

—Vamos, Fred, tomaremos el auto y te dejaré donde quieras.

CAPÍTULO II

CUANDO detuve el brillante coche frente al número de la calle Sullivan indicado por María Maffei, tuve la impresión de que no volvería a ver brillante ni sano al auto, pues la calle estaba repleta de basura y de chicos que gritaban y se perseguían como diablos de negros ojos. Sin embargo, lo había tenido en sitios peores que aquél; por ejemplo la noche en que seguí al joven Graves, que iba en un *coupé pierce* con un maletín lleno de esmeraldas sobre las rodillas. Le perseguí desde New Milford, por Pike County, subiendo y bajando un sinfín de montañas por carreteras con treinta centímetros de barro y la peor lluvia que recordaba. Después de cada aventura así, Wolfe hacía repasar bien el coche, dejándolo como nuevo.

Tratábase de una casa de huéspedes más. Por un motivo u otro, todas son iguales, tanto si se trata de una pensión de todo lujo, o de una al oeste de Central Park, habitada por artistas decentes, o un tugurio como aquél. La única diferencia estaba en detalles como el olor a ajo. María Maffeí me llevó primero a ver a la patrona, mujer simpática, con los dedos cargados de anillos. Luego fuimos a la habitación de su hermano.

Examiné un poco el cuarto mientras María iba en busca de la muchacha que escuchó la conferencia. Se trataba de una habitación amplia, situada en el tercer piso, provista de dos ventanas. La alfombra estaba deshilachada y los muebles eran viejos y algo rotos, pero se advertía bastante limpieza y, a no ser por el ruido que llegaba desde la calle, no hubiera podido llamarse un mal alojamiento. En un rincón veíanse dos baúles, uno de ellos muy usado y el otro viejo, también, pero fuerte y bueno. Los dos estaban abiertos. En el más malo no había nada; el segundo contenía una serie de herramientas de distintas formas y tamaños, algunas de las cuales conservaban aún las etiquetas de la casa de

empeños donde debían de haber estado depositadas. También había distintas piezas de madera y metal, y objetos diversos, entre ellos algunos muelles. El cuarto ropero contenía unos trajes viejos, dos sobretodos, dos pares de zapatos, un abrigo y un sombrero de fieltro. En los cajones de la mesa que se hallaba entre las dos ventanas, encontrábase un abundante surtido de camisas, corbatas, pañuelos, calcetines y diversos objetos, como cordones para los zapatos, lápices, fotografías y latas de tabaco vacías. En un cajón superior, encontré un fajo de diecisiete cartas, todas con sellos italianos. Desparramados por el mismo cajón veíanse facturas pagadas, un bloque, algunos recortes de periódicos y revistas y un collar para perro. Encima de la mesa, junto con un peine, cepillo e impedimenta semejante, como diría Wolfe, hallábanse unos diez o doce libros, todos italianos, excepto uno lleno de figuras y grabados y un montón de revistas mensuales de tres años antes, todas ellas con el título de «Orfebrería».

En el ángulo correspondiente a la ventana derecha veíase una tosca mesa de madera bastante maltratada y cubierta de herramientas similares a las del baúl, entre ellas un soldador eléctrico con el cordón lo, suficientemente largo para alcanzar el portalámparas. Estaba examinando un pequeño afilador para ver si había sido utilizado recientemente, cuando entró María Maffei acompañada de la muchacha.

—Le presento a Ana Fiore —dijo la mujer.

Le estreché la mano. Era una muchacha de unos veinte años, muy pálida, como si en la cuna hubiera recibido un susto terrible y no se hubiese aún rehecho de él. Maffei había sabido que ella pudo escuchar la conferencia telefónica celebrada por el señor Maffei el lunes por la noche.

La chica dijo que sí con la cabeza.

Me volví hacia la mujer.

—Si quiere usted marcharse puede hacerlo, señorita Maffei. Ana y yo charlaremos un rato.

María movió negativamente la cabeza y dijo:

—Con tal de que vuelva a la hora de la cena es suficiente.

Lancé un leve gruñido. Estaba convencido de que todo aquello era un trabajo del que no podía esperarse ningún resultado. Le dije a María Maffei que podía prescindir de su compañía y que era mejor que se marchase y esperara a que Wolfe le dijese si había algo. Dirigió una mirada a la chica, me enseñó los dientes y salió del cuarto.

Acerqué un par de sillas, invité a Ana a que se sentara y me instalé frente a

ella, con un cuaderno de notas en las manos.

—No debe usted tener ningún miedo —le dije—. Lo peor que puede ocurrírle es que haga un favor a la señorita Maffei y a su hermano, y que ella, agredecida, le dé algún dinero. ¿Le es simpática la señorita Maffei?

Ante la idea de que alguien se molestara en averiguar sus simpatías o antipatías pareció sobresaltarse. Pero, detrás de la sorpresa, la respuesta estaba preparada.

—Sí, me es simpática. Es muy amable.

—¿Le es simpático el señor Maffei?

—Sí, claro, como todo el mundo. Excepto cuando se emborracha. Entonces es necesario que las muchachas nos apartemos de él.

—¿Por qué oyó usted la llamada telefónica del lunes por la noche? ¿La esperaba?

—¿Cómo iba a esperarla?

—No sé. ¿Contestó, usted al teléfono?

—No, señor. Fue la señorita Ricci. Ella me dijo que llamara al señor Maffei y yo lo hice. Luego me puse a limpiar la mesa del comedor y, como la puerta estaba abierta, oí lo que decía.

—¿Pudo usted oír lo que dijo el señor Maffei?

—Claro. —La joven me dirigió una despectiva mirada—. Siempre oímos lo que los huéspedes hablan por teléfono. La señora Ricci también le oyó.

—¿Qué dijo?

—Pues primero dijo: «Diga»; luego siguió: «Sí, soy Carlo Maffei, ¿qué quiere usted?». Luego añadió: «Eso es cosa mía. Se lo explicaré cuando le vea». Después de un poco de silencio preguntó: «¿Por qué no en mi cuarto?». Y enseguida: «No, no estoy asustado. No soy yo de los que se asustan». La señora Ricci dice que dijo: «No soy yo quien ha de estar asustado», pero ella no se acuerda bien. Después, el señor Maffei continuó: «Quiero el dinero y algo más». Luego continuó: «Está bien; a las siete y media en la esquina». Y después: «Haré lo que me parezca». Y por fin: «Está bien, a las siete y media. Conozco el auto».

Ana se interrumpió y yo inquirí:

—¿Quién era la persona con quien habló?

Suponía, desde luego, que su respuesta sería asegurar que lo ignoraba, puesto que María Maffei no sabía nada. Sin embargo, respondió enseguida:

—El mismo hombre que le llamó antes.

—¿Antes? ¿Cuándo?

—Muchas veces. Durante el mes de mayo. Un día le llamó hasta dos veces. La señora Ricci dice que la del lunes fue la novena llamada.

—¿Ha oído usted la voz de ese hombre?

—No, señor. La señora Ricci es la que contesta a todas las llamadas.

—¿Oyó pronunciar alguna vez el nombre de esa persona?

—No, señor. La señora Ricci, que es muy curiosa, se lo preguntó, pero el hombre contestó que no importaba y que hiciese el favor de decir al señor Maffei que le llamaban al teléfono.

Empecé a pensar que en aquello habría algo divertido; tal vez, incluso, un poco de dinero. No es que el dinero me interesase a mí, puesto que tenía que ser para Wolfe; lo que yo buscaba era la diversión. Había oído muchas veces los interrogatorios de Nero Wolfe, y aunque sabía que casi todos los resultados procedían de una cualidad por mí no dominada, gran parte de ella era la paciencia. Por lo tanto, proseguí el interrogatorio durante un par de horas, reuniendo un sinfín de datos, la mayoría de los cuales para mí no significaban nada. Una vez pensé que empezaba a quemarme cuando supe que Carlo Maffei tenía dos novias distintas, con las cuales se presentaba en público en variadas ocasiones, y que una de ellas era casada; pero cuando vi que eso no tenía ninguna relación con la llamada telefónica, lo dejé de lado. Maffei había hablado de marchar a Italia, pero no especificó nada. Todo el asunto lo guardó secreto. No recibía otras visitas que las de su hermana y un amigo de sus tiempos de abundancia, con quien iba a cenar de cuando en cuando. Llegó un momento en que no quedó en la chica nada por averiguar y terminé el interrogatorio, sin ver el menor rayo de luz por parte alguna. No obstante, algo en aquella llamada telefónica me impedía considerar que el tiempo se había perdido en vano. Al ponerme el sombrero le dije a Ana:

—Quédese aquí un momento mientras yo bajo a hablar con la señora Ricci.

La patrona confirmó la versión de la criada acerca de la llamada telefónica, y dijo que no tenía la menor idea de quién era el hombre que llamó, aunque en varias ocasiones trató de averiguar su identidad. Le hice unas cuantas preguntas y por fin le pedí permiso para llevarme a Ana. Me contestó negativamente, diciendo que no podía quedarse sola para servir la cena. Saqué un billete de un dólar, y entonces la mujer me preguntó a qué hora podría volver la chica, añadiendo que no debía ser más tarde de las nueve.

Cuando hubo aceptado mi dólar, le dije:

—No puedo prometerle nada, señora Ricci. Cuando mi jefe empieza a hacer

preguntas pasan los días y las noches sin darse uno cuenta. Pero le aseguro que volverá sin daño alguno y lo más pronto posible.

Subí a buscar a Ana y algunas de las cosas de los cajones de la mesa, y al salir a la calle comprobé, con profundo alivio, que mi auto no había perdido ni un guardabarros ni la rueda de recambio.

Me dirigí hacia la parte alta de la ciudad, sin darme prisa, no queriendo llegar demasiado pronto a la calle Treinta y Cinco, puesto que de cuatro a seis, Wolfe estaba arriba, cuidando de sus plantas, y a menos que fuese absolutamente necesario valía más no molestarle durante esas dos horas.

Ana estaba en el auto, manteniendo los pies muy cerca del asiento y las manos cruzadas sobre el regazo. Esto me hizo sentir una gran simpatía por ella, por lo cual le dije que le daría un dólar si le explicaba a mi jefe todo cuanto pudiera serle de alguna utilidad. Eran las seis y minutos cuando me detuve frente a la vieja casa donde, a menos de una manzana del Hudson, Wolfe vivía desde veinte años antes.

Durante un tercio de ese tiempo yo le había acompañado.

Ana no volvió aquella noche a casa a las nueve. Eran más de las once cuando Wolfe me envió a la oficina del *Times* por los periódicos, y era más de medianoche cuando encontramos el punto que Ana reconoció. Para entonces la señora Ricci había telefoneado ya tres veces y cuando, poco antes de la una, llegué con la muchacha a Sullivan Street la patrona aguardaba a la puerta de su casa, tal vez con una navaja en la media. Mas no dijo ni una palabra, limitándose a dirigirme una intensa mirada. Yo le había dado un dólar a Ana, pues algo había ocurrido.

Al llegar a casa de Wolfe subí a buscarle al invernadero, dejando a la muchacha en la oficina. Le encontré sentado en un amplio sillón, con una enorme orquídea roja rozándole la nuca, no pareciendo interesado por nada. En realidad no sentía ningún interés. Se limitó a echar una mirada a los documentos que me llevé de la habitación de Carlo Maffei. Reconoció que la llamada telefónica admitía muchas explicaciones, pero que no había en ella nada para preocuparse. Traté de persuadirle de que, puesto que la chica estaba abajo, debía interrogarla, añadiendo, maliciosamente:

—Además, nos cuesta ya un dólar. Tuve que dárselo a su patrona para que la dejara salir.

—Sería un dólar tuyo, Archie.

—No, señor. Era un dólar de gastos. Ya lo he apuntado en el libro.

Fuimos hasta el ascensor. Si Wolfe hubiera tenido que encargarse de subir su propia humanidad, no creo que ni las orquídeas hubiesen sido capaces de hacerle ir hasta el invernadero.

Inmediatamente empezó a interrogar a Ana. Era magnífico. Cinco años antes yo no hubiese sabido apreciar aquel arte. Era magnífico por lo comprensivo. Si aquella muchacha sabía algo, por poco que fuese, o si reaccionaba de alguna forma, eso podría servirnos de indicio. Wolfe la interrogó durante cinco horas. Le preguntó acerca de la voz de Carlo Maffei, de sus costumbres, su manera de vestir, sus comidas, sus modales en la mesa, sus relaciones con su hermana, con la señora Ricci, con ella misma, con todas las personas que Ana le hubiese visto tratar. La interrogó acerca de la señora Ricci y los huéspedes de la pensión que llevaba, dos años en ella, acerca de los vecinos y de los comerciantes que solían servir géneros en la casa.

Todo esto lo hizo sencilla y lentamente, procurando no cansarla, completamente distinto de aquella vez que le vi interrogar a Lon Graves, a quien volvió casi loca en una tarde. Tuve la impresión de que sólo le sacaba una cosa de provecho a la chica, y esto no fue mucho: sólo el admitir que aquel mismo miércoles por la mañana había substraído algo de la habitación de Maffei. Trocitos de papel, o etiquetas, con el dorso engomado y con los nombre de «S. S. Lucía» y «S. S. Fiorenza» en la parte delantera. Como es natural, se trataba de etiquetas marítimas para equipaje. Consultando los periódicos averigüé que el *Lucía* había zarpado el 18 de mayo y el *Fiorenza* el 3 de junio. Sin duda, Maffei se había decidido a marchar a Italia, y no una vez, sino dos. Ana dijo que se las había llevado porque eran de colores muy lindos y deseaba pegarlas en la caja donde guardaba su ropa. Durante la cena, que los tres tomamos en el comedor, Wolfe sólo habló conmigo, y la mayor parte del tiempo acerca de cerveza; mas después de tomar café volvió al despacho y reanudó el interrogatorio, insistiendo sobre detalles tan poco importantes, que cualquiera que no le conociese le habría tomado por tonto. Hacia las once yo estaba ya muerto de aburrimiento y bostezando de sueño, irritado por no verle demostrar la menor impaciencia ni desánimo.

Y entonces, de pronto, dio en el clavo.

—De forma que el señor Maffei no le hizo jamás ningún regalo a usted, ¿verdad?

—No, señor. Sólo la caja de yeso de que le he hablado y los periódicos, sí es que a eso se le puede llamar un regalo.

—Sí, me ha dicho que siempre le daba el periódico de la mañana. El *New York Times*.

—Sí, señor. Me dijo un día que compraba el *New York Times* por los anuncios clasificados. Los anuncios de empleos, ¿sabe?

—¿Le dio también el periódico el lunes por la mañana?

—Siempre me lo daba por la tarde. Sí, señor, el lunes por la tarde.

—Supongo que aquella mañana no ocurriría nada de particular, ¿verdad?

—No, señor.

Al parecer, Wolfe observó cierto parpadeo en los ojos de la joven, movimiento que a mí me pasó por alto. De todas formas, insistió:

—¿No había nada de particular en aquel periódico?

—No, señor, nada más que el recorte.

—¿El recorte?

—Sí, un trozo cortado. Un trozo muy grande.

—¿Recortaba muy a menudo trozos de periódico?

—Sí, señor. Muchos anuncios. Puede que siempre fueran anuncios. Yo utilizaba los periódicos para recoger la basura y tenía que ir con cuidado con los agujeros.

—Pero aquél era un recorte muy grande, ¿eh?

—Sí, señor.

—Entonces no se trataba de un anuncio que recortaba del periódico del lunes.

—¡Oh, no! Estaba en la primera página.

—¿Sí? ¿Hasta entonces no había recortado nada en la primera página del periódico?

—No, señor. Estoy segura.

—¿Hasta entonces sólo recortó anuncios?

—De eso no estoy segura. Creo que sólo eran anuncios.

Wolfe permaneció un momento con la barbilla apoyada sobre el pecho. Luego se volvió hacia mí.

—Archie, corre a la calle Cuarenta y Dos y compra veinte ejemplares del *New York Times* del lunes.

La posibilidad de hacer algo que me quitara un poco el sueño me alegró. No era que se tratara de nada emocionante, ya que me daba cuenta de que Wolfe no hacía más que aprovechar la única grieta que podía dar un poco de luz. No esperaba nada importante. Pero la noche era magnífica, fresca y suave a la vez.

Me llené de aire los pulmones mientras me dirigía hacia Broadway y torcía hacia el Norte. En Times Square vi un policía conocido, Marve Doyle, que patrullaba generalmente por la calle Catorce.

Me permitió dejar el auto junto a la acera de Broadway mientras yo corría hacia la oficina del *Times*. La gente que salía de los cines y teatros llenaba las calles.

Cuando regresé a casa, Wolfe dejaba descansar a la chica. Había hecho traer a Fritz algo de cerveza, y Ana la tomaba como si fuese té hirviendo, con el labio superior cubierto por un arco de espuma blanca. Aunque no hacía ni veinte minutos de mi marcha, Nero Wolfe había vaciado ya tres botellas. Al verme entrar dijo:

—Debí haberte encargado que trajeses la edición de la ciudad.

—Ésa es la que he traído.

—Bien. —Volvióse hacia la muchacha—. Si no tiene usted inconveniente, señorita Fiore, vale más que no mire lo que hacemos. Pon su silla de forma que nos dé la espalda, Archie. Acerca aquella mesita para su cerveza. Ahora trae los periódicos. Retira las segundas secciones, serán de gran utilidad para la señorita Fiore. Piensa en la cantidad de basura que pueden contener. Así.

Extendí una primera sección ante él, sobre la mesa y Wolfe se irguió en su asiento de forma que pudiera inclinarse sobre el periódico. Era como ver a un hipopótamo del zoológico erguirse para tomar su alimento. Reuní todas las segundas secciones y las amontoné en una silla. Después cogí una primera página y empecé a examinarla. A primera vista no se advertía absolutamente nada: mineros en huelga en Pennsylvania, la N. R. A. salvaba a la nación en tres distintas direcciones, dos muchachos habían cruzado el Atlántico en una lancha de diez metros, un catedrático sufrió un ataque cardíaco durante un partido de golf; a un gángster, a fuerza de gases lacrimógenos, lo hicieron salir de un piso de Brooklyn; en Alabama se celebró el linchamiento de un negro, y en algún punto de Europa alguien había hallado un cuadro muy antiguo… Miré a Wolfe; estaba tragándose la primera página. Lo único que me pareció de alguna utilidad fue lo del cuadro descubierto en Suiza y que se suponía robado en Italia. Mas cuando Wolfe echó, al fin, mano a las tijeras que guardaba en el cajón, no fue esa noticia la que cortó, sino la del gángster. Después dejó a un lado el periódico y pidió otro. Se lo entregué y entonces sonreí al verle cortar lo del cuadro; por lo menos yo ocupaba el segundo puesto. Cuando pidió un tercer ejemplar, sentí que se despertaba mi curiosidad, y le dirigí una profunda mirada al verle guiar las

tijeras por la noticia del ataque cardíaco del catedrático. Observó mi admiración y dijo, sin mirarme:

—Ruega que sea éste, Archie. Si lo fuera tendríamos para Navidad un «Angroe cum sesquipedale».

—Soy capaz de deletrearlo porque llevo sus cuentas en orquídeas y en todo lo demás, pero no hubiese podido pronunciarlo, como tampoco me habría sido posible imaginar ninguna relación entre el catedrático y Carlo Maffei.

—Enséñale uno, Archie —ordenó Wolfe.

Encima de todos estaba el último que había recortado, pero preferí tomar el de en medio, o sea el referente al cuadro robado en Italia. En la parte inferior derecha de la primera página se había publicado una amplia reproducción del cuadro. Cuando lo extendí ante la doncella, Wolfe preguntó:

—Mire usted, señorita Fiore. ¿Era ése el lugar donde faltaba el recorte?

La muchacha le dirigió una sola mirada, replicando enseguida:

—No, señor. Era un recorte más grande, arriba. Mire, le enseñaré…

Se lo quité de delante antes de que pudiera señalar nada, y tomé otro de los recortados, que extendí ante ella. Esta vez miró dos veces y luego dijo:

—Sí, señor.

—¿Quiere decir que es éste?

—Sí, señor. Estaba cortado igual que éste.

Wolfe calló un momento, luego respiró hondo y dijo:

—Hazla volver, Archie. —Obedecí y Wolfe, mirándola muy fijo, preguntó —: ¿Cómo está tan segura, señorita Fiore, de que el periódico estaba recortado así?

—Sé que estaba así, señor. Estoy segura.

—¿Vio usted el trozo que cortó? ¿Estaba en su cuarto, en la papelera o lo tenía en la mano?

—No lo vi. Tampoco estaba en la papelera, porque en los cuartos no las hay.

—Bien. Si todas las razones fueran tan buenas como ésa… Ahora puede volver a su casa, señorita. Ha sido usted muy buena y muy paciente y además, al revés de la mayoría de las personas, a quienes evito quedándome en casa, sabe reservar la lengua para sus debidas funciones. Ahora sólo le pido, como favor, que conteste a una última pregunta.

La muchacha estaba rendida, pero aún le quedaba bastante vida para dejar que el asombro se reflejase en sus ojos. Miró fijamente a Wolfe, mientras éste preguntaba:

—¿Ha visto alguna vez un palo de golf en la habitación de Carlo Maffei?

Si Wolfe buscaba una conmoción la tuvo, pues, por primera vez durante todas aquellas horas, la joven mostró señales de miedo. De momento permaneció como si no hubiese oído; luego, cuando la pregunta se grabó bien en su cerebro, abrió la boca, como una idiota, y enseguida empezó a temblar.

—¿Cuándo lo vio? —siguió preguntando Wolfe.

De pronto, Ana cerró la boca, apretó las manos sobre el regazo y respondió:

—No, señor. —Era un murmullo casi imperceptible—. No lo vi nunca.

Wolfe la miró un momento y al fin dijo:

—Está bien, señorita Fiore. —Y volviéndose hacia mí, dijo—: Haz el favor de acompañarla a su casa.

Ana no intentó levantarse hasta que me acerqué a ella y la toqué en el hombro. Luego apoyó las manos en los brazos del sillón y se puso en pie. Era indudable que Wolfe había logrado algo de ella, pero la joven ya no parecía asustada; sólo abatida. Recogí su chaqueta de sobre el respaldo de una silla y la ayudé a ponérsela. Cuando se dirigió hacia la puerta me volví hacia Wolfe y casi no pude creer lo que mis ojos veían. Se estaba incorporando del sillón, dispuesto a ponerse en pie. Una vez le vi negarse a hacer lo mismo cuando salía del despacho una mujer valorada en veinte millones de dólares norteamericanos y casada con un duque inglés. De todas formas acabé de decir lo que había empezado a murmurar:

—Le prometí un dólar.

—Entonces tendrás que dárselo. —Levantó la voz de forma que llegase hasta la puerta—: Buenas noches, señorita Fiore.

La muchacha no replicó. La seguí hasta él vestíbulo y la ayudé a subir al auto. Cuando llegamos a Sullivan Street, la señorita Ricci aguardaba, brillantes los ojos, frente a la puerta de su casa. Y su expresión era tal, que me decidió a no entretenerme a charlar.

CAPÍTULO III

CUANDO, después de guardar el auto, regresé a casa, el despacho estaba a oscuras. Al llegar arriba vi una línea de luz bajo la puerta del dormitorio de Wolfe. Muchas veces me preguntaba cómo se las componía para desnudarse, pues Fritz no le ayudaba nunca. Fritz dormía arriba, al otro lado del vestíbulo superior. Mi cuarto estaba en el segundo piso, en el mismo que el de Wolfe. Era una habitación muy amplia, con baño propio y dos ventanas. Hacía siete años que vivía allí y lo consideraba ya mi hogar. Esperaba que lo siguiera siendo por otros siete años, o treinta y siete, pues la única mujer por quien me había sentido yo tierno encontró otra ganga que le pareció mejor. Así fue cómo conocí a Wolfe… pero no es éste el momento más indicado de explicar toda esta historia. Hay algunos puntos que más pronto o más tarde deberán ser aclarados.

Lo cierto es que aquel cuarto era mi hogar. La cama era amplia y cómoda; había una mesa con muchos cajones y tres cómodas butacas. Una alfombra de verdad, que llenaba todo el cuarto, en vez de esas malditas alfombritas en las cuales uno resbala como un trozo de mantequilla sobre un pastel caliente. Los dibujos de las paredes habían sido hechos por mí. La selección era excelente. Una vista de Mount Vernon, el hogar de George Washington; un cuadro en color representando la cabeza de un león, otro en que se veía un bosque, y un retrato de mis padres, muertos cuando yo era niño. En aquel cuarto no había nada extraordinario. Era un lugar excelente para vivir en él, a excepción del enorme gong colocado en la pared, bajo la cama, y eso no se veía. Estaba conectado de forma que Wolfe, todas las noches, al acostarse, hacía girar el interruptor y si alguien se acercaba a metro y medio de la puerta de su cuarto, el gong empezaba a sonar. Y lo mismo ocurría si alguien se enredaba con las ventanas o las puertas de la calle.

Wolfe me confesó una vez como si la cosa tuviera muchísima importancia, que en realidad él no tenía miedo; pero que le disgustaba mucho la idea de que alguien le tocase o le obligara a hacer algún movimiento brusco. Y, teniendo en cuenta el volumen que debía mover, me sentí dispuesto a creerlo. Por alguna razón que no me he preocupado de averiguar, nunca sospeché que Wolfe fuera cobarde, aunque, por regla general, si tengo motivos para sospechar que un hombre siente miedo, no vuelvo a comer a la misma mesa que él.

Me llevé conmigo uno de los periódicos y, después de haberme desnudado y puesto el pijama y las zapatillas, me acomodé en un sillón, con cigarrillos y cenicero a mano y leí por tres veces el artículo dedicado al rector de la Universidad. Empezaba así:

PETER OLIVER BARSTOW
MUERTO DE UN ATAQUE RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE
HOLLAND SUCUMBE EN EL CAMPO DE GOLF
Los amigos llegaron a su lado a tiempo de verle exhalar el último suspiro

La nota era extensísima. En la primera página se le dedicaba una columna entera, otra columna y media en el interior y en otro artículo se hablaba largamente del caso, reuniendo las declaraciones que importantes personajes habían hecho acerca de él. Lo sucedido, en sí, no indicaba gran cosa. Yo leía diariamente los periódicos, y aquél era sólo de dos días antes. No obstante no recordaba haberme fijado en aquello.

Barstow, rector, a los cincuenta y ocho años, de la Universidad de Holland, había estado jugando, el domingo por la tarde, en el campo de golf de Green Meadow, cerca de Pleasantville, a cuarenta y cinco kilómetros al norte de Nueva York. Sus compañeros de partido fueron su hijo Lawrence y dos amigos llamados E. D. Kimball y Manuel Kimball. Al llegar al cuarto agujero cayó, de pronto, hacia delante, quedando de bruces sobre el suelo, completamente inmóvil. Su caddy acudió a su lado y le agarró del brazo, pero cuando se acercaron los demás, estaba ya muerto. Entre el grupo que acudió desde la casa y los otros jugadores se hallaba un médico, viejo amigo de Barstow. Entre él y el hijo de Barstow trasladaron el cuerpo a la casa del rector, situada a nueve kilómetros de distancia. El médico dictaminó que había muerto de un ataque cardíaco.

El resto eran simples datos acerca de la carrera de Barstow, sus éxitos y un retrato suyo. Explicaba que su esposa se había desmayado al enterarse del suceso

y que su hijo y su hija habían resistido bien el golpe. A la tercera vez de leerlo empecé a bostezar y me di por vencido. La única relación que yo veía entre la muerte de Barstow y Carlo Maffei era el hecho de que Wolfe hubiese preguntado a Ana Fiore si había visto un palo de golf, por lo cual tiré el periódico, diciéndome en voz alta:

—Señor Goodwin, este caso no lo tiene dispuesto para su examen. —Luego bebí un trago de agua y me acosté.

Eran cerca de las 10 cuando, a la mañana siguiente, bajé al comedor, pues, si puedo, necesito ocho horas de sueño. Hasta las once Wolfe no comparecería por la planta baja. Se levantaba siempre a las ocho, por muy tarde que se acostase, almorzaba en su habitación, leía un par de periódicos y de las nueve a las once pasaba dos horas en su invernadero. A veces oía al viejo Horstman, que cuidaba las plantas, hablarle a gritos, mientras yo me vestía o tomaba el baño. No es que el viejo odiara a Wolfe; estoy seguro de que no era eso, pero estoy seguro de que temía que Wolfe, habiendo alcanzado ya el límite del equilibrio, cayera un día y aplastase todas las orquídeas, verdadera pasión de Horstman.

Cuando hube dado fin, en la cocina, a un plato de riñones salteados, buñuelos y un par de vasos de leche, pues siempre me negaba a que Fritz dispusiera para mí solo la mesa del comedor, salí a respirar el aire durante diez minutos, yendo hasta los muelles y volviendo. Luego me instalé ante mi mesa, en la oficina, con los libros, después de limpiar un poco el polvo y abrir la caja de caudales y cargar de tinta la pluma estilográfica de Wolfe. Como de costumbre, dejé sobre su mesa, sin abrir, la correspondencia. Extendí dos o tres cheques, ordené la cuenta de gastos, cosa no muy difícil, pues hacía días que no ocurría nada importante, y después repasé el libro de las plantas, para asegurarme de que Horstman llevaba al día sus informes. Estaba a mitad de este trabajo cuando oí sonar el timbre de la cocina. Poco después llegó Fritz a anunciar que un hombre llamado O’Grady deseaba ver al señor Wolfe. Tomé la tarjeta y, examinándola, comprobé que era nueva para mí; conocía a casi todos los policías de la Brigada de Investigación Criminal, pero a aquel O’Grady nunca le había visto. Le dije a Fritz que lo hiciese pasar.

O’Grady era joven y atlético, a juzgar por su manera de andar. Por la forma que tuvo de mirarme se hubiese creído que yo tenía en el bolsillo a un niño raptado.

—¿El señor Nero Wolfe? —preguntó.

Le invité a que se sentara, y, consultando luego mi reloj, dije:

—El señor Wolfe bajará dentro de diecinueve minutos.

El individuo frunció el ceño.

—Se trata de algo muy importante —dijo—. ¿No puede llamarle? Pertenezco a la Brigada de Investigación Criminal.

—Ya lo he visto por su tarjeta; está muy bien. Siéntese. Si le llamara me tiraría algo a la cabeza.

Acomodóse en un sillón y yo volví a ocuparme de los informes sobre las plantas. Un par de veces, durante la espera, pensé que podía intentar sondearle para distraerme, pero con una mirada a su rostro tuve suficiente; era demasiado joven. Durante los diecinueve minutos permaneció mudo, como si estuviera en una iglesia.

Al entrar Wolfe en la oficina, se levantó del sillón. Mientras avanzaba desde la puerta a su mesa, Nero me deseó buenos días, me pidió que abriese otra ventana y dirigió una mirada al visitante. Al sentarse a su mesa vio la tarjeta que yo le dejé allí, dirigió una mirada al correo, lo dejó a un lado y se volvió hacia el agente.

—¿El señor O'Grady?

El chico se adelantó.

—¿El señor Nero Wolfe?

Mi jefe asintió con la cabeza.

—Bien, señor Wolfe; necesito los papeles y demás cosas que se llevó usted ayer de la habitación del señor Carlo Maffei.

—¡No! —Wolfe levantó la cabeza para ver mejor al muchacho—. ¿De veras? Esto es muy interesante, señor O'Grady. Siéntese, haga el favor. Archie, acerca una silla para el señor.

—Muchas gracias, no se moleste. Tengo que hacer aún algunas gestiones. Me llevaré esos papeles y cosas…

—¿Qué cosas?

—Las que usted se llevó.

—Enuméremelas.

El policía echó la barbilla hacia delante.

—Déjese de bromas. Vamos, tengo prisa.

Wolfe agitó un dedo ante él.

—Calma, señor O'Grady. —La voz de Wolfe era baja y clara, un tono que no empleaba casi nunca; lo utilizó conmigo la primera vez que nos vimos; y nunca pude olvidar la impresión que me produjo. Me hizo el efecto de que, de haberlo

querido, él me hubiese podido arrancar la cabeza sin mover siquiera la mano. Siguió, pues, con el mismo tono—: Calma, joven, calma. Haga el favor de sentarse.

Yo tenía ya dispuesta una silla detrás del policía, que se dejó caer lentamente en ella.

—Va usted a recibir una lección gratuita, pero muy valiosa —dijo Wolfe—. Es usted joven y podrá utilizarla. Desde que entré en esta habitación no ha hecho usted más que cometer errores. Se ha mostrado descortés, lo cual me ha ofendido. Ha afirmado algo contrario a la verdad, lo cual es estúpido. Confunde las conjeturas con la realidad, lo cual es falta de ingenio. ¿Quiere explicarme lo que debiera haber hecho? Mis intenciones son en todos los aspectos amistosas.

O'Grady parpadeaba agitadamente.

—No le acuso de intenciones…

—Bien. Claro que usted no tiene medios de saber lo estúpido que es insinuar que yo haya hecho un viaje a la habitación de Carlo Maffei; ignorante de mis costumbres, usted no puede saber que yo no haría semejante cosa aunque el premio de ella fuese una *Cattleya Dowiana aurea*. Como a Archie Goodwin —y su dedo me señaló— no le importa tomarse semejante molestia, él fue quien hizo el viaje. Lo que usted debería haber hecho es lo siguiente: Primero, contestarme cuando di los buenos días. Segundo, hacer su demanda de una forma cortés, completa y veraz por lo que se refiere a los hechos. Tercera, aunque ésta es la menos esencial, pudo, como prueba de civilidad, haberme informado brevemente de que el cadáver del asesinado Carlo Maffei ha sido descubierto e identificado, y que la ayuda que puedan prestar esos documentos se necesita para ver de descubrir al asesino. ¿No está de acuerdo conmigo, señor O'Grady, en que eso hubiera sido lo mejor?

El agente le miró.

—¿Cómo diablos…? —empezó, interrumpiéndose, y continuó—: Ya está en los periódicos, ¿no? No lo he visto, y desde luego, el nombre no podía estar, pues sólo hace dos horas que yo lo he averiguado. Es usted un gran adivino, señor Wolfe.

—Muchas gracias. Tampoco yo lo he visto en el periódico. Mas, puesto que el anuncio de María Maffei de que su hermano había desaparecido no logró poner en acción a la policía, supuse que sólo un asesinato era capaz de sacarles de su sopor. Ello ha hecho que se dieran cuenta de que Archie había visitado la

habitación y retirado algunos documentos. ¿Tendría inconveniente en decirme dónde fue hallado el cadáver?

O'Grady se puso en pie.

—Ya lo leerá esta noche. Es usted muy original, señor Wolfe. Haga el favor de esos papeles.

—Desde luego —Wolfe no se movió—. Pero voy a dejarle que reflexione sobre un punto. Todo cuanto yo le pido son tres minutos de su tiempo, y la confirmación de lo que dentro de tres horas será del dominio público. Mientras que, a lo mejor, hoy o mañana, o acaso el año próximo, en relación con este caso u otro, puedo averiguar algún pequeño detalle que, comunicado a usted, puede significarle un ascenso, la gloria o un aumento de sueldo; y, lo repito, comete usted un error si olvida las exigencias de la cortesía profesional. El cadáver, ¿fue encontrado, por casualidad, en Westchester County?

—¿Cómo diablos…? —empezó O'Grady—. Si no le estuviese viendo y no fuese evidente que necesita una carretilla para moverse, sospecharía que ha sido usted el asesino. Está bien. Sí, Westchester County. Entre unos arbustos, a treinta metros de una carretera, a unos cinco kilómetros de Scarsdale, ayer, a las ocho de la noche. Lo encontraron dos chicos que buscaban nidos de pájaros.

—¿Muerto de un tiro?

—Apuñalado. El médico dice que el cuchillo debió de quedarse una hora o más en la herida, pero no estaba allí cuando el cadáver fue encontrado. Los bolsillos estaban vacíos. La etiqueta de su traje indicaba que fue comprado en una tienda de Grand Street, y esta mañana, a las siete, me dieron las marcas de la lavandería. A las nueve averigüé el nombre del asesinado y desde entonces estuve registrando su habitación y hablé con la patrona y la chica.

—¡Magnífico! —exclamó Wolfe—. Verdaderamente excepcional.

El joven frunció el ceño.

—Aquella chica, o sabe algo o tiene la cabeza tan vacía que no se acuerda ni de lo que tomó para almorzar. La tuvo usted aquí. ¿Qué le parece a usted su declaración de que no recuerda nada en absoluto de la llamada telefónica, que, según la patrona, escuchó por entero?

Dirigí una mirada a Wolfe, que no movió ni una pestaña, limitándose a decir:

—La señorita Ana Fiore no está en su completo juicio, señor O'Grady. ¿Dice que la encontró falta de memoria?

—¿Falta de memoria? ¡Incluso ha olvidado el nombre de Maffei!

—Una verdadera pena. —Wolfe echó hacia atrás su sillón, como si se

dispusiera a levantarse—. Pasemos ahora a los documentos. Los demás objetos son: una lata vacía de tabaco y cuatro instantáneas. Ahora deseo pedirle un favor. ¿Querría usted permitir que el señor Goodwin le acompañara fuera de este cuarto? Es una manía, pero no me gusta abrir la caja de caudales delante de otra persona. No se ofenda. Sentiría lo mismo, aunque algo más acentuado, si fuese usted mi banquero.

Hacía tanto tiempo que estaba al lado de Wolfe, que me había acostumbrado ya a seguirle la corriente, pero esta vez casi estuve a punto de traicionarle. Tenía ya abierta la boca para decir que todo aquello estaba en un cajón de su mesa, donde lo coloqué ante él, y sólo pudo contenerme la mirada que me dirigió. El policía continuaba vacilando; y Wolfe le aseguró:

—Vamos, señor O’Grady. O, mejor dicho, salga. Hace mal en creer que trato de crear una oportunidad para substraer algo, pues, aunque así fuese, usted no podría hacer nada por impedirlo. Entre profesionales, sospechas de semejante dase son muy tontas.

Conduje al agente al salón, cerrando la puerta detrás de nosotros. Suponía que Wolfe juguetearía con la combinación de la caja, para que oyésemos el ruido, mas, por si no se tomaba semejante molestia, entablé un animado diálogo, a fin de que los oídos de O’Grady no quedaran decepcionados. No tardamos en ser llamados de nuevo, y encontramos a Wolfe de pie junto a la mesa, con la lata de tabaco y el sobre donde metí los papeles y las fotos. Wolfe se lo tendió todo el policía.

—Buena suerte, señor O’Grady. Le aseguro que debe aceptar mis palabras en lo que valen: si alguna vez descubrimos algo que pueda ser de importancia para usted, se lo comunicaremos enseguida.

—Muchas gracias. Espero que sea así.

—Lo será.

El policía se marchó. Luego oí cerrarse la puerta de la calle y desde la ventana del salón vi cómo O’Grady se alejaba. Luego regresé al despacho y, acercándome a la mesa de Wolfe, a la que mi jefe se había vuelto a sentar, dije, sonriendo:

—Es usted un verdadero pícaro.

Los pliegues de sus mejillas se apartaron un poco de los ángulos de su boca, cosa que en él significaba que estaba riendo.

—¿Qué se guardó usted? —pregunté.

Del bolsillo interior de su chaqueta extrajo un trozo de papel de unos cinco

centímetros de largo por dos y medio de ancho, y me lo tendió. Era uno de los recortes que encontré sobre la mesa de Maffei. Me resultaba difícil creer que Wolfe hubiese estado enterado de su existencia, pues cuando lo traje a casa de Maffei apenas echó una mirada a todo ello. Sin embargo, se tomó la molestia de hacer salir de la habitación a O'Grady a fin de guardar el recorte.

> ORFEBRE, experto en dibujo y trabajo, que desee regresar a Europa para establecer allí residencia fija, puede obtener un trabajo lucrativo. Times, L467, Ciudad Baja.

Lo leí dos veces y no descubrí nada que no hubiese advertido cuando lo examiné la tarde anterior, en casa de Maffei.

—Si de esto saca en limpio que deseaba embarcarse, puedo ir a Sullivan Street y pedirle a Ana aquellas etiquetas. Además, ¿cuándo se fijó usted en eso? No me diga que puede ver las cosas sin mirarlas… —Me interrumpí. Claro que lo había leído. Riendo, pregunté—: ¿Lo leyó mientras yo llevaba a Ana a su casa?

—Bravo, Archie —replicó, sarcásticamente.

—Bien —contesté, sentándome al otro lado de la mesa—. ¿Tengo que hacer preguntas? Son tres las cosas que deseo saber. ¿O es que debo volver a mi trabajo diario?

—Nada de trabajo diario —replicó Wolfe—. Lo que tienes que hacer es ir en busca del auto y dirigirte, a velocidad razonable, a White Plains. Si las preguntas son breves…

—Son muy breves, pero si hemos de trabajar pueden esperarse. Puesto que se trata de ir a White Plains, supongo que será para hacer averiguaciones acerca de Carlo Maffei y otros detalles que a mí me parecen sin importancia.

—No, Archie. Deja de hacer reflexiones en voz alta; si es inevitable que acabes pareciéndote, por ejemplo, al señor O'Grady, que sea lo más tarde posible.

—O'Grady hizo esta mañana un buen trabajo: en dos horas fue de la marca de una lavandería a una llamada telefónica.

Wolfe movió la cabeza.

—Cerebralmente, ese hombre es un idiota. ¿Qué deseabas saber?

—No me corre prisa. ¿Qué hay en White Plains, si no se trata de Maffei?

Wolfe me dedicó un prolongado sustitutivo de la sonrisa. Por fin dijo:

—La posibilidad de ganar algún dinero. Sin necesidad de recurrir al archivo, ¿significa algo para ti el nombre de Fletcher M. Anderson?

—Creo que sí —contesté—. Mil novecientos veintiocho. Ayudante del fiscal en el caso Goldsmith. Un año más tarde marchó al campo y ahora es fiscal del distrito de Westchester County. Sólo estando cerradas todas las puertas y hablando en voz muy baja reconocerá que le debe a usted algo. Se casó con una mujer de dinero.

Wolfe asintió con un movimiento de cabeza.

—Exacto, Archie. En White Plains verás al señor Anderson y le entregarás un provocativo y beneficioso mensaje. Por lo menos existe la posibilidad de que sea así; estoy aguardando informes de un visitante que llegará de un momento a otro. —Con un esfuerzo extrajo de un bolsillo del chaleco un enorme reloj de platino y lo consultó—. Veo que los comerciantes en artículos deportivos no son más puntuales de lo que podría esperarse. Telefoneé a las nueve; la entrega del género debía hacerse, sin falta, a las once en punto. Ahora son las doce menos veinte. Ya debiera estar aquí, descontado todo retraso lógico. Habría sido mejor enviarte a ti… ¡Ah!

Era el timbre. Fritz fue a abrir y en el vestíbulo sonó su voz y la de otra persona. Un momento después apareció en el umbral de la puerta del despacho un joven con aspecto de futbolista, llevando sobre el hombro un enorme bulto de un metro de largo y tan grueso como el mismo Wolfe. Jadeando, anunció así:

—De Corliss Holmes.

A una señal de Wolfe, fui en ayuda del joven. Dejamos el paquete en el suelo y el recién llegado comenzó a desatarlo. Tardó tanto, que yo, impacientemente, saqué mi cortaplumas.

—No, Archie —ordenó Wolfe—: pocos son los nudos que merecen eso.

Guardé el cortaplumas. Por fin quedaron deshechos los nudos y el paquete abierto. Miré a Wolfe y volví de nuevo la vista hacia el paquete. Se trataba de una remesa de palos de golf. Debería de haber, al menos, un centenar: los suficientes para matar un millón de serpientes, pues yo jamás les había considerado útiles para otra cosa.

—El ejercido le será muy útil —dije a Wolfe.

Sin moverse de su asiento, Wolfe pidió que colocásemos los palos sobre la mesa. El joven y yo cogimos unos cuantos. Los había de todas clases. Largos, cortos, pesados, ligeros, de hierro, madera, acero, cromo, todo cuanto pudiera

imaginarse. Wolfe los fue mirando uno a uno, a medida que eran colocados ante él. Después de ver una docena, dijo:

—Esos de final de hierro, no. Fuera. —Y dirigiéndose al que los había traído, preguntó—: ¿No se llama eso el final?

El joven pareció asombrado y con aire de superioridad, contestó:

—Eso es la cabeza.

—Le ruego acepte usted mis excusas… Perdone. ¿Cómo se llama?

—¿Yo? Townsend.

—Acepte mis excusas, señor Townsend. Una vez, mientras se reparaba una avería de mi auto, vi en el escaparate de una tienda varios palos de golf, pero los finales no iban marcados. ¿Se trata de variedades de una misma clase?

—¿Eh? Todos son distintos.

—Ya. Claro, claro. Caras de madera, caras incrustadas, marfil… Si esto se llama la cabeza, supongo que esto será la cara, ¿no?

—Desde luego. Esto es la cara.

—Claro. ¿Y el motivo de estas incrustaciones? Puesto que todo en la vida obedece a un motivo, excepto el cultivo de las orquídeas.

—Pues… —el joven vaciló—. Claro, todo ello obedece al golpe. Estas incrustaciones van destinadas a dar variedad al mazazo.

—Ya entiendo. No siga. Tengo bastante. Y los mangos, algunos de madera, muy finos, otros de acero… Supongo que los mangos de acero están vacíos.

—Sí, son vacíos. Es cuestión de gustos.

—Perfectamente. La lección ha sido completa. En cuanto al objeto de su visita… Usted no puede venderme a mí nada; estos objetos resultarían completamente inútiles para mí. Puede rehacer el paquete y llevárselo, pero supongamos que yo hubiese comprado tres palos de golf y que el beneficio dejado por cada uno de ellos fuese de un dólar. Tres dólares, ¿no? ¿Quedará usted contento si le entrego esa suma?

Si el joven no tenía su orgullo, poseía, al menos, el de Corliss Holmes.

—No tiene usted ninguna obligación de comprar nada, señor.

—¡Es que aún no he terminado. Deseo pedirle un favor! ¿Quiere usted tomar uno de estos palos, ese mismo, por ejemplo, y hacerme una breve demostración de cómo se emplea? Haga como si le fuera a dar a la pelota.

El joven apenas podía disimular su desprecio. Tomó el palo que le tendía Wolfe, se apartó un poco, miró adelante y atrás, levantó el palo por encima del hombro y descargó un sibilante golpe en el vacío.

Wolfe se estremeció.

—¡Qué furia tan ingobernable! —murmuró—. ¿Querría repetirlo más despacio?

El joven obedeció.

—Si es posible, señor Townsend, hágalo más despacio aún.

Esta vez el golpe fue descargado con movimiento retardado. Y, a pesar de lo cómico de la acción, Wolfe la estudió atentamente. Por fin dijo:

—¡Magnífico! Muchísimas gracias, señor Townsend. Archie, puesto que no tenemos cuenta en casa de Corliss Holmes, haz el favor de entregar tres dólares al señor Townsend. Y date prisa. El viaje a que me he referido antes es urgente.

Después del tiempo pasado en inactividad, mi corazón se alegró al oír a Wolfe pedirme actividad. En un momento el joven y yo hicimos el paquete; le acompañé hasta la puerta y volví enseguida al despacho. Wolfe parecía estar silbando, aunque no se oía otra cosa que el ruido de aspirar y sacar el aire. Muchas veces me había acercado a él lo suficiente para comprobar si realmente silbaba, pero no conseguí jamás oírlo. Al verme entrar se detuvo, y dijo:

—Un momento nada más, Archie. Siéntate. No te hará falta tu cuaderno de notas.

CAPÍTULO IV

CUANDO conduzco un auto no veo gran cosa, aparte de la carretera, pues mi cerebro es de los que se entregan a un trabajo y no se ocupan de otro hasta que termina. A causa del tráfico me llevó un tiempo enorme para llegar hasta Woodlawn, mas desde allí hasta White Plains empleé sólo veintiún minutos. A pesar de mi tipo de cerebro y la prisa que llevaba, pude gozar con el rabillo del ojo de las bellezas del Parkway. Muchos de los arbustos estaban cubiertos de flores y las nuevas hojas de los árboles eran agitadas suavemente por la brisa. La hierba era espesa y verde. Mentalmente, me dije que ni por diez mil dólares podría hacerse una alfombra sobre la cual fuese tan agradable pasear como sobre aquella hierba.

La prisa no me sirvió de nada. Cuando llegué al edificio donde estaba instalado el Tribunal, no encontré a Anderson. Estaba de viaje y no regresaría hasta el lunes, o sea cuatro días después. Me dijeron que estaba en las Adirondacks, pero no me quisieron dar la dirección. No habría sido desagradable dirigirme a Lake Placid. Su ayudante, Derwin, a quien no había oído nombrar nunca, había ido a comer y no regresaría hasta media hora después. Nadie pareció tener gran interés en ayudarme.

Fui hasta el teléfono público y llamé a Wolfe. Me dijo que esperase a Derwin y probara fortuna con él. Para hacer tiempo tomé un par de emparedados y un vaso de leche. Cuando volví, Derwin estaba ya en su despacho, pero tuve que aguardar veinte minutos; supongo que fue para darle tiempo a que acabara de limpiarse los dientes. El sitio aquél era, ciertamente, muerto.

Tal vez parezca tonto el decirlo, mas a pesar de los muchos que he visto, para mí todos los abogados son iguales. Su expresión es una mezcla de susto y satisfacción, como si atravesaran una calle donde, de un momento a otro,

esperaran ser atropellados, pero sabiendo al mismo tiempo lo que va a sucederle al chófer que les atropellara. El tal Derwin tenía ese mismo aspecto; por lo demás parecía muy respetable, bien vestido y alimentado, de unos cuarenta años, peinado hacia atrás, moreno y de expresión simpática. Dejé mi panamá en un extremo de la mesa, me senté y dije:

—Siento mucho no poder hablar con el señor Anderson. No sé si a usted le interesará lo que vengo a decirle, pero estoy seguro de que a él sí le habría interesado.

Derwin estaba recostado en su asiento, con una sonrisa de político.

—Si lo que usted ha de decirme se refiere a mis deberes, seguramente me interesará, señor Goodwin.

—A eso se refiere, señor. Pero estoy en desventaja, porque usted no conoce a mi jefe, el señor Nero Wolfe. El señor Anderson le conoce bien.

—¿Nero Wolfe? —Derwin arrugó el entrecejo—. He oído hablar de él. Se referirá usted, desde luego, al detective particular.

—El mismo, señor. Aunque yo no le llamaría detective particular. En fin, él es mi jefe.

—¿Trae usted algún encargo de su parte?

—Sí. Como he dicho, el encargo era para el señor Anderson, pero telefoneé a Wolfe hace media hora y me dijo que se lo diera a usted. Puede que los resultados no sean los mismos, pues sé que el señor Anderson es rico; en cambio, puede que usted, como yo, viva exclusivamente de su sueldo.

Derwin echóse a reír, risa falsa, pues un momento después su rostro volvía a ser tan solemne como antes, al asegurarme:

—Puede que sí, pero aunque tengo demasiado trabajo, aún aguardo su mensaje.

—Bien. Se trata de lo siguiente. El domingo pasado, por la tarde, o sea hace cuatro días, Peter Oliver Barstow, rector de la Universidad de Holland, murió de repente mientras jugaba al golf en el campo del Club Green Meadow, hacia Pleasantville. ¿Sabía usted eso?

—Desde luego. Fue una pérdida, no sólo para nuestra comunidad, sino para todo el país.

Moví afirmativamente la cabeza.

—Su entierro se celebró el martes, en el cementerio de Agawalk. El señor Nero Wolfe desea apostar con usted… Hubiera preferido apostar con el señor Anderson, pero dice que también puede servir usted… a que si hace desenterrar

el cadáver y que lo sometan a una autopsia, se hallarán en él señales de envenenamiento. Está dispuesto a apostar diez mil dólares y depositará un cheque certificado por esa cantidad en manos de la persona responsable que usted mismo indique.

Sonreí al ver que Derwin me miraba. Durante largo rato mantuvo fija en mí su mirada, y por fin declaró:

—El señor Wolfe está loco.

—¡Oh, no! Apuesto sobre lo que quiera, menos acerca de eso. Aún no he terminado con la apuesta de Nero Wolfe. El final de la misma es que en algún lugar del vientre de Barstow, seguramente debajo del estómago, y a unos nueve o diez centímetros de la piel, se hallará una afilada aguja, acaso de acero, aunque también podría ser de madera muy dura. Está clavada hacia arriba, en un ángulo aproximado de cuarenta y cinco grados, a no ser que algún hueso la haya desviado.

Derwin siguió mirándome. Cuando dejé de hablar probó de reír, pero no; la risa no le salió.

—¡Es la tontería más grande que he oído! —exclamó—. Supongo que tendrá alguna justificación, a no ser que esté usted también loco.

—Está justificada, desde luego. —Busqué en el bolsillo el cheque que Wolfe me había entregado—. Son muy pocas las personas que apostarían diez mil dólares por una tontería, y puede estar seguro que Nero Wolfe no es una de ellas. Peter Oliver Barstow fue asesinado, y dentro de su cuerpo se halla esa aguja. Lo digo yo; y lo dice Nero Wolfe y lo dicen esos diez mil dólares. Creo que son pruebas más que suficientes, señor Derwin.

El abogado empezaba a perder su expresión de hombre feliz. Se levantó de su sillón y luego volvió a sentarse.

—¡Es absurdo! —exclamó—. ¡Completamente absurdo!

—Wolfe no apuesta acerca de eso —sonreí—. Apuesta a que es verdad.

—¡Pero no puede ser! Es absurdo y… monstruoso. Sea lo que fuere lo que usted intente hacer, se ha equivocado de persona al acudir a mí. Conozco a la familia Barstow, y, además, estoy enterado de los hechos. ¿Sabe quién firmó el certificado de defunción? No creo…

—Claro que lo sé. El doctor Nathaniel Bradford. Pero aunque todos los médicos del mundo apoyen su fallo, el dinero de Nero Wolfe sigue estando aquí para la apuesta.

Observé el cambio que se verificaba en el rostro de Derwin; habíase repuesto

del asombro y se disponía a obrar con astucia.

—¿Qué juego se trae entre manos? —me preguntó, con voz áspera.

—Ningún juego. Nada más que él deseo de ganar diez billetes grandes.

—Déjeme ver el cheque.

Se lo entregué. Lo examinó detenidamente y luego acercó a sí el teléfono de sobre la mesa y, descolgando el receptor, aguardó un momento y habló luego con alguien.

—Señorita Ritter —dijo—. Póngame con la sucursal del «Banco Metropolitan Trust Company», de la calle Treinta y Cuatro.

Después de esto quedó mirando fijamente el cheque, mientras yo permanecía con los brazos cruzados. Cuando sonó el timbre del teléfono tomó el receptor e hizo un sinfín de preguntas, asegurándose bien de que no podía haber error alguno. Cuando hubo terminado dije, sonriente:

—Ahora que ya sabe que son dólares de verdad, supongo que podremos hacer algo, ¿verdad?

No me replicó, siguiendo con la mirada fija en el cheque. Por fin dijo, con astuta expresión:

—¿Quiere usted decir que está facultado para emplear ese dinero en esa extraña proposición que me ha hecho?

—Sí, señor. Ese cheque está extendido a mi nombre y certificado. Por lo tanto, puedo endosarlo a quien me parezca. Si quiere usted telefonear a Wolfe, su número es Bryant nueve, dos-ocho-dos-ocho. A fin de evitar cualquier error, le aconsejo que su secretaria extienda un memorándum con los detalles que debemos firmar. Debo decirle que Wolfe no piensa dar ninguna razón ni sugerencia acerca del asunto, y que, además, no revelará, ninguna pista ni hablará del caso. Se trata de una apuesta y nada más.

—¡Al diablo la apuesta! ¿Quién cree usted que va a aceptarla? ¿El Condado de Westchester?

Sonreí.

—Teníamos la esperanza de que fuera el señor Anderson, pero faltando él no tenemos preferencia. Cualquiera que tenga diez mil dólares; a Wolfe tanto le da que sea un jefe de policía, un director de periódico o algún destacado demócrata con gran sentido de sus deberes cívicos.

—¿De veras?

—Sí, señor. De veras. Las instrucciones recibidas por mí son las de lograr que la apuesta sea cubierta antes de la noche.

Derwin se puso en pie, tirando hacia atrás la silla.

—¡Apuesta! ¡Bah! ¡Todo esto son baladronadas!

—¿Lo cree? Pues haga la prueba. Acepte la apuesta.

Sin duda había decidido ya algo, pues mientras yo hablaba atravesó la habitación. Al llegar a la puerta volvióse para decir:

—¿Quiere esperarme diez minutos? Supongo que no se marchará, puesto que tengo en mi poder su cheque.

El cheque estaba sin endosar. Derwin se marchó antes de que yo pudiera asentir. Me dispuse a esperar. Me pregunté cómo iba la cosa. ¿Habría perdido yo alguna ventaja? ¿No habría sido preferible dejar para más adelante mi última amenaza? ¿Cómo podía obligarle a obrar de prisa? Además, ¿estaba facultado Derwin para hacer una cosa como aquélla estando fuera el jefe? Lo que Wolfe deseaba era, desde luego, mucha acción y muy rápida; claro que yo sabía perfectamente que él esperaba tanto que se aceptara su apuesta como yo que me regalase los diez grandes el día de mi cumpleaños; lo qué él buscaba era una autopsia y aquella aguja. Me daba ya cuenta de cómo supuso lo de la aguja, pero no tenía la menor idea de por qué había relacionado aquello con Carlo Maffei… Volví mis pensamientos hacia el inmediato trabajo. ¿Qué haría si aquel Derwin no mordía el anzuelo? Entre cuatro y seis tendría que obrar por mi propia iniciativa. Sería inútil tratar de ponerme en comunicación telefónica con Wolfe mientras estaba entregado al cuidado de sus malditas plantas. En aquel momento eran las tres menos diez. Derwin llevaba ya diez minutos fuera del despacho. Empecé a pensar que me estaba portando como un tonto. ¿Y si me dejaba allí toda la tarde, con las manos cruzadas, mientras él iba de un lado a otro con el cheque? Si me dejaba tomar el pelo por un abogadillo de tercera clase, nunca podría volver a mirar a Wolfe a la cara. No debí dejarle que se apartase de mí, por lo menos sin antes hacerle que me devolviese el cheque.

Me levanté de un salto y me dirigí a la puerta, pero al llegar a ella me serené un poco. Con mucho cuidado, hice girar el tirador y asomé la cabeza a un oscuro pasillo que conducía a la oficina, de donde llegaba la voz de la telefonista, diciendo:

—No, señorita; se trata de un asunto muy reservado. Es preciso que se ponga el propio señor Anderson al aparato.

Aguardé hasta que la oí cortar la comunicación; luego salí y me acerqué a la centralilla.

—¿Tendría usted inconveniente en decirme dónde ha ido el señor Derwin?

—Está telefoneando en el despacho del señor Anderson —me replicó la joven.

—Sospecho que, por no faltar a la costumbre, me está engañando usted, señorita.

—No tengo esas costumbres, joven.

—Perdone. Si no tiene usted inconveniente, me sentaré en una de esas sillas. Allí dentro, tan solo, me aburro.

Me senté a un metro de la entrada, y apenas lo hube hecho abrióse la puerta y entró un hombre de aspecto activo, vestido de azul, con zapatos negros y sombrero de paja, de los duros. Cuando el hombre, que me daba la espalda, se inclinó a hablar con la telefonista, pude ver claramente que llevaba una pistola en el bolsillo posterior del pantalón. La chica le saludó:

—Buenas tardes, señor Cook. El señor Derwin está en el despacho del señor Anderson.

Cuando el hombre hubo desaparecido por otra puerta, pregunté a la chica:

—¿Es el señor Ben Cook?

La telefonista asintió con la cabeza, sin mirarme, y yo, sonriendo, aguardé sin moverme de donde estaba.

Aún pasó otro cuarto de hora antes de que volviese a abrirse la puerta del despacho de Anderson y Derwin apareciera, llamándome desde el umbral:

—Entre, Goodwin.

Le obedecí. Al entrar sentí grandes deseos de soltar la carcajada. Lo habían dispuesto todo como si fuesen a someterme a un meticuloso interrogatorio. Estaban sentados uno al lado del otro, de espaldas a la ventana, y la silla reservada para mí estaba de cara a la luz.

—Parece usted muy alegre —refunfuñó Ben Cook.

Derwin aguardó a que me sentara para presentar:

—Aquí, el jefe de policía.

Fingí aguzar la vista.

—No hace falta que lo díga —sonreí—. ¿Cree que la fama de Ben Cook no llega hasta Nueva York?

Derwin me miró con cómica fiereza y llegó, incluso, a agitar ante mis ojos el dedo índice.

—Goodwin, durante media hora he estado muy atareado —dijo—. Ahora voy a anunciarle lo que va a ocurrir. Mientras esperamos a Wolfe, nos dirá usted todo cuanto sepa. ¿Qué motivos tiene…?

Me disgustaba interrumpir la comedia, pero no pude evitarlo. Lo hice involuntariamente.

—¿Esperan a Wolfe? ¿Aquí?

—Pues claro que aquí. Si sabe lo que le conviene, vendrá. Creo que se lo he dicho bien claro por teléfono.

Pues no; no solté la carcajada. Me limité expresamente a decir:

—Oiga, señor Derwin. Éste es uno de sus días malos. Todas las jugadas le fallan. Es tan posible que venga aquí Nero Wolfe como que yo le diga quién mató a Barstow.

—¿Lo cree? —Era Ben Cook quien hablaba—. Nos va a tener que decir muchas cosas. Muchas.

—Puede. Pero no les diré quién asesinó a Barstow, porque no lo sé. En cambio, si quieren interrogarme acerca de carreteras…

—¡Déjese de tonterías! —Derwin se ponía fiero—. Goodwin, ha hecho usted la más asombrosa acusación de la más sensacional de las maneras. No pretenderé tener dispuestas para usted un sinfín de preguntas, porque, en realidad, no tendría en qué basarlas. Sólo quiero preguntarle una cosa y que me responda a ella lo más aprisa posible. ¿Por qué razón y con qué motivo le envió a usted aquí su jefe?

Lancé un suspiro y adopté una expresión solemne.

—Ya le he dicho, señor Derwin, que ha sido para hacer una apuesta.

—Tenga la bondad de hablar como si tuviera sentido común. Ya sabe usted que todo eso es una tontería. Vamos, hable.

—No trate de pasarse de listo —intervino Ben Cook—. Le asombraría el ver cómo tratamos aquí a los que se pasan de listos.

Creo que, de haber querido, hubiese alargado la escena hasta la noche, pero pasaba el tiempo y me daba pena. Les dije:

—Escuchen, caballeros. Comprendo lo que piensan y lo lamento, pero no puedo evitarlo. ¿Qué harán ustedes si les mando al diablo y me levanto y salgo de esta habitación? Ya sé, jefe, que la delegación de policía está muy cerca, pero no pienso pasar por allí. Verdaderamente se portan ustedes como un par de tontos. Me sorprende usted, señor Derwin. Nero Wolfe le da la oportunidad de iniciar un asunto muy importante, y lo primero que hace es contárselo todo a Ben Cook y luego procuran alejarme de ustedes y hacer que eche a los lobos la noticia. No sean tontos. No pueden tocarme. A Nero Wolfe le entusiasmaría un proceso por arresto indebido, y yo no voy a las delegaciones de policía más que

a visitar amigos, como no sea que me presenten una orden de detención. Piensen lo divertido que sería que los reporteros se enterasen de lo que puedo decir y que luego resultara que se hallasen pruebas del asesinato de Barstow. En realidad, empiezo ya a estar harto de tanta tontería y voy a pedir el cheque y perderles de vista. Oigan bien lo que voy a decir. No pienso revelarles absolutamente nada. ¿Me entienden? Ahora devuélvanme el cheque o explíquense con más sentido.

Derwin permaneció con los brazos cruzadas y con la mirada fija en mí, sin tratar de pronunciar palabra alguna. Ben Cook comenzó:

—Conque ha venido al campo a enseñarnos cómo se siembra; no, hijo mío, soy lo bastante fuerte para llevarle a la delegación. Lo único que necesito es sentir deseos de hacerlo.

—Puede bromear, si quiere —repliqué—. Derwin le ha dado un cohete que podría haber disparado él mismo, y usted lo sabe. —Me volví al abogado—. ¿A quién telefoneó en Nueva York? ¿A la jefatura superior?

—No, al fiscal del distrito.

—¿Habló con él?

Derwin estiró los brazos, recostóse en su asiento y me miró con cierto abatimiento.

—Hablé con Morley —dijo.

—Dick Morley, ¿no? ¿Y qué le dijo?

—Me dijo que si Nero Wolfe ofrecía apostar diez mil dólares por algo, él estaba dispuesto a apostar otros mil por lo mismo sólo que dándome una ventaja de diez a uno.

—Y después de oír esto, ¿me hace entrar a perder el tiempo en vez de armarse de una pala y correr a desenterrar el muerto? Le repito que yo no diré nada, y que Wolfe tampoco se lo dirá, pero que ésta es la vez que ha tenido tipo seguro en qué ocuparse. Lo que debe hacer ahora, enseguida, es devolverme el cheque.

Derwin lanzó un suspiro, carraspeó un par de veces y al fin contestó:

—Goodwin, seré franco con usted, pero no lo repita a nadie: esto es demasiado grave para mí. ¿No se da cuenta de lo que significaría la exhumación y la autopsia de Peter Oliver Barstow?

—¡Bah! Pueden dar cien mil excusas para hacerlo.

—Tal vez sea que yo no estoy muy fuerte en lo de las excusas. Además, soy amigo de la familia. No puedo hacerlo. He telefoneado a Anderson a Lake Placid y no he podido ponerme en contacto con él. Sin embargo, es seguro que podré

hablarle antes de las seis. Puede tomar el tren y estar aquí mañana por la mañana. Él decidirá lo que debe hacerse.

—O sea que perderemos todo el día de hoy —repliqué.

—Sí. No me atrevo a hacerlo.

—Está bien. —Me levanté—. Iré a telefonear a Wolfe y veré si está dispuesto a esperar. Si está conforme, me marcharé de los campos sembrados. Aunque antes sería conveniente que me devolviese el cheque.

Derwin lo sacó del bolsillo y me lo entregó.

—¿Quiere que le lleve hasta la delegación, jefe? —pregunté, riendo, a Ben Cook.

—Lárguese de aquí, hijo, lárguese.

CAPÍTULO V

AQUELLA noche Wolfe se mostró muy amable.

Llegué a casa a tiempo de cenar con él. Hasta que la cena hubo terminado no me dejó decir nada acerca de White Plains. En realidad no hubiéramos podido hablar de nada, pues tenía la radio a toda marcha, escuchando uno de sus programas favoritos.

Cuando, después de la cena, pasamos al despacho, no me costó mucho hacer mi informe. Me disgustaba excusarme con Wolfe, pues siempre se mostraba muy bondadoso y daba por descontado que yo había hecho todo lo posible y no había nada que criticar. No hizo comentarios ni pareció muy interesado por el informe ni por la excusa. Intenté sonsacarle para ver si me decía que realmente esperó que el fiscal aceptara su apuesta, pero no hubo manera de lograrlo. Le pregunté si veía alguna manera de haber conseguido que Derwin iniciara aquella misma tarde la exhumación. Me contestó que no.

—Las ranas no vuelan —replicó, mientras examinaba con una lente de aumento una *Cimbidium Alevandret* que Horstman le había traído—. Habría necesitado un poco de imaginación, sólo un poco, pero, a juzgar por lo que me has dicho, se ve que carece de ella por completo. No te culpes de nada. Puede que este asunto resulte al fin sin provecho alguno. Con Fletcher M. Anderson la cosa hubiera variado. Es rico, ambicioso y listo. Habría decidido que si una autopsia hecha en secreto, sin ninguna publicidad, demostraba que yo me había equivocado, él ganaría diez mil dólares; si el resultado era que yo estaba en lo cierto, entonces hubiera tenido que pagar, pero, a cambio de esos miles de dólares, habría logrado un caso sensacional, llegando entonces a la conclusión de que una vez ganados sus diez mil dólares, yo no tendría inconveniente en descubrirle todo cuanto sé. Tu viaje a White Plains fue, en esencia, un

simplísimo viaje de negocios; una oferta de cambiar algo por algo. De haber estado allí el señor Anderson todo hubiera salido a pedir de boca. Puede que aún se consiga algo; por lo tanto merece que se le dedique algún esfuerzo más. Sin embargo, creo que va a llover.

—¿Por qué cambia ahora de conversación? —pregunté—. Cuando volví, el cielo estaba nublado. ¿Es que va a llover sobre la pista?

Wolfe inclinóse, apaciblemente, sobre la lente de aumento.

—Algún día, Archie, cuando decida que ya no eres soportable, tendrás que casarte con una mujer de inteligencia muy reducida para conseguir así un auditorio adecuado para tus malditos sarcasmos. Al mencionar la lluvia lo hice pensando en tu conveniencia y comodidad. Esta tarde había estado pensando que sería muy conveniente que visitases Sullivan Street, pero puedes ir mañana.

A menos de estar tan acostumbrado a él, habría resultado difícil creer que hablaba en serio. Para Wolfe el salir de casa era siempre una molestia, pero el hacerlo lloviendo era ya una locura.

—¿Por quién me ha tomado? —pregunté—. ¿Por el ejército chino? ¡Claro que iré! Y ahora le voy a hacer una pregunta: ¿Por qué cree que Ana Fiore se mostró tan reservada con O'Grady? ¿Porque ese policía no era todo gracia y encanto, como usted y yo?

—Seguramente. La conjetura es excelente, Archie. Y más aún porque al enviar hoy a Saúl Panzer a buscarla, se negó en redondo a venir. Por lo tanto, son necesarios tu gracia y tu encanto. Sería conveniente tenerla aquí mañana a las once. No tiene gran importancia, pero servirá para pasar el tiempo. Además, su firmeza merece un asedio.

—La iré a buscar ahora mismo.

—No, de veras. Ve mañana. Siéntate. Prefiero tenerte aquí, sin hacer nada, mientras yo examino esta flor inútil y estéril, al parecer. Como ya he dicho otras veces, el tenerte conmigo es sumamente agradable, pues me recuerdas constantemente lo horrible que sería tener al lado a alguien a quien no se pudiese echar… Por ejemplo, una esposa.

—En efecto, señor —asentí—. El señor puede seguir burlándose de mí.

—No, ahora ya no. Está lloviendo y eso me disgusta.

—Está bien; entonces dígame sólo unas pocas cosas. ¿Cómo averiguó que Carlo Maffei había sido asesinado? ¿Cómo sabe que Barstow fue envenenado? ¿Cómo sabe que tiene una aguja dentro del cuerpo? Claro que ya sé cómo se le

clavó la aguja, puesto que hizo que el chico de Corliss Holmes nos lo demostrara; pero ¿cómo llegó usted a suponerlo?

Wolfe dejó sobre la mesa su lente de aumento y lanzó un suspiro. Yo sabía que le estaba molestando, pero, aparte de la curiosidad, me movían a hacerlo otros motivos. Wolfe no parecía nunca darse cuenta de que, si bien yo tenía la seguridad de que él no nos llevaría a cometer un error, podría hacer mi trabajo con algo más de inteligencia y seguridad sabiendo qué era lo que movía todo aquello. Estoy seguro de que en ninguno de los casos en que habíamos intervenido hubiese dicho ni una palabra de no azuzarlo yo sin descanso.

Lanzando un nuevo suspiro, Nero Wolfe dijo:

—¿Debo preguntarte otra vez, Archie, qué te hubiese contestado Velázquez de pedirle que te explicase por qué la mano de Esopo descansa entre la ropa en vez de colgar junto al cuerpo? ¿Debo demostrarte continuamente que mientras es posible lograr del hombre de ciencia que te explique cómo ha llegado a una conclusión, semejante demanda al artista es completamente estúpida, puesto que, como el águila, no sigue ningún sendero trazado? ¿Te he de repetir que yo soy un artista?

—No, señor. Lo único que necesito saber es cómo se enteró usted de que Barstow fue envenenado.

Wolfe cogió de nuevo la lente de aumento. Yo encendí otro cigarrillo y esperé. Terminé de fumarlo y me disponía a pasar al salón, para buscar un libro o revista, cuando por fin habló:

—Carlo Maffei ha muerto. Asesinado por robo. Todo muy vulgar si no fuese por la llamada telefónica y por el anuncio solicitando un técnico en trabajos mecánicos. La llamada telefónica no carece de interés, pero lo más significativo de ella es la amenaza de «no soy de los que se asustan». El anuncio aclara las cosas; hasta aquel momento Maffei ha sido un simple joyero; a partir de entonces se convierte en un hombre que puede haber hecho algo difícil relacionado con la mecánica. Luego, tal vez de una manera accidental, Maffei se convierte en algo más: un hombre que recortó del periódico la noticia de la muerte de Barstow. Por lo tanto lee tú mismo esa noticia y procura ver en qué afecta personalmente a Carlo Maffei. Los personajes son un oscuro orfebre italiano y un famoso y rico rector universitario. Sin embargo, por fuerza ha de haber cierta relación, y la apariencia sólo puede hacer más clara esa relación. Así está el artículo; busca el eslabón que una las partes. Examina cada palabra por sí sola y no la abandones hasta asegurarte de su inocencia. Pero no hace falta

mucho esfuerzo; ese eslabón es tan evidente, que se descubre enseguida. En el momento de su colapso, y durante el tiempo que precedió a él, Barstow tuvo en sus manos una serie de instrumentos que, si no eran difíciles ni relacionados con la mecánica, estaban, al menos, muy indicados para lo que hacía. Por eso le pregunté a la señorita Fiore si había visto un palo de golf en el cuarto de Maffei. El resultado fue excelente.

—¿Y si la chica le hubiera contestado que no había visto ninguno?

—¿Cómo diablo voy a saber lo que hubiera hecho si Ana me contestaba que no? Probablemente le habría dado las buenas noches y me hubiese despedido de ella. ¿Hubiera encontrado en otro sitio lo que necesitaba? Tal vez sí y tal vez no. ¿Qué pensarías si te preguntase cómo te las hubieras compuesto para comer si tu cabeza hubiese sido colocada mirando a la espalda?

Sonreí.

—Le aseguro que no me hubiese muerto de hambre. De eso estoy seguro. Pero ¿cómo supo usted que Maffei había sido asesinado?

—No lo supe hasta que llegó O'Grady. Ya oíste lo que le dije. La policía había registrado la habitación, cosa sólo explicable en el caso de que le hubiesen sorprendido cometiendo una acción criminal o si le hubieran asesinado. Lo primero, teniendo en cuenta lo que ya sabíamos, era muy improbable.

—Bien; pero he reservado lo mejor para lo último. ¿Quién mató a Barstow?

—Eso ya es otra cosa —murmuró Wolfe—. Es un cuadro muy caro para el comprador y provechoso para el artista. Además, uno de los personajes ha de ser un hombre rico. Y, siguiendo la metáfora, no debemos armar el caballete hasta que estemos seguros de la comisión. Sin embargo, mañana, si puedes traer a la señorita Fiore, nos aseguraremos un puesto en el fondo.

—Deje que la vaya a buscar ahora mismo. No son más que las nueve.

—¿No ves cómo llueve? Mañana puedes hacerlo.

Comprendí que era inútil insistir. Por lo tanto, después de haberme aburrido con un par de revistas, fui a buscar un impermeable y me marché una hora al cine. No me gusta reconocerlo, pero debo admitir que estaba inquieto. Ya me había sentido igual en numerosas ocasiones anteriores, lo cual debiera haberme hecho comprender mejor a Wolfe, quien jamás se metía en un agujero sin tener la seguridad de que allí habría una escalera para poder salir de nuevo. A pesar de esta seguridad, muchas veces tenía yo grandes dudas. Mientras viva no olvidaré la vez aquella en que acusamos, mejor dicho, acusé al presidente de un Banco, sin tener otras pruebas que una pluma estilográfica, vacía, encima de su mesa.

Jamás he sentido un alivio tan grande como al ver, una hora más tarde, que el hombre se había pegado un tiro. Pero era inútil intentar conseguir que Wolfe descorriera un poco el misterio. Ya ni siquiera perdía el tiempo en ello. Si me molestaba en demostrarle lo fácilmente que se podía equivocar, se limitaba a contestarme: «Tú, Archie, sólo estás seguro de las cosas cuando las ves, pero no crees en los fenómenos». Después de buscar en el diccionario el significado de la palabra fenómeno, quedé convencido de que no había dicho nada; pero era inútil tratar de discutir con él.

Por lo tanto volví a sentirme inquieto. Deseando olvidar todo aquello, me fui al cine, pero algo impidió que mi pensamiento abandonase el asunto. No era difícil comprender cómo había sacado Wolfe sus conclusiones. Alguien, a quien se podía llamar X, había deseado matar a Barstow. Puso un anuncio en los periódicos para encontrar un técnico que le hiciera un trabajo mecánico. Necesitaba alguien que tuviese que abandonar el país, a fin de que si más tarde se despertaba su curiosidad no pudiera causarle ningún daño. Maffei contestó al anuncio y logró el trabajo, que debía consistir en arreglar el interior de un palo de golf de forma que al golpear el mazo la pelota se disparase un resorte que enviaría una aguja por el mango a clavarse en el vientre de la víctima. Sin duda, X lo presentó como prueba para los trabajos que el orfebre debería realizar en Europa; mas, por hacerlo, dio tanto dinero al italiano, que Maffei decidió no marcharse. Esto provocó una discusión y tal vez Maffei accedió a marcharse en el barco siguiente, por lo cual, decidió utilizar el mazo para el fin previsto, colocándolo en la bolsa de Barstow. Luego Maffei, en la mañana del lunes, debió de leer el *New York Times*, y ató cabos, cosa nada extraña teniendo en cuenta lo poco corriente del trabajo que se le encargó. X telefoneó; Maffei le fue a ver y le comunicó sus sospechas, tratando de hacerle víctima de un chantaje. Esta vez X no perdió el tiempo preparando aparatos complicados. Utilizó un cuchillo que dejó clavado en la espalda de Maffei para contener la sangre y no manchar la tapicería de su coche. Después metió el cadáver en el auto y lo condujo a un lugar de Westechester, dejándolo en un sitio apartado, entre unos arbustos, retirando el cuchillo, que más tarde tiró a un río o un depósito de agua. Una vez en casa se bebió un par de tragos y por la mañana, al levantarse, se puso un traje negro para asistir al funeral de su amigo Barstow.

Pero ¿y si todo esto era una suposición equivocada, y al abrir la tumba de Barstow se descubría que el hombre había muerto, tan sólo, de lo que el médico había dicho? En tal caso, antes de una semana desde el fiscal hasta el último

habitante de Nueva York se ahorrarían veinte centavos quedándose en casa y riéndose de nosotros en vez de ir al cine a ver las aventuras de Mickey Mouse. Sé que todo el mundo puede equivocarse, pero cuando uno se muestra tan seguro como Wolfe, tiene, por fuerza, que procurar estar siempre en lo cierto.

Sin embargo, mientras me decía todo esto, seguía estando seguro de que Wolfe no se había equivocado.

A la mañana siguiente me desperté poco después de las siete, pero me quedé en la cama, sabiendo que si me levantaba y me vestía tendría que pasear dejando que pasara el tiempo hasta que llegase el momento de ir a buscar a Fiore. Me quedé con la mirada fija en un paisaje campestre y en la fotografía de mis padres, cuando de pronto se oyó una llamada a la puerta de la habitación. Un momento después entró Fritz.

—Buenos días —dije—. Tomaré jugo de naranja y una tacita de chocolate.

Fritz sonrió. Era de los que saben apreciar una broma, pero nunca la devuelve.

—Buenos días —respondió—. Abajo hay un caballero que desea ver al señor Wolfe.

—¿Quién es? —pregunté, sentándome en la cama.

—Dijo que se llamaba Anderson. No me entregó tarjeta.

—¡Cómo! —Salté de la cama—. Bien, bien. No es un caballero, Fritz; es un *nouveau riche*. El señor Wolfe está procurando lograr que dentro de poco sea menos *riche*. Dígale… No, no le diga nada. Bajo enseguida.

Me mojé la cara con agua fría, y me vestí lo suficiente para el caso, me pasé el cepillo por la cabeza y bajé al encuentro del fiscal.

Anderson no se levantó cuando yo entré en la oficina. Estaba tan bronceado por el sol, que de encontrarlo por la calle no le hubiese conocido. Parecía haber dormido poco, y su cabello no estaba mejor peinado que el mío.

—Soy Archie Goodwin —dije—. Supongo que no se acuerda usted de mí.

Continuó en su silla.

—Creo que no —respondió—. Lo siento. He venido a ver a Wolfe.

—Ya me lo han dicho. Creo que tendrá usted que esperar un poco. El señor Wolfe aún no se ha levantado.

—Espero que no tarde mucho.

—No sé. Si usted me lo permite iré a verlo.

Me detuve cerca de la puerta de mi jefe, preguntándome si aquélla era una ocasión indicada para faltar a una regla. Eran las ocho menos cuarto. Por fin,

desde donde estaba me acerqué a la pared, manteniéndome siempre a tres metros de la puerta, y apreté un timbre colocado en el tabique.

—¿Qué hay? —preguntó la voz de Wolfe.

—Corte la corriente del timbre de alarma —respondí—. Voy a entrar.

Oí un ligero chasquido y luego la voz de Wolfe invitó:

—Entra.

Pocas cosas había en el mundo que pudiesen compararse a Wolfe en la cama. Yo le había visto varias veces, pero el espectáculo seguía asombrándome. Al descorrerse las cortinas de la ventana parpadeó y escuchó atentamente mi explicación de que Anderson estaba abajo y quería verle.

Me contestó con unas cuantas imprecaciones, muy desagradables en él, y ordenó:

—¡Vete! ¡Márchate! ¡Fuera!

—Pero… Anderson…

—Si el señor Anderson desea verme puede hacerlo a las once. ¿Para qué te pago?

—Bien, tiene usted razón —tartamudeé—. He faltado a una regla y merezco la repulsa. Pero, pasado esto, ¿me permite indicar que sería una buena idea ver a Anderson…?

—No.

—Son diez mil dólares.

—No.

—¿Y por qué no?

—¡Qué estúpido! ¡Sí, estúpido! Bueno; de todas formas contestaré a tu pregunta. No quiero ver al señor Anderson por tres motivos. Primero, porque estoy en la cama, sin vestir y de muy mal humor. Segundo, porque tú puedes tratar con él nuestro asunto tan bien como yo. Y tercero, porque soy un excéntrico. Sería inútil que un hombre se esforzara en crearse fama de excéntrico si al menor acontecimiento obrase de una manera normal. Anda, largo de aquí.

Salí del cuarto y bajé al despacho, diciendo a Anderson que si quería esperar podría ver al señor Wolfe a las once.

Me miró como si no diera crédito a lo que estaba oyendo. Cuando se convenció de que era cierto estalló de furia. Lo que más le indignaba era haber hecho el viaje en coche cama exclusivamente para ver a Wolfe, a cuya casa había ido directamente desde la estación Grand Central. Le expliqué como pude que se trataba de una excentricidad, y que era inútil insistir. También le dije que había

ido a White Plains el día antes y que estaba enterado del asunto. Esto pareció calmarle un poco y empezó a hacerme preguntas. Le contesté, y me divertí la mar al ver la cara que puso al saber que Derwin había llamado a Ben Cook. Cuando supo toda la historia se echó hacia atrás en demostración de perplejidad, y se frotó la nariz.

—La conclusión a que ha llegado Wolfe es asombrosa, ¿no?

—Sí, señor. Lo es.

—Entonces deberá de tener algo asombroso que comunicarme.

Sonreí.

—Señor Anderson, me complace mucho hablar con usted, pero no vale la pena perder tiempo. Por lo que se refiere a informaciones asombrosas, Wolfe y yo somos como dos momias en un museo. Y lo seremos hasta que se abra la tumba y los bisturíes empiecen a trabajar en Barstow.

—Lo siento. Podría haber ofrecido a Wolfe la comisión de investigador especial.

—¿Mucho dinero?

—Pues… unos quinientos dólares.

Moví la cabeza.

—Sospecho que esté muy ocupado. Yo también lo estoy. Puede que tenga que ir esta misma mañana a White Plains.

—¡Oh! —Anderson se mordió los labios y me miró—. Oiga, Goodwin: pocas veces pierdo la serenidad ni trato de mostrarme grosero; pero ¿no le parece que todo esto es demasiado feo? Me parece poco ético.

Estas palabras me disgustaron.

—Oiga, señor Anderson —dije—. Ha asegurado usted que no me recuerda. Yo sí le recuerdo. Supongo que no habrá olvidado el caso Goldsmith de hace cinco años. No le habría perjudicado a usted en nada dejar saber al público la ayuda que Wolfe le prestó. Pero olvidemos aquello; digamos que tenía usted necesidad de acaparar toda la gloria. A nosotros eso no nos hubiera importado. Pero ¿era muy ético el dejar que a Wolfe le hincharan un ojo en lugar de obtener el beneficio que merecía? Su ética es muy particular, señor Anderson.

—No sé de qué me está hablando.

—Está bien. Pero si hoy me dirijo a White Plains, alguíen sabrá de qué hablo. Y está vez, si obtiene usted algo, tendrá que pagar por ello.

Anderson sonrió y se puso en pie.

—No se preocupe, Goodwin. Hoy no será usted necesario en White Plains.

Con los informes que he recibido he dispuesto la exhumación del cadáver de Barstow. ¿Acudirá usted o Wolfe a presenciarla? Puede que más tarde desee hablar con él.

—Wolfe siempre está aquí, pero no se le puede ver de ordinario en su despacho entre nueve y once, o cuatro y seis.

—¡Qué excentricidades!

—Sí, señor. En el vestíbulo encontrará usted su sombrero.

Me dirigí a la ventana para verle subir a su taxi. Luego volví al despacho y después de vacilar un momento descolgué el teléfono. Vacilaba, pero sabiendo que Wolfe tenía razón, decidí que un poco de publicidad no nos perjudicaría. Por lo tanto llamé a la *Gazette* y pedí hablar con Harry Foster. Por fortuna estaba allí.

—¿Harry? Soy Archie Goodwin. Tengo una noticia para ti, pero resérvala. Esta mañana, Anderson, el fiscal de White Plains, va a hacer exhumar el cadáver de Peter Oliver Barstow para someterlo a una autopsia. Seguramente él procurará que la cosa no se sepa. Ahora escucha: puede que algún día te explique a qué se debe la curiosidad de Anderson. No se lo digas a nadie.

Subí a afeitarme y vestirme. Cuando hube terminado, almorzado y charlado con Fritz, acerca de peces, eran las nueve y media. Fui a buscar el coche al garaje, lo cargué de gasolina y aceite y me dirigí hacia Sullivan Street.

El lugar no parecía tan ruidoso ni estaba tan sucio como la vez anterior. A poca distancia de la casa se encontraba un policía que me echó el ojo al ver que detenía allí el auto. Al bajar, me dirigí hacia él y le enseñé una tarjeta.

—Soy Archie Goodwin, de la oficina de Nero Wolfe. La hermana de Carlo Maffei nos contrató para que lo buscáramos. He venido a ver la patrona y a hacer unas cuantas comprobaciones.

—¿Sí? —El policía guardó mi tarjeta en un bolsillo—. No sé más que estoy aquí. ¿Archie Goodwin? Encantado de conocerle.

Nos dimos las manos y al marcharme le encargué que no perdiera de vista el coche.

La señora Ricci no pareció muy satisfecha de verme. Comprendí que ello se debía a que O’Grady la había reñido por dejarme entrar en la habitación de Maffei. Claro que O’Grady no tenía derecho a hacer semejante cosa, pero eso no impidió hacerlo. Sonreí al notar que la mujer apretaba los labios, como disponiéndose a no decir nada. Por lo tanto le expresé mi condolencia por lo ocurrido y luego anuncié que deseaba hablar con Ana Fiore.

—Está ocupada.

—Ya lo comprendo. Pero se trata de un asunto muy importante; mi jefe desea hablar con ella. Sólo la entretendré por espacio de una hora. Tenga dos dólares.

—No. Por el amor de Dios, ¿quiere dejarnos tranquilos? ¿Quién es usted para…?

Comprendí que era inútil tratar de conseguir nada de ella y me dirigí hacia la sala. La puerta del comedor estaba abierta, pero el lugar se hallaba vacío. Oí que la señora Ricci subía la escaleta, siguiendo hasta el segundo piso. Permanecí allí y la suerte me ayudó. Aún no habían transcurrido diez minutos cuando bajó Ana. La llamé suavemente. Entró en el comedor y acudí a su encuentro.

—Hola, Ana. La señora Ricci me dijo que la esperase a usted aquí.

—¡Oh, señor Archie!

—He venido a llevarla a que dé un paseo. La señora Ricci se enfadó mucho, pero le di dos dólares y dijo que bueno. Pero dese prisa. Le prometí que estaría usted de vuelta antes de las doce.

Agarré de la mano a Ana, pero la chica se resistió.

—¿En aquel auto del otro día? —quiso saber.

—Claro. Vamos.

—Tengo la chaqueta arriba. Mire mi traje.

—Hace demasiado calor para llevar chaqueta. De prisa; ¿y si la señora Ricci cambia de opinión? Le compraremos un vestido… Vamos…

La saqué del comedor, llevándola hasta la entrada, pero no quería que los de fuera me vieran nerviosos. El policía podría creerse más importante de lo que era y la menor interrupción lo podía echar a perder todo.

—Suba al auto mientras yo voy a despedirme de la señora Ricci —indiqué, esperando sólo unos segundos antes de reunirme con Ana en el coche.

Saludé al policía con un ademán y me alejé de Sullivan Street a todo rugir del motor, a fin de que si la señora Ricci empezaba a armar escándalo desde alguna ventana, mi compañera no pudiese oírla.

—¿Dónde vamos, señor Archie? —preguntó la muchacha.

—¿Qué le parece si diéramos un paseo por Central Park? La mañana es excelente. Y aquí sentada sólo se le ve cara, que está muchísimo mejor que el traje.

—¡Oh, sí!

A las once menos cinco llegamos a casa de Wolfe. La señora Ricci había telefoneado ya dos veces. Lo arreglé todo telefoneando yo, a mi vez, y soltándole un discurso acerca de lo peligroso que es ponerle trabas a la Justicia.

No sé lo que llegó a entender, pues todo el rato estuvo chillando, pero debió de hacer efecto, pues no volvimos a saber nada más de ella hasta que llevé a Ana a casa.

Mientras estaba yo telefoneando a la señora Ricci, entró Wolfe. Le vi inclinarse y dar los buenos días a Ana. Era muy cortés con las mujeres. No sé cómo se las compoma para serlo, pero era así. Se hacía difícil imaginar que aquel montón de carne pudiera parecer hasta elegante, pero así era.

Empezó lentamente con el interrogatorio de Ana Fiore. Después de haber dirigido una distraída mirada al correo, la miró durante un minuto antes de decir:

—Ya no tenemos que entretenernos en conjeturas acerca del paradero de su amigo Carlo Maffei. Le doy mi más sentido pésame. ¿Ha visto el cadáver?

—Sí, señor.

—Es una lástima, una verdadera lástima, pues él no buscaba la violencia. Ésta se cruzó en su camino. Es curioso comprobar de qué hebra tan fina pende el destino de un hombre.

—Sí, señor.

—Ahora le será muy fácil explicarnos cómo y cuándo vio el palo de golf en el cuarto del señor Maffei, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Le recordó mi pregunta del otro día la ocasión en que vio ese palo?

La joven abrió la boca, pero no dijo nada. Yo la miraba atentamente y me pareció notar algo raro en su aspecto. Wolfe insistió:

—¿Se lo recordó?

Ana seguía callada. No observé que estuviera nerviosa ni asustada; estaba, sólo, callada.

—La otra noche, cuando le pregunté acerca del palo, pareció usted trastornarse un poco. ¿Podría decirme a qué se debió?

—Sí, señor.

—¿Fue porque le recordé algo desagradable ocurrido el día en que vio el palo?

Otra vez el silencio. Algo iba mal. Wolfe había preguntado lo último sin interés alguno. Lo comprendí por el tono que empleó. De pronto hizo otra pregunta en otro tono:

—¿Cuándo decidió contestar: «Sí, señor» a todo cuanto yo le preguntase?

Sin aguardar la respuesta, Wolfe siguió:

—Señorita Fiore, deseo que preste mucha atención a lo que voy a decirle. Mi

última pregunta no tiene nada que ver con un palo de golf ni con Carlo Maffei. ¿Lo comprende? Por lo tanto si ha decidido contestar «Sí, señor» a todo cuanto yo pueda preguntarle acerca de Carlo Maffei, puede usted hacerlo. Tiene perfecto derecho a ello. Pero si yo le hago preguntas acerca de otras cosas, entonces usted no debe contestar «Sí, señor», puesto que no es eso lo que usted ha decidido. De las demás cosas puede hablar como otra persona cualquiera. Cuando usted decidió contestar sólo «Sí, señor» a mis preguntas, ¿fue por algo que Carlo Maffei hizo?

Ana miraba fijamente a Wolfe. Se advertía, no que trataba de luchar contra él, sino, simplemente, que intentaba comprenderle. Por fin dijo:

—No, señor.

—Bien. No ha sido por nada que él haya hecho. Entonces no tiene nada que ver con él; por lo tanto puede usted contestarme a todo cuanto le pregunte acerca de eso. Lo comprende, ¿verdad? Si usted ha decidido no decir nada de Carlo Maffei, yo no le preguntaré nada de él. Pero esto es otro asunto. ¿Decidió usted contestar «Sí, señor» al señor O'Grady cuando la visitó ayer por la mañana?

—Sí, señor.

—¿Por qué lo decidió?

Ana frunció ligeramente el entrecejo.

—Porque sucedió algo —respondió.

—Bien. ¿Y qué ocurrió?

La joven movió negativamente la cabeza.

—Vamos, señorita Fiore, no hay motivo para que no nos responda usted.

Ana volvió la cabeza hacia mí y luego miró nuevamente a Wolfe. Al cabo de un momento dijo:

—Se lo explicaré al señor Archie.

—Está bien, explíqueselo a él.

Ana Fiore me dijo:

—Recibí una carta.

Wolfe me dirigió una mirada y pregunté:

—¿Recibió la carta ayer?

Ella asintió con la cabeza y dijo:

—Ayer por la mañana.

—¿De quién era?

—No lo sé. No llevaba firma y estaba escrita a máquina. En el sobre decía sólo Ana y las señas; mi apellido no estaba. La señora Ricci sacó el correo del

buzón y me dio la carta, pero no quise abrirla delante de ella porque nunca recibo correspondencia. Subí a mi cuarto y la abrí.

—¿Qué decía?

La muchacha me miró un momento, sin replicar, y luego, de pronto, sonrió.

—Le enseñaré lo que había dentro, señor Archie —y levantándose la falda por encima de la rodilla, sacó algo de entre la carne y la media. Eran cinco billetes de veinte dólares que extendió sobre la mesa para que yo los viera.

—¿Era eso lo que había dentro del sobre?

—Sí; cien dólares.

—Ya lo veo; pero seguramente habría algo escrito, ¿verdad?

—Sí. Decía que si no explicaba nada a nadie de lo que hizo o dijo el señor Maffei, podía guardar el dinero. Si no estaba dispuesta a ser discreta, debía quemar los billetes. Quemé la carta, pero no los dólares. Me los quedaré.

—¿Quemó usted la carta?

—Sí.

—¿Y el sobre?

—Sí.

—¿Y no piensa decir nada del señor Maffei ni de aquel palo de golf?

—Nunca.

Miré a la joven. Wolfe, con la barbilla apoyada en el pecho, también la miraba. Me levanté.

—¡Todo esto son cuentos chinos…!

—¡Archie, pide perdón a la señorita!

—Pero si…

—Pide perdón.

Me volví hacia Ana.

—Le pido perdón por lo que he dicho, pero cuando pienso en la gasolina que he gastado paseándola por el parque…

—Señorita Fiore. ¿Se fijó usted en el matasellos? —preguntó Wolfe—. Me refiero a esa marca redonda que se pone encima del sello que dice donde ha sido echada la carta al correo.

—No, señor.

—Claro. Y, a propósito; ese dinero no pertenece al hombre que se lo envió. Lo cogió de los bolsillos de Carlo Maffei.

—Aunque sea así, me lo quedaré.

—Perfectamente. Sin embargo, puede que usted no sepa que si la policía se

enterase de que ha recibido ese dinero, se lo quitaría sin ninguna consideración. Pero no se asuste. Su confianza en el señor Archie no está equivocada. —Se volvió hacia mí—. La gracia y el atractivo son unas cualidades muy útiles, a veces. Acompaña a casa a la señorita Fiore.

—¿Por qué no…? —protesté.

—No. ¿Quieres decir que por qué no quema esos billetes, los reemplazamos por otros nuestros y la libramos así de su especie de compromiso? No. Ella no haría eso y yo no permitiría que se quemase el dinero ni por salvar a una mujer. La destrucción del dinero es el mayor de los sacrilegios. Puede que no te des cuenta de lo que para la señorita Fiore son cien dólares. Para ella representan el premio de una acción muy heroica. Ahora que lo ha guardado en su seguro refugio, acompáñala a casa. Buenos días, señorita Fiore. Le he hecho un cumplido muy raro. He aceptado como buenas sus palabras. Adiós.

Indiqué a Ana que me siguiese. Durante nuestro regreso no me dirigí a ella ni una sola vez. Estaba furioso por haber logrado tan poco después de haber raptado a la joven. Al llegar a Sullivan Street la hice bajar sin ninguna cortesía. Wolfe se había mostrado cortés por él y por mí. Podía permitirme el lujo de ser grosero.

La chica se quedó en la acera, mirándome. Cuando puse en marcha el auto, me dijo:

—Muchas gracias, señor Archie.

También ella se portaba con cortesía. Se le debió de contagiar de Wolfe.

—No estoy nada contento, Ana; de todas formas, adiós, y no me guarde rencor —respondí alejándome.

CAPÍTULO VI

MIENTRAS conducía a Ana a su domicilio, Wolfe tuvo una recaída. Muy muy mala y le duró tres días… Al volver a casa le encontré sentado en la cocina, explicando a Fritz cómo debían hacerse las tartas de tomate.

No he comprendido las recaídas de Wolfe. A veces he sospechado que se trata de accesos de abatimiento, pero en muchas ocasiones no le he encontrado explicación alguna. En temporadas en que todo iba viento en popa, de pronto le ha dado uno de esos accesos de tristeza, sin que nada de cuanto yo diga sirva para hacerle reaccionar lo más mínimo. La duración varía entre una tarde y dos semanas. Mientras le duran, obra de dos distintas formas. O se mete en la cama y se queda allí a dieta de sopa de cebolla, o se mete en la cocina a explicar a Fritz cómo se debe guisar. En cierta ocasión, y en dos días, comióse medio cordero guisado de distintas formas. Cuando ocurre esto me tiene continuamente yendo de un lado a otro, desde la Batery hasta Bronx, en busca de hierbas o licores especiales que necesita para determinado guiso. La única vez que me he despedido de Wolfe, fue cuando me envió a un barco chino anclado en Brooklyn para que le comprase al capitán una raíz china. El capitán debía de llevar un cargamento de opio y sospechó que yo iba a espiar. Sea como sea, lo cierto es que imaginó que yo iba con ganas de pelea y un momento después me encontré con la cabeza envuelta en trapos y un montón de salvajes encima de mí. Aquella misma tarde, desde el hospital, le dije a Wolfe, por teléfono, que se buscara otro secretario, pero al día siguiente se presentó en persona a buscarme y me llevó a casa. Me asombró tanto el que hubiera salido de casa, que me olvidé de la dimisión presentada. Aquello puso fin a su acceso de mal humor.

Aquel día, en cuanto de vi en la cocina, me di cuenta de que no estaba normal y temíamos una recaída. Me disgustó tanto que eché un par de tragos y

volví a salir. Pero al cabo de un momento, el apetito despertado por el licor era tan grande, que entré en un restaurante a calmarlo. Después de siete años de comer en casa de Wolfe, ningún restaurante podía servirme nada apetitoso. Sin embargo, no estaba dispuesto a ir a casa. Primero porque estaba disgustado y segundo porque los menús de Wolfe, cuando estaba de malas, no eran muy de fiar. A veces era un festín para un epicúreo, y a veces por ochenta centavos se comía mejor en casa de Schrafft. Y por último, había veces en que el menú se componía de una mezcla horrible.

Después de comer me sentí mejor y volví a la calle Treinta y Cinco para explicar a Wolfe lo que había dicho Anderson aquella mañana, añadiendo que esperaba ocurriese algo importante antes de la próxima luna llena.

Wolfe seguía sentado en la cocina, observando a Fritz, que revolvía algo en una sartén. Me miró como si estuviera esforzándose por recordar dónde me había visto por primera vez. Por fin dijo:

—No vuelvas a mencionar ante mí el nombre de ese idiota.

Esperando hacerle enfadar expliqué:

—Esta mañana telefoneé a Harry Foster, el de la *Gazette*, y le he explicado lo que ocurría. Supuse que a usted le interesaría mucha publicidad.

Wolfe pareció no oírme. Dirigiéndose a Fritz, encargó:

—Ten agua hirviendo para el caso de que se desligue.

Subí a decirle a Horstman que aquella tarde tendría que cuidar él solo a sus florecitas. La cosa tal vez duraría una semana. La noticia sería un disgusto para él. Era muy divertido ver cómo el jardinero se fingía molesto porque Wolfe estuviera por allí al sonar las nueve de la mañana y las cuatro de la tarde. Se hubiera creído que le perseguía un enjambre de abejas. Subí, pues, a ponerle triste.

Esto ocurría a las dos de la tarde del viernes, y el primer indicio de que Wolfe volvía a la normalidad lo percibí el lunes por la mañana, o sea sesenta y nueve horas más tarde.

Entretanto habían ocurrido unas cuantas cosas. En primer lugar figuraba la llamada telefónica de Harry Foster, el viernes, hacia las cuatro. La estaba esperando. Me dijo que habían desenterrado a Barstow y llevado a cabo la autopsia, pero no habían explicado nada. Ya no era una noticia reservada, otros reporteros se enteraron del asunto y se hallaban agrupados alrededor de la oficina del fiscal.

Poco después de las seis recibí la segunda llamada. Esta vez era Anderson.

Sonreí al reconocer su voz. Me lo imaginé consultando su reloj a cada cinco minutos, esperando que fuesen las seis. Dijo que deseaba hablar con Wolfe.

—Lo siento. El señor Wolfe está muy ocupado. Goodwin al habla.

Dijo que quería que Wolfe fuese a White Plains. Me eché a reír.

Colgó el teléfono de un golpe. No fue simpático. Era un mal sujeto. Después de reflexionar un poco, telefoneé a Henry H. Barber y me enteré de todo lo referente a los cómplices de un delito y a la detención de testigos materiales. Después fui a la cocina a explicar a Wolfe todo lo relacionado con las dos llamadas. Me amenazó con una cuchara.

—Archie. Ese Anderson es una peste. Limpia el teléfono. ¿No te prohibí que mencionaras su nombre?

—Lo siento —repliqué.

Y volviéndome a Fritz, le dije que para cenar tomaría unos emparedados en el salón. Le encargué, además, que si llamaban a la puerta no fuese a abrir. Yo me encargaba de responder a todas las llamadas.

Tal vez fuera un exceso de precaución, pero no quería que nadie se presentase ante Wolfe estando él de tal mal humor. Aquella noche no ocurrió nada. A la mañana siguiente me mantuve apartado de Wolfe, casi siempre en las habitaciones delanteras, abriendo la puerta a un empleado de la Compañía de gas, a un mandadero y a un chiquillo que pedía ayuda para terminar sus estudios. Le ayudé a bajar más de prisa la escalera. Eran cerca de las once cuando, en respuesta al sonido del timbre, abrí la puerta y me encontré ante un hombretón que lo primero que hizo fue meter el pie para que no pudiese cerrar. De un empujón lo eché fuera y salí, cerrando.

—Buenos días —dije—. ¿Quién le ha invitado?

—Usted no, desde luego —respondió—. Quiero ver a Nero Wolfe.

—No puede ser. Está enfermo. ¿Qué quiere?

Sonrió suavemente y me entregó una tarjeta.

—Ya veo —le dije—. Es usted del despacho de Anderson. ¿Es su brazo derecho? ¿Qué quiere?

—Ya sabe lo que quiero —sonrió—. Entremos y charlemos un poco.

Le contesté que Wolfe no sabía nada que ellos no supieran, por lo menos nada que se refiriese a Barstow. Si deseaban la ayuda de Wolfe, que fijaran un precio y mi jefe lo aceptaría o no. Le advertí que si querían hacer tonterías con órdenes de arresto o cosa por el estilo, se iban a llevar un disgusto muy grande cuando Wolfe terminase con ellos. Luego añadí que debía de pesar diez kilos

más que yo y que, por lo tanto, no pensaba entrar en casa hasta asegurarme de que se había ido. Y le agradecería mucho que se fuese pronto, pues estaba muy interesado en la lectura de un libro, lectura que él había interrumpido. Al dejar yo de hablar, replicó:

—Dígale a Wolfe que no se saldrá con la suya.

—Se lo diré. ¿Algo más?

—¡Que se vaya usted al diablo!

Me eché a reír y desde la escalera le vi marcharse. No había oído hablar nunca de él, pues no conocía mucho Westchester. El nombre de la tarjeta era H. R. Corbett. Volví al salón, a fumar unos cuantos cigarrillos.

Después de la comida, y hacia las cuatro de la tarde, oí un vendedor de periódicos qué anunciaba una edición extraordinaria. Salí a comprar un número. Ocupando la mitad de la primera página se leía: BARSTOW ASESINADO. FLECHA ENCONTRADA EN SU CUERPO. Lo leí con gran atención. Como era lógico, no se nos mencionaba a Wolfe ni a mí. No lo esperaba, ¡pero cuánto hubiera podido significar para nosotros aquella noticia! Me maldije por haberle hablado a Derwin y luego a Anderson, pues estaba seguro de que la cosa pudo haberse llevado de una forma muy distinta, aunque no sabía cuál. Volví a leer la noticia. No se trataba de una flecha, sino de una corta aguja de metal, como Wolfe había dicho. Fue hallada debajo del estómago. Estaba tan indignado que le llevé a Wolfe el periódico. En él aparecía el retrato de Barstow.

Fui a la cocina, dejé el periódico sobre la mesa, frente a Nero, y volví a salir. Wolfe me llamó enseguida.

—¡Archie! Ve a buscar el auto. Tengo una lista de cosas que has de comprar.

Hice como que no le oía. Más tarde, Fritz salió a comprarlas.

Los periódicos del domingo venían llenos de noticias acerca del descubrimiento, pero no descubrían nada nuevo. Leí de cabo a rabo los artículos y averigüé algunas cosas acerca del Club Green Meadow, de la familia Barstow, de los Kimball, que participaron en el partido, pero nadie sabía nada que Wolfe no hubiera sabido ya el miércoles por la noche, cuando preguntó a Ana Fiore si había visto alguna vez un palo de golf en la habitación de Carlo Maffei. Ni siquiera tanto, pues a nadie se le ocurría cómo pudo clavarse aquella aguja en el vientre de Barstow. Todos los periódicos insertaban artículos sobre los venenos y sus efectos.

El domingo por la noche me fui al cine, encargando a Fritz que no abriera la puerta a nadie. No era que esperase ninguna acción violenta; parecía como si

Anderson estuviera haciendo su juego. Era posible que se dispusiera a preparar el caso basándose en lo que pudiese haber ido descubriendo. De no haber sido domingo, aquella noche me habría emborrachado. Cuando volví del cine, Wolfe se había retirado ya, pero Fritz seguía en la cocina, fregando los platos. Me freí yo mismo un pedazo de jamón, para un bocadillo, y me llené un vaso de leche, pues había comido poco. Observé que el *Times* de aquella mañana seguía donde yo lo había dejado, encima de la mesa. Era indudable que Wolfe no lo había visto.

Estuve leyendo en mi cuarto hasta después de medianoche, y la agitación mental me impidió dormir. Sin embargo, cuando logré pillar el sueño no lo solté hasta después de las nueve. Me senté en el borde de la cama, bostezando, y de pronto el sonido de unos conocidos pasos encima de mi habitación me acabó de despertar del todo. Salí al pasillo, a escuchar mejor, y convencerme de que no había soñado. Cuando llegué a la cocina, Fritz estaba tomando café.

—¿Está el señor Wolfe con Horstman?

—¡Y de qué humor! —exclamó el criado.

Subí a vestirme. La enfermedad de Nero había terminado. Me afeité con mayor pulcritud que nunca y silbé de alegría y emoción. Con Wolfe normal, la actividad comenzaría de nuevo. Al volver a la cocina encontré un plato de higos y una gruesa tortilla. El periódico estaba apoyado contra la cafetera. Empecé por la cafetera y por los higos a la vez. Pero a mitad de un higo me detuve. Leí a toda velocidad el artículo y luego, aunque no era necesario comprobarlo, busqué la página ocho y al final encontré un pequeño anuncio:

> *Pagaré un premio de cincuenta mil dólares a toda persona o personas que presenten una pista que permita la detención y justo castigo del asesino de mi esposa, Peter Oliver Barstow.*
>
> *Ellen Barstow*

Lo leí tres veces, y después, tirando a un lado el periódico, procuré serenarme. Terminé con la fruta y la tortilla, junto con tres tostadas y tres tazas de café. ¡Cincuenta grandes!, estando la cuenta corriente de Wolfe dando las boqueadas, y no sólo eso, sino la oportunidad de mantenernos en el escenario de la más grande de las funciones del año. Estaba ya sereno. Eran las diez y veinte. Fui al despacho, abrí la caja de caudales y limpié un poco el polvo por lo que pudiera ser.

Cuando a las once bajó Wolfe, parecía rejuvenecido, pero no de buen humor. Me saludó con un movimiento de cabeza y no pareció importarle mucho que estuviese yo allí. Sentóse en su sillón y comenzó a examinar la correspondencia.

Al ver que pasaba el rato y no decía nada, dije:

—Supongo que habrá pasado un buen fin de semana, señor.

—Gracias, Archie —me replicó, sin levantar la cabeza—. Fue muy agradable, pero al despertarme esta mañana me sentí tan débil que, de pensar sólo en mí, no me hubiera movido de la cama para esperar en ella la desintegración. Pero me he levantado para cargar con mis responsabilidades.

—Perdone, señor, pero es usted un completo embustero. Lo que ha hecho ha sido leer el periódico.

—¿Periódico? Esta mañana no he mirado otra cosa que la vida, y eso no ha sido a través de un periódico.

—Entonces, ¿no sabe que la señora Barstow ha ofrecido cincuenta mil dólares por la captura del asesino de su marido?

Las manos de Wolfe permanecieron inmóviles un momento, luego colocó bajo un pisapapeles la factura que había estado repasando y levantó la cabeza.

—Enséñame el periódico.

Le enseñé, primero, el anuncio, y luego la primera página. El anuncio lo leyó palabra por palabra. Al artículo sólo le echó una ojeada.

—Muy bien —dijo—. Muy bien. El señor Anderson no necesita ese dinero, eso suponiéndole capacidad suficiente para ganarlo. Y, hablando de responsabilidades, Archie. ¿Sabes lo que he pensado esta mañana, al despertarme? Ha sido algo horrible. He pensado en despedir a Theodore y dejar que las flores se muriesen de sed.

—¡Dios mío!

—Sí, una simple fantasía matinal; no tengo valor para hacer semejante cosa. Antes preferiría subastarlas y marchar a Egipto. ¿Sabías que en Egipto poseo una casa que nunca he visto? El hombre que me la regaló, hace más de diez años… ¿Qué pasa, Fritz?

—Una señora desea verle.

—¿Quién es?

—No traía tarjeta.

Wolfe hizo un movimiento de cabeza y Fritz salió. Un instante después se inclinaba, cediendo el paso a una mujer joven. Yo me puse en pie. La recién

llegada se dirigió hacia mí. Con la cabeza indiqué a Wolfe. Ella le miró, se detuvo y dijo:

—¿El señor Nero Wolfe? Soy Sarah Bartsow.

—Siéntese —invitó Wolfe—. Perdone usted que no me levante. Por motivos de fuerza sólo me pongo de pie en casos extremos.

—Éste es un caso extremo —dijo la muchacha.

CAPÍTULO VII

POR el periódico había averiguado bastantes cosas acerca de Sarah Barstow. Tenía veinticinco años, era muy popular, se había graduado en Smith. Era figura destacada en Holland y en Westchester. Era bonita. Los periódicos no mentían. Vestía de negro y sus guantes indicaban que había guiado su coche. Su cara era tal vez demasiado pequeña, pero todo estaba en su sitio y bien dispuesto; los ojos, demasiado brillantes en el centro y rodeados de un círculo algo amoratado, reflejaban cansancio o llanto. Su epidermis era pálida, pero saludable. Su voz era agradable. Me fue simpática.

Empezó a explicarse, pero Wolfe agitó un dedo, diciendo:

—No hace falta y tal vez le resulte a usted muy doloroso, señorita Barstow. Lo sé todo. Es usted la única hija de Peter Oliver Barstow. Lo único que debe explicar es el motivo de su visita.

—Sí. —La joven vaciló—. Comprendo que usted lo sepa, señor Wolfe. Resulta un poco difícil empezar. Tal vez un pequeño preámbulo me hubiese ayudado —sonrió—. Quiero pedirle un favor. Y no sé lo importante que puede ser.

—Eso puedo decírselo yo.

—Claro. Ante todo debo preguntarle si ha leído el anuncio insertado por mi madre en los periódicos de esta mañana.

—Sí, lo he leído —asintió Wolfe.

—Bien, señor Wolfe… yo… es decir, mi familia, debemos suplicarle que no tenga en cuenta ese anuncio. No lo tome en consideración.

Wolfe lanzó un suspiro e inclinó la cabeza.

—Es una petición extraordinaria, señorita Barstow. ¿Puedo saber la causa de ella?

—Hay motivos, desde luego —la joven vaciló—. No es un secreto de familia el que mi madre es… en cierto grado y en varias ocasiones… irresponsable. —La mirada de Sarah se fijó ansiosamente en Wolfe—. No debe usted imaginar que hay en ello nada oscuro ni que tiene nada que ver con el dinero. Hay dinero de sobra y ni mi hermano ni yo somos tacaños. Tampoco debe imaginar usted que mi madre es, legalmente, una loca. Pero durante muchos años ha habido ocasiones en que ha necesitado todos nuestros cuidados y atenciones. Ésta es una de ellas. No es vengativa, pero mi hermano opina que ese anuncio es una demanda de sangre. Nuestros amigos íntimos comprenden la verdad, pero queda el mundo, y el de mi padre era un mundo muy amplio, A mi padre no le hubiese gustado que se azuzara a los sabuesos.

Sarah Barstow se interrumpió un momento y nos miró, como asustada de lo que había dicho. Wolfe replicó:

—Sí, señorita, me ha llamado usted sabueso, pero no me ofendo. Continúe.

—Perdone. No tengo nada de tacto. Hubiese sido mejor que viniera el doctor Bradford.

—¿Está de acuerdo el doctor Bradford con lo que usted ha hecho?

—Sí. Él creyó que debía hacerse.

—¿Y su hermano?

—Pues… sí. Mi hermano lamenta mucho el anuncio. Sin embargo, no estuvo muy conforme con que viniera yo a verle a usted. Pensó que sería… inútil.

—En la teoría resulta muy difícil hacer volver atrás a un sabueso. Puede que su hermano entienda de perros. ¿Ha terminado usted, señorita? Quiero decir si no tiene usted más razones que ofrecer.

Sarah Barstow movió negativamente la cabeza.

—Creo que las que le he dado son más que suficientes, señor Wolfe.

—Entonces, según yo entiendo, desea usted que no se haga esfuerzo alguno para descubrir y castigar a la persona que mató a su padre, ¿no?

—Yo… no he dicho eso.

—Usted me pide por favor que yo no haga nada para descubrir al asesino.

—Veo que hace usted el asunto lo más difícil posible.

—Nada de eso. Lo aclaro, no lo complico. Como es lógico, su cerebro, señorita, está alterado. El mío no. Debiera usted haberme dicho que, a pesar de los muchos deseos que usted tenía de que yo descubriese al asesino, advertía que no debía confiar en el premio ofrecido por su madre. ¿No es eso?

—¡No lo es! ¡Y usted lo sabe bien!

—Bien. Pudo haberme pedido que no hiciera ningún esfuerzo por descubrir al asesino, a fin de que las sanguinarias ansias de su madre quedaran anuladas. ¿No es eso, señorita Sarah?

—He dicho que no.

—Podría haberme dicho que nada me impedía tratar de descubrir al asesino y cobrar el premio, pero que la familia está en desacuerdo con su madre por ofrecer una recompensa tratándose de un asunto tan íntimo. ¿No es eso?

—¡Eso mismo! —exclamó la joven, con los labios temblorosos. Luego, conteniendo el temblor, dirigió una mirada de desafío a Wolfe, diciendo—: ¡No! Siento haber venido. El profesor Gottlieb estaba equivocado; usted puede ser listo… buenos días, señor Wolfe.

—Buenos días, señorita Barstow. —Wolfe permaneció inmóvil—. Los motivos a que antes me he referido me impiden levantarme.

La joven salía de la habitación. Pero a mitad de camino hacia la puerta vaciló, quedó inmóvil un momento y por fin volvióse.

—¡Es usted un sabueso, es usted despiadado!

—Es muy posible —asintió Wolfe—. Por favor, vuelva a sentarse. Vamos, dígame qué la ha traído aquí. El motivo es demasiado importante para dejar que sea estropeado por un mal humor momentáneo. El dominio de uno mismo es una cualidad admirable… Ahora, señorita Barstow, podemos hacer dos cosas: o bien puedo rechazar groseramente su demanda primera, en cuyo caso nos separaremos en muy malas relaciones, o puede usted contestar a algunas preguntas que deseo hacerle y entonces podremos decir lo que ha de hacerse. ¿Cuál prefiere usted?

La joven estaba abatida, pero con ánimo aún para seguir luchando. Volvió a sentarse en la silla, sin perder de vista a Wolfe.

—En los últimos días he contestado a muchas preguntas —dijo.

—No lo dudo. Imagino lo estúpidas que habrán sido. No le haré perder el tiempo ni insultaré su inteligencia. ¿Cómo se enteró de que yo sabía algo de este asunto?

La joven pareció asombrada.

—¿Que cómo lo supe? Usted es el responsable. Fue usted quien lo descubrió todo. Todo el mundo lo sabe. Apareció en el periódico. No en los de Nueva York, sino en el de White Plains.

—Ya. ¿Le ha pedido usted al señor Anderson el mismo favor que ahora tan decidida viene a pedirme a mí?

—No.

—¿Por qué?

Sarah vaciló.

—Pues… no me pareció necesario. No sé… cómo decirlo.

—Aguce la inteligencia, señorita Barstow. ¿Fue porque tiene la convicción de que el fiscal no descubrirá nada importante?

La joven apretó con fuerza los puños.

—¡No! —dijo, al fin.

—Muy bien. Pero ¿qué le hizo creer posible que mis descubrimientos fuesen más completos?

—No pensé… —comenzó Sarah, interrumpiéndose enseguida.

Vamos, domínese, señorita. La pregunta es completamente honrada y sencilla. Me considera usted más capaz de descubrir la verdad que el señor Anderson, ¿no? ¿Se debe eso a que he hecho el descubrimiento preliminar?

—Sí.

—O sea, porque supe, de una manera u otra, que su padre fue asesinado por medio de una aguja envenenada que se disparó desde el mango de un palo de golf, ¿verdad…?

—Yo… no… sé… No sé, señor Wolfe.

—Ánimo, esto terminará enseguida. La siguiente pregunta sólo obedece a la curiosidad. ¿Qué le dio la extraña idea de que yo soy un ser tan raro como para responder favorablemente a la estúpida demanda hecha por usted?

—No sé. No pensaba eso. Pero en la Universidad, en una conferencia pronunciada por el señor Gottlieb, oí mencionar su nombre. El profesor escribió un libro titulado *Método moderno de descubrir el crimen*.

—Sí, un libro que todo ladrón inteligente debiera regalar a todos los policías conocidos suyos.

—Tal vez. La opinión que él tiene de usted es más halagadora que la que usted tiene de él. Cuando telefoneé al doctor Gottlieb, me contestó que usted poseía una endiablada intuición y que era un artista sensible y un hombre honrado. Estas palabras me hicieron creer… bueno… decidí venir a verle. Señor Wolfe, le pido… le pido…

Tuve la seguridad que iba a echarse a llorar. Pero Wolfe la hizo reaccionar enseguida.

—Eso es todo, señorita Barstow. No necesito saber más. Ahora voy a pedirle un favor. ¿Quiere permitir al señor Goodwin que la acompañe a ver mis plantas?

Notando el profundo asombro de la joven, Wolfe siguió:

—No se trata de ningún subterfugio. Sólo deseo quedarme a solas con el diablo. Quizá media hora; además, quiero hablar por teléfono con alguien. Cuando vuelva tendré algo que proponerle. —Se volvió hacia mí—. Fritz te llamará.

La joven se puso en pie y me acompañó sin pronunciar una palabra. Esto me hizo admirarla más, pues estaba temblando y miraba a todos lados, llena de suspicacia. En lugar de hacerla subir a pie, la llevé hasta el ascensor de Wolfe. Cuando llegamos al último piso, la joven me retuvo del brazo.

—¿Por qué me ha enviado aquí el señor Wolfe? —preguntó.

Moví la cabeza.

—Es inútil, señorita Barstow. Aunque lo supiera no se lo diría. Y como no lo sé, lo mejor será que veamos las flores. —Al abrir la puerta del invernadero se acercó Horstman—. ¿Qué tal? —saludé—. ¿Podemos echar un vistazo a las plantas?

Fue muy agradable ver como las orquídeas iban ganando el corazón de la señorita Barstow. Al entrar tenía tantas ganas de ver flores como yo de despreciar el premio ofrecido por su madre. Con las primeras *Cattleyas* intentó mostrarse cortés, y hacer ver que le gustaban. Pero su interés se despertó de verdad con las *Laeliocattleya Lustre*. Resultó agradable porque eran, precisamente, mis favoritas.

—¡Es asombroso! —exclamó Sarah—. ¡Nunca había visto nada igual! ¡Qué colores!

A continuación admiró unas *Brassocattlaelias Truffautianas*, dos de las cuales corté para que las luciera. Le fui explicando cómo se cultivaban, regaban y mantenían calientes, hasta que Fritz subió a decirnos que el señor Wolfe nos estaba esperando.

Wolfe seguía en su sillón, y nada indicaba que se hubiera movido de él. Con un movimiento de cabeza indicó a la señorita Barstow que se sentara, y esperó que ella y yo lo hubiésemos hecho.

Entonces preguntó:

—¿Le han gustado las flores?

—¡Son maravillosas! ¡Demasiado hermosas!

Wolfe asintió.

—Es la impresión primera que producen. Es una especie de *bluff*. También tienen sus malas cualidades. La demasiada hermosura no existe.

—Tal vez —musitó la joven.

—De todas formas, han servido para distraerla y hacerle pasar el tiempo. El mío también ha pasado. Tal vez desee usted saber el uso que he hecho de él. Primero telefoneé a mi Banco y les pedí que me consiguieran inmediatamente un informe acerca de la situación financiera de Ellen Barstow, su madre, y los detalles del testamento de Peter Oliver Barstow. Luego llamé al doctor Bradford y traté de lograr que me visitara esta tarde o esta noche. Pero no podrá ser, porque está comprometido para ir a otro sitio. Después de eso esperé y hace cinco minutos me han telefoneado desde el Banco dándome el informe solicitado. Entonces envié a Fritz a que les llamara. Éstas han sido mis actividades.

La muchacha empezó a ponerse seria otra vez. Apretó con fuerza los labios y pareció dispuesta a no despegarlos.

Wolfe siguió:

—Tengo que hacerle una proposición. Es la siguiente. Saca tu cuaderno de notas, Archie. Bien, empiezo: Haré todos los esfuerzos posibles por descubrir al asesino de Peter Oliver Barstow. Todo el resultado de mis esfuerzos le será revelado a usted, Sarah Barstow, y, si no tiene nada que objetar, lo descubriré también a las autoridades encargadas del asunto. A su debido tiempo recibiré la recompensa ofrecida por su madre. Pero si mis investigaciones me conducen a la conclusión de que el asesino es la persona que usted teme, y a quien trata de proteger de la Justicia, guardaré secreto mi descubrimiento. Sólo lo sabremos el señor Goodwin y yo. Nadie más. Un momento, señorita Barstow, fíjese bien en lo que digo. Conviene que lo oiga todo. Dos detalles más. Tenga en cuenta que puedo hacer esta proposición porque no soy servidor público, ni siquiera abogado y no he jurado apoyar ninguna ley. Por lo tanto, si sus temores resultan justificados, y yo me callo mi descubrimiento, ¿qué hay del premio? Creo que soy demasiado romántico y sentimental para exigir que, sea cual fuere el resultado, el premio debe ser el mismo. La palabra chantaje suena muy desagradablemente a mis oídos. Mas, puesto que me encuentro trabado por el sentimentalismo, mi orgullo no llega a tanto que me impida aceptar un obsequio de usted. Léalo en voz alta, Archie, para que la señorita se entere bien.

La muchacha se me anticipó:

—¡Eso es absurdo! —dijo.

Wolfe la amenazó con un dedo.

—No siga. Por favor, no pretenda negar que ha venido empujada por la

tontería de proteger a alguien. Por favor; no me crea más tonto de lo que soy. Lee, Archie.

Leí las notas tomadas por mí. Cuando hube terminado, Wolfe dijo:

—Llévese todo eso, señorita. De todas formas, yo seguiré adelante con la investigación, y si los resultados fueran los que usted teme, sería conveniente para usted tener la protección que le ofrezco. Mediante este convenio confío en su ayuda e interés, puesto que sería un bien para usted enterarse de la verdad lo más pronto posible. Sin esa cooperación se presentarían demasiados obstáculos en mi camino. No soy altruista ni *bon enfant*. Soy, simplemente, un hombre que necesita ganar dinero. Ha dicho usted que arriba había demasiada hermosura; no es cierto, pero, en cambio, hay demasiados gastos. ¿Tiene usted idea de lo que cuesta criar orquídeas así?

Sarah Barstow le dirigió una mirada.

—Vamos —dijo Wolfe—. Como es natural, no se firmará ningún documento. Esto es lo que humorísticamente se llama un convenio entre caballeros. El primer paso para ponerlo en práctica será la visita que mañana por la mañana hará el señor Goodwin a su casa, para hablar, con su permiso, con usted, con su hermano, con su madre y con quien quiera…

—¡No! —exclamó Sarah, volviendo a callar enseguida.

—Sí; lo siento; pero es indispensable. El señor Goodwin es un hombre discreto, decente y de gran valor. Repito que es indispensable. Y ahora, señorita, márchese usted a su casa, haga los recados que deba y reflexione. A la gente le resulta difícil reflexionar delante de mí. No dejo espacio suficiente. Ya sé que sufre usted. Sus emociones la atormentan, pero es necesario que despeje su cerebro a fin de que haga el trabajo que debe hacer. Telefonéeme esta tarde entre las seis y las siete y dígame a qué hora puede visitarla mañana el señor Goodwin, o bien dígale que no debe ir y que somos enemigos. Adiós.

Sarah se puso en pie.

—Pues… no sé… ¡Dios mío, no sé!

—Vamos, lo que está hablando ahora no es su cerebro, sino la serie de emociones que la embargan. No deseo ser enemigo suyo.

—Le creo —murmuró la muchacha—. Le creo a usted, señor Wolfe.

—Hace usted bien. Adiós, señorita Barstow.

Cuando volví de acompañar a la joven encontré a Wolfe en el mismo sitio.

—Tengo un apetito terrible —me dijo—. Es muy agradable volver a sentir apetito.

Me indigné.

—¿Cómo puede decir eso después del viernes, sábado y domingo…?

—Aquello no era apetito. Eran esfuerzos por despertarlo. Ahora, en cambio, tengo hambre. La comida estará dentro de veinte minutos. Hablando de otra cosa; he averiguado que existe en todos los clubs de golf lo que se llama un profesional. Averigua quién ocupa ese puesto en el Club Green Meadow: entérate de si tenemos algún cliente agradecido que pueda presentarnos a ese profesional, aunque sea por teléfono. Date prisa e invita a cenar esta misma noche al profesional. Después de comer irás a ver al doctor Bradford y pasarás por la biblioteca para traerme unos libros que necesito.

—Bien. Y ahora, ¿a quién cree usted que trata de proteger la señorita Barstow?

—Ahora no, Archie. Prefiero quedarme aquí y hacer hambre. Después de comer.

CAPÍTULO VIII

A las diez de la mañana del martes, 13 de junio, me presenté en la mansión de los Barstow. Me inspeccionaron un policía del estado y un detective particular que vigilaban la entrada de la casa. Tuve que presentar múltiples pruebas de que era yo el Archie Goodwin que Sarah Barstow esperaba. Por lo visto, durante los últimos tres días habían sido muchos los periodistas enviados a sacar fotografías desde lo alto de los árboles vecinos.

Sarah Barstow me esperaba a las diez, y llegué a la hora exacta. Dejé el auto en el jardín y un criado me guió hasta el parque, donde se encontraba nuestra visitante del día anterior. Sarah tenía muy mal aspecto. Sin duda no había dormido mucho. Olvidando o no teniendo en cuenta las instrucciones de Wolfe, telefoneó antes de las seis. Fui yo quien respondió a su llamada y su voz parecía indicar que estaba pasando un mal momento. Con seca brevedad me dijo que me esperaba a las diez de la mañana y cortó la comunicación.

Invitado por ella, me senté a su lado, en el banco.

—Puede que no tenga usted orquídeas aquí, pero tiene muchas flores —dije.

—Sí, es verdad. Quise que le trajeran aquí a fin de que nadie nos interrumpa. ¿Le importa?

—En absoluto. Este lugar es muy agradable. Lamento tener que molestarla con preguntas, pero es la única forma de averiguar algo. —Consulté mi cuaderno de notas—. Ante todo hábleme de su familia, de lo vieja que es, con quién se va a casar, etcétera, etcétera.

Inmóvil, con las manos cruzadas sobre el regazo, la joven fue respondiendo a las preguntas. Parte de lo que me dijo lo había leído ya en los periódicos y en el *Quién es Quién*. Sin embargo, no la interrumpí ni una sola vez. La familia la constituían sólo ella, su madre y su hermano. Lawrence, el hermano, tenía

veintisiete años, dos más que ella; a los veintiuno se graduó en Holland, después de lo cual se dedicó a perder cinco años (y entre líneas adiviné que también había gastado la paciencia de su padre). Un año antes, de pronto, descubrió en él capacidad enorme para la mecánica, estando entonces entregado de lleno al estudio de la aviación. Sus padres se habían adorado durante treinta años. No podía recordar el principio de la enfermedad de su madre, pues la cosa empezó años antes, cuando Sarah era una niña. La familia nunca consideró la cosa como vergonzosa ni la ocultó. Era simplemente una desgracia que aquejaba a un ser querido y que todos lamentaban, haciendo lo posible por aminorarla. El doctor Bradford y dos especialistas le describían la dolencia con términos que nunca significaron nada para Sarah.

La finca de Westchester era el hogar de los Barstow, que sólo pasaban en él tres meses al año, ya que los restantes debían vivir en la Universidad. Todos los veranos se trasladaban allí a pasar diez o doce semanas, y cuando llegaba el otoño, cerraban la casa. Conocían a mucha gente de los alrededores. El círculo de amistades de su padre fue, desde luego, muy amplio, no sólo en Westchester, sino en todo el país. Tomé nota del nombre de algunos amigos y de los criados, así como de algunos detalles referentes a ellos. Estaba haciendo esto cuando, de pronto, la señorita Barstow se puso en pie y salió de debajo de los árboles que nos protegían. Encima de nosotros sonó el potente zumbido del motor de un avión. Tuvimos que levantar la voz para entendernos. Yo seguí escribiendo.

«… finlandesa, seis años, agencia de N. Y., empleada…».

Me acerqué a Sarah y miré hacia arriba. El avión volaba muy bajo y a ambos lados se agitaba un brazo, saludando. Luego el aparato desapareció tras los altos árboles. Volvimos a nuestro asiento y mi compañera explicó:

—Era mi hermano. Es la primera vez que vuela desde la muerte de mi padre.

—Debe de ser muy atrevido, y, además, tiene unos brazos muy largos.

—No vuela solo. Manuel Kimball le acompaña. El aeroplano es del señor Kimball.

—¡Oh! Uno de los cuatro jugadores de golf, ¿no?

—Sí.

Moví la cabeza y volví a lo que nos interasaba. Traté del golf. Su padre no había sido un gran jugador. Jugaba muy poco, no más de una vez por semana. En verano jugaba a veces un par de partidos semanales. Siempre iba al Club Green Meadow, del que era socio; desde luego, tenía allí un armario donde guardaba los trastos. Por lo general había jugado con amigos de su edad, y algunas veces

con sus hijos. Su mujer nunca probó fortuna. Creía que era la primera vez que intervenía en un partido de cuatro. Nunca habían jugado E. D. Kimball y su hijo Manuel, y Barstow y su hijo Lawrence. Sin duda el que jugaran juntos fue una casualidad. Era la primera vez, en aquel verano, que su padre acudía al club. Los Barstow habían llegado a Westchester tres semanas antes que de costumbre debido al estado de salud de la señora Barstow. El domingo en que murió, por la noche, Barstow pensaba regresar a la Universidad.

Después de decir esto, Sarah se calló. Levanté la cabeza de mi libro de notas y vi que tenía la mirada perdida en el sendero. Dijo, pero sin dirigirse a mí:

—Ya no volverá aquí. ¡Tantas cosas que deseaba hacer… y que ya nunca podrá realizar…!

Esperé un poco y por fin la saqué de su abstracción, preguntando:

—¿Dejaba su padre, todo el año, su bolsa de golf en Green Meadow?

—No, claro que no… A veces la utilizaba en la Universidad.

—¿Sólo tenía una bolsa de palos?

—¡Sí! —marcó la respuesta.

—Entonces debió de traerla con él, ¿no? Ustedes llegaron aquí el sábado a mediodía. Vinieron en auto desde la Universidad y el equipaje siguió en un pequeño camión. ¿Iba la bolsa en el camión o en el auto?

Era fácil comprender que estaba rozando un tema espinoso. Los músculos de la garganta de la muchacha quedaron tensos, y apretó los puños. Hice ver que no me daba cuenta de nada y aguardé, con el lápiz sobre el papel.

—No sé —contestó—. Verdaderamente no recuerdo.

—Seguramente vendría en el camión —dije—. No siendo un gran aficionado no se molestaría en cargar con la bolsa en el auto. ¿Dónde está ahora esa bolsa?

Creí que esto la excitaría más, pero no fue así. Estaba serena y decidida.

—Tampoco lo sé —dijo—. Supongo que ya estará usted enterado de que no se ha podido dar con ella.

—¿Cómo? ¿No han encontrado la bolsa de golf?

—No. La policía de White Plains y Pleasantville la ha buscado por todas partes, por esta casa, por el club y hasta por el campo, sin haber podido hallarla.

«Y tú, jovencita, estás muy contenta de que haya sido así», pensé.

Y, en voz alta, inquirí:

—¿Nadie recuerda nada de ella?

—No. Es decir, sí. —Vaciló—. Creo que el muchacho que hacía de *caddy* de papá dijo que cuando Larry y el doctor Bradford trajeron a papá a casa la colocó

en el auto, junto al asiento del conductor. Ni Larry ni el doctor recuerdan haberla visto.

—Es raro. Ya sé que no he venido aquí a reunir opiniones sino datos, señorita Barstow, pero ¿no le parece raro eso?

—En absoluto. No era el momento más oportuno para fijarse en una bolsa de golf.

—Pero al llegar aquí… debió de sacarla alguien. Algún criado, el chófer…

—Nadie la recuerda.

—¿Podría hablar con ellos?

—Desde luego. —En la voz de la joven había desprecio.

—¿Qué clase de palos usaba su padre? ¿De acero o de madera?

—Madera. Los de acero no le gustaban.

—¿El mazo era sencillo o con incrustación?

—Creo que sencillo. Sin embargo, no estoy segura, pues Larry y yo los empleamos con incrustación.

—Parece recordar muy bien el de su hermano.

—En efecto. —Su mirada estaba fija en mis ojos—. Supongo que esto no es un interrogatorio oficial.

—Perdone —sonreí—. Pero le aseguro que daría cualquier cosa por poder ver la bolsa de palos de golf de su padre. Y, sobre todo, el que tenía en las manos cuando murió.

—Siento que no pueda verlo.

—No, no lo siente usted. Pero son muchas las preguntas que motiva ese suceso. ¿Quién se llevó la bolsa del auto? Si fue un criado, ¿cuál? ¿Es muy leal e incorruptible? Quien se apoderó de la bolsa, ¿la escondió o destruyó? ¿Usted, su hermano o el doctor Bradford? No es fácil desprenderse de una cosa tan grande.

Mientras yo hablaba, mi compañera se había puesto en pie. Su voz era serena y orgullosa.

—Basta ya. En el convenio que hicimos no se habló para nada de que debía yo escuchar insinuaciones tan estúpidas.

—¡Bravo, señorita Barstow! —Me levanté—. Tiene usted razón, pero no he querido ofenderla. Estoy un poco nervioso. Si me permite ver a su madre se me calmará un poco el nerviosismo.

—No, no puede usted verla.

—Eso estaba en el convenio.

—Usted lo ha roto…

—No diga eso. En bien de usted me tomo algunas libertades, pero con su madre no me tomaré ninguna. Aunque no soy aristócrata, sé cuándo debo quedarme con los guantes puestos.

Sarah me miró.

—¿Tendrá bastante con cinco minutos? —dijo.

—No sé. Procuraré abreviar lo más posible.

Volvióse y me guió hacia la casa. Por el camino fui reflexionando acerca de lo que acababa de saber. Lo de la bolsa de golf era una mala noticia. No era que yo pensara poderle llevar a Wolfe el palo que mató a Barstow, pues estaba seguro de que Anderson se habría incautado de él. Le suponía lo bastante listo para sumar dos y dos, después que se le hubieran puesto en el orden debido. Sin embargo, había pensado lograr que Sarah me prestara los otros palos un momento. ¡Y ahora me enteraba de que la maldita bolsa había desaparecido! ¿Quién se la habría llevado? No debía de ser muy listo. ¡Si hubiera sido el palo en cuestión! Pero ¿por qué toda la bolsa?

La madre de Sarah estaba sentada ante una mesa, poniendo en orden las piezas de un rompecabezas. Mi compañera se inclinó sobre ella.

—Mamá, te presento al señor Goodwin. Ya te dije que vendría.

Se volvió hacia mí e indicó una silla. Me senté y la señora Barstow dejó el rompecabezas y me miró.

Era muy atractiva. Tenía cincuenta y seis años, pero representaba más de sesenta. Tenía los ojos grises y el cabello casi blanco. Aunque su rostro estaba sereno, tuve el convencimiento de que ello no era natural, y se debía a fuerza de voluntad. Se quedó mirándome sin decir nada, hasta el punto que llegué a pensar si mi aspecto no era el que debía. Sarah Barstow habíase sentado a poca distancia. Me disponía a empezar la conversación a mi manera cuando, de pronto, la señora tomó la palabra.

—Conozco su negocio, señor Goodwin.

—En realidad, no es mi negocio, sino el de mi jefe, el señor Nero Wolfe —repliqué—. Me encargó que le diese las gracias por permitirme venir.

—Las gracias debo darlas yo. Me agrada mucho que alguien, aunque sea un extraño, reconozca mi autoridad.

—¡Mamá!

—Sí, Sarah. No te ofendas, hijita. Sé, y no importa que el señor Goodwin también lo sepa, que mi autoridad no ha sido usurpada. No fuiste tú quien me

obligó a cederla. Ni siquiera fue tu padre. Según Than, fue Dios; sin duda sus manos estaban inactivas y Satanás hizo el daño.

—¡Por favor, mamá! —Sarah Barstow se había levantado y se acercó a nosotros—. Si tiene algo que preguntarle, señor Goodwin…

—Tengo dos preguntas que hacer —repliqué—. ¿Puedo hacerle dos preguntas, señora?

—Desde luego. Ése es su trabajo.

—Bien. La primera es fácil de hacer, pero tal vez sea difícil de contestar. Es decir, requiere reflexión y mucha memoria. De todas las personas, usted es la más indicada para poder responder a ella. ¿Quién deseó o pudo desear matar a Peter Oliver Barstow? ¿Quién podía guardarle rencor por algún daño viejo o reciente? ¿Qué enemigos tenía? ¿Quién le odiaba?

—Eso no es una pregunta. Son cuatro.

—Tal vez se puedan englobar en una.

—No hace falta. Puedo contestar enseguida: Yo.

Me quedé mirando a la mujer. Su hija estaba a su lado, apoyando una mano en uno de sus hombros.

—¡Mamá! Me prometiste…

—Vamos, Sarah. —La señora Barstow palmeó cariñosamente la mano de su hija—. No has permitido que aquellos otros hombres me interrogaran, lo cual te agradezco infinito. Pero si el señor Goodwin viene a hacerme preguntas hay que contestar a ellas. Ya sabes lo que tu padre decía: «No hay que faltar nunca a la verdad».

La señorita Barstow me miró.

—Señor Goodwin, ¡por favor! —dijo.

—¡Tonterías! —Los grises ojos llamearon—. Señor Goodwin, ya he contestado a su primera pregunta. ¿Cuál es la otra?

—No se precipite, señora. —Comprendí que si hacía ver que no me daba cuenta de que Sarah Barstow estaba allí, la anciana se mostraría dispuesta a hacer lo que yo quisiera—. Aún no he terminado con la primera pregunta. Puede que hubiera otros. Usted tal vez no era la única.

—¿Otros que pudieran haber deseado matar a mi marido? —Una sonrisa curvó los labios de la mujer—. No. Es imposible. Mi marido era bueno y justo. Todo el mundo le quería. Ya sé lo que quiere usted que haga, señor Goodwin. Volver la vista atrás, repasar todos los años, los felices y los tristes, y encontrar, para usted, alguna amenaza o algún odio. Le aseguro que no lo hay. Mi marido

no hizo jamás daño a nadie, y nadie fue jamás enemigo suyo. Ni ninguna mujer. Me fue siempre fiel. Mi respuesta a su pregunta fue exacta y me ha producido un gran alivio, pero como es usted joven, casi un niño, le ha sorprendido, como sorprendió a mi hija. Si pudiera le explicaría mi respuesta.

No quiero engañarle. No quiero causar dolor a mi hija. Cuando Dios me instó a que abdicara mi autoridad, no se detuvo ahí. Si por casualidad usted le comprende a Él, comprenderá también mi respuesta.

—Perfectamente, señora Barstow. La segunda pregunta es: ¿Por qué ofreció usted el premio?

—¡No! —Sarah Barstow se interpuso entre nosotros—. ¡No! ¡Basta ya!

—¡Sarah! —La voz era seca, luego se suavizó un poco—. Sarah, quiero responder. Es mi parte de dolor. ¿Quieres apartarte?

Sarah Barstow se acercó a su madre y apoyó la frente sobre sus blancos cabellos.

—Sí, señor Goodwin, el premio. No, no estoy loca. Soy tan sólo fantástica. Ahora lamento que el premio fuese ofrecido, pues me doy cuenta de su sordidez. En un momento de fantasía concebí la idea de una venganza única. Nadie pudo asesinar a mi marido, porque nadie podía desear su muerte. Estoy segura de que sólo yo he podido desearla. Y eso en medio de los mayores tormentos que Dios puede ordenar. Ahora lamento haber ofrecido el premio, pero si lo ganan ustedes pueden tener la completa seguridad de que lo pagaré.

—Muchísimas gracias, señora Barstow. ¿Y quién es Than?

—¿Eh?

—Than. Usted ha dicho, hace un momento, que Than le dijo que Dios la forzó a abdicar de su autoridad.

—¡Ah, sí! El doctor Nathaniel Bradford.

—Muchas gradas. —Cerré el libro de notas y me levanté—. El señor Wolfe me ha encargado le dé las gracias por su amabilidad.

—Dígale al señor Wolfe que será siempre bien venido a esta casa.

Me volví y salí de la habitación, dejando a la señorita Barstow con su madre.

CAPÍTULO IX

LA señorita Barstow me invitó a comer. No me guardaba ningún rencor y hasta comprendí que me estaba agradecida por no haber hecho hablar más a su madre. Me dijo que su hermano comería con nosotros y que podría aprovechar el momento de verle.

No sólo conocí a su hermano, sino también a Manuel Kimball. Me alegró que así fuera, ya que después de lo averiguado aquella mañana, los miembros del cuarteto de jugadores tenían cada vez más importancia. La tarde anterior, después de pasarme dos horas telefoneando, conseguí hablar con el profesional del Club Green Meadow, quien aceptó la invitación de Wolfe a cenar. No había tenido ningún trato con Barstow. Sólo le conocía de vista, pero Wolfe sacó de él un cargamento de detalles acerca de la organización del club y de las pistas. Cuando el profesional se levantó, a las doce, para marchar a su casa, llevaba en el cuerpo una botella del mejor oporto de Wolfe, y éste sabía tanto de golf como si él mismo hubiera sido un profesional. Entre otras cosas, averiguó que los socios guardaban sus bolsas en sus armarios, que algunos de ellos los dejaban abiertos, y que incluso los cerrados podían ser abiertos sin demasiada dificultad con una llave duplicada, llave nada difícil de conseguir. Con semejante llave habría sido fácil abrir el armario en el momento oportuno y sacar el *driver* y cambiarlo por otro. Por lo tanto, los compañeros de Barstow en el partido no tenían más importancia que cualquiera otro de los socios o visitantes del club, que podían entrar en los vestuarios.

Pero todo había variado, puesto que la bolsa de golf de Barstow no estuvo en su armario desde el mes de septiembre del año anterior. La había traído con él desde la Universidad. Esto cambiaba las cosas y hacía más interesantes a los compañeros de juego.

El sitio donde comimos no debía de ser el comedor, pues no era lo bastante grande. Resultaba difícil ver gran cosa a través de las ventanas, debido a la enorme cantidad de arbustos que crecían en el jardín. Aunque la comida me pareció un poco ligera, era digna del mismo Fritz. La mesa era pequeña. Estaba sentado frente a la señorita Barstow, con su hermano a mi derecha y Manuel Kimball a mi izquierda.

Lawrence Barstow no se parecía a su hermana, pero advertí cierta semejanza con su madre. Era atractivo y se le veía muy dueño de sí. He visto infinidad de hombres como él en los restaurantes próximos a Wall Street.

Manuel Kimball era muy distinto. Era moreno y fornido. Llevaba el negro cabello peinado hacia atrás y sus inquietos ojos miraban continuamente a su alrededor, pareciendo descansar tan sólo cuando se fijaban en Sarah. Me ponía nervioso y me pareció que a Sarah le ocurría lo mismo. Aquella mañana la joven me había informado de que no existía ninguna intimidad entre los Barstow y los Kimball; el único punto de contacto había sido la proximidad de sus respectivas residencias veraniegas y el hecho de que Manuel Kimball era un excelente piloto y se había ofrecido a enseñar a volar a Larry Barstow. Sarah había subido el verano anterior, un par de veces, en el aeroplano de Kimball, pero, aparte de eso, apenas se habían visto. Los Kimball eran nuevos en la comarca, ya que sólo hacía tres años que levantaron su casa a unos tres kilómetros de allí. E. D. Kimball, el padre de Manuel, era poco conocido de los Barstow. La madre de Manuel había muerto años antes. Sarah no recordaba que entre su padre y Kimball hijo se hubieran cambiado muchas palabras, excepto una tarde, del verano anterior, en que Larry trajo a Manuel a casa de los Barstow para jugar un partido de tenis, y ella y su padre actuaron de *umpire* y *linesman*.

A pesar de ello sentía yo un gran interés por Manuel Kimball. Por lo menos había sido uno de los cuatro jugadores; parecía extranjero, tenía un nombre muy raro y me ponía nervioso.

Durante la comida la conversación versó especialmente sobre aeroplanos. Sarah Barstow esforzóse en que no se apartase de aquel tema y evitó que su hermano hiciera preguntas privadas. Yo me limité a comer. Cuando por fin la señorita Barstow retiró su silla, todos nos levantamos. Por primera vez Larry Barstow me habló directamente:

—¿Deseaba usted verme?

Asentí.

—Sí. ¿Puede usted dedicarme nada más que un cuarto de hora?

—¿Te importaría esperarme un poco, Manny? Le prometí a Sarah hablar con este señor.

—Desde luego. —La mirada del otro se posó en Sarah—. Tal vez la señorita Barstow tenga la amabilidad de ayudarme a esperar.

Sin gran entusiasmo, Sarah accedió. Pero yo tenía aún que decir algo más:

—Lo siento —y, dirigiéndome a la señorita Barstow, añadí—: ¿Me permite recordarle que prometió estar al lado de su hermano?

Esto no se había convenido, pero lo di por descontado, pues deseaba tener cerca a la joven.

—¡Oh! —Me pareció observar en ella un profundo alivio—. Es verdad. Lo siento, señor Kimball. ¿Se quedará tomando el café?

—No, gracias. —El hombre hizo una profunda inclinación y volvióse hacia Larry—. Iré a echar un vistazo al conducto de esencia. ¿Podría ir en uno de tus autos? Gracias. Te espero en mi hangar… Muchas gracias por el agradable almuerzo, señorita Barstow.

Una cosa que me sorprendió en él fue su voz. Al verle esperé que hablase con voz de tenor, pero en lugar de ello, era profunda y murmurante. Procuraba no elevarla y resultaba muy agradable. Larry Barstow salió con él para decir a alguno de los chóferes que lo acompañase. Su hermano y yo esperamos que Larry volviese, y los tres nos dirigimos al jardín, hacia el banco. Larry sentóse en la hierba y Sarah y yo en el banco.

Expliqué que deseaba la presencia de Sarah Barstow porque ella había establecido un convenio con Nero Wolfe y me interesaba que pudiera comprobar que no se decía nada fuera de lo acordado. Tenía que preguntar algunas cosas a Lawrence Barstow, y si no tenía derecho a hacer alguna, ella era la más indicada para advertírmelo.

—Bien, ya estoy aquí —dijo Sarah, de muy distinto humor que por la mañana.

—Se llama usted Goodwin, ¿no? —preguntó su hermano.

—Eso mismo.

—Pues por lo que a mí se refiere, su convenio no es más que una insoportable insolencia.

—¿Algo más, señor Barstow?

—Sí. Puesto que lo quiere, le diré que es chantaje.

—¡Larry! —exclamó su hermana—. ¿Qué te dije?

—Un momento, señorita. —Empecé a repasar las páginas de mi cuaderno de

notas—. Puede que a su hermano le interese oír el texto del convenio. Aquí está. —Lo leí en voz alta, no demasiado aprisa. Luego cerré el cuaderno—. Éste es el convenio, señor Barstow. También quiero decirle que mi jefe, el señor Nero Wolfe, tiene un gran dominio sobre sus nervios, pero yo acostumbro estallar de cuando en cuando. Si vuelve a llamarme chantajista, los resultados van a ser desagradables. Si no sabe ver cuándo se le hace un favor, entonces supongo que considerará que un puñetazo en la barbilla es una caricia.

—Sarah, vale más que vuelvas a casa —dijo su hermano.

—Puede marcharse dentro de un momento —exclamé—. Si el convenio se ha de ir por la borda, vale más que ella vea cómo se hunde. Si a usted no le gustaba, ¿por qué la dejó ir sola a casa de Wolfe a hacerlo? A él le hubiera encantado conocerle. Le dijo a su hermana que, de todos modos, seguiremos adelante con la investigación. Se trata de un asunto nuestro, que no tiene nada de malo. Con convenio o sin él descubriremos quién mató a su padre. Si me lo pregunta usted le diré que creo que su hermana hizo un buen negocio. Si usted no cree lo mismo tendrá sus razones, y ésta es una de las cosas que podemos averiguar.

Larry permaneció con la mirada fija, no en mí, sino en su hermana. Su aspecto era mitad el de un niño que va a empezar a llorar y mitad el de un hombre dispuesto a enviar el mundo al diablo.

—Está bien —dijo, por fin, sin excusarse.

Cuando empecé a soltarle preguntas contestó a ellas velozmente, sin que pareciera vacilar ni una sola vez. En lo de la bolsa de golf fue más explícito que su hermana. Dijo que vino de la Universidad en el camión. En el auto no llevaban más equipaje que una maleta de su madre. Cuando el camión llegó a casa, a eso de las tres de la tarde, el cargamento fue llevado directamente a la habitación de su padre, aunque no podía decir exactamente si la cosa ocurrió así. El domingo, durante el almuerzo, su padre y él decidieron jugar al golf aquella tarde.

—¿Quién propuso el partido? ¿Usted o su padre?

No podía recordarlo. Cuando su padre bajó, después del almuerzo, llevaba la bolsa debajo del brazo. Se dirigieron al Club Green Meadow en el sedán, lo estacionaron y su padre se dirigió al primer *tee*[1], llevando su bolsa, mientras Larry iba en busca de los *caddies*. Larry no tenía predilección por su *caddy*, pero había uno por quien su padre demostró sentir cierto afecto el año anterior. Por

casualidad el muchacho estaba allí, y Larry lo contrató, junto con otro. Camino del primer *tee*, Larry encontró a los Kimball, también dispuestos a comenzar un partido, y como hacía meses que no veía a Manuel y deseaba hacer planes para el verano, les pidió que jugaran el partido a cuatro, seguro de que a su padre no le importaría. Peter Oliver Barstow estaba practicando con un *mashie*, y saludó muy cordialmente a los Kimball y al *caddy*.

Esperaron un poco a que les llegara el turno, y empezaron. Manuel Kimball fue el primero en tirar la pelota, luego siguió Larry, su padre y el mayor de los Kimball. Larry no recordaba haber visto a su padre sacar el *driver* de la bolsa mientras esperaban el comienzo del partido. Él había estado hablando animadamente con Manuel. Sin embargo, recordaba perfectamente el primer tiro de su padre, a causa de un suceso inusitado. La pelota había salido mal disparada y Barstow lanzó una exclamación, frotándose luego el vientre. Larry nunca había visto a su padre perder, en público, su habitual compostura. Le preguntaron qué le ocurría y contestó algo acerca de una avispa, y se desabrochó la camisa. Larry, impresionado por la expresión de su padre, buscó en la piel alguna señal de picadura; luego su padre se serenó y dijo que no era nada.

Entonces el mayor de los Kimball siguió el partido.

Lo demás había sido descrito ampliamente por los periódicos. Media hora más tarde, cerca del cuarto agujero, Barstow había caído al suelo, agitado por violentas convulsiones. Cuando su *caddy* acudió junto a él, estaba aún vivo, pero cuando llegaron los demás ya estaba muerto. Formóse un grupo a su alrededor y entre las personas que lo integraban se hallaba el doctor Nathaniel Bradford, viejo amigo de la familia. Manuel Kimball fue en busca del sedán y lo llevó hasta allí. El cadáver fue colocado en la parte de atrás. El doctor se sentó, sosteniendo sobre sus rodillas la cabeza de su viejo amigo. Larry se hizo cargo del volante.

Larry no recordaba nada de la bolsa. Absolutamente nada. Estaba enterado de lo dicho por el *caddy* acerca de haberla colocado junto al asiento del conductor, mas no recordaba haberla visto durante el trayecto. Dijo que había recorrido los nueve kilómetros hasta su casa muy despacio y que, más tarde, se dio cuenta de que tenía el labio inferior lleno de sangre, por habérselo mordido. Era mejor mentiroso que su hermana, y por más que lo tanteé no descubrí la menor grieta.

Dejé aquello y le interrogué acerca de los Kimball. Me dijo lo mismo que su hermana. Luego les pregunté, como a su madre, si sabían de alguien que tuviera

motivos para odiar a su padre. Contestaron que no conocían a nadie que pudiera guardarle rencor. Durante su carrera siempre encontró el medio de fundir los posibles odios, en vez de fomentarlos. Su vida privada viose limitada a su hogar. Saqué la conclusión de que el hijo sentía un profundo respeto por él, junto con cierto afecto. La hija le había querido mucho.

A continuación inquirí acerca del doctor Bradford. Interrogué con preferencia a Sarah. Esperaba algunas dudas o vacilaciones, pero no hubo nada de eso. La muchacha me explicó, simplemente, que Bradford había sido compañero de colegio de su padre y que siempre fueron amigos íntimos. Bradford, que era viudo, había sido como uno más de la familia; sobre todo durante el verano, puesto que entonces era, además, vecino. Era el médico de la familia y en él confiaron para curar a la señora Barstow, aunque el hombre pidió ayuda de especialistas.

—¿Le aprecia usted? —preguntó a Sarah.

—¿Que si le aprecio?

—Sí. ¿Aprecia usted al doctor Bradford?

—Desde luego. Es uno de los mejores hombres que conozco.

Me volví hacia su hermano.

—¿Le aprecia usted, señor Barstow?

Larry frunció el ceño. Estaba cansado; habíase mostrado muy paciente durante las dos horas que duraba ya el interrogatorio.

—Sí, le aprecio —contestó—. Es todo lo que ha dicho mi hermana, pero le gusta echar sermones. No es que ahora me moleste, pero cuando yo era niño huía de él.

—Ustedes llegaron aquí de la Universidad el sábado a mediodía. ¿Estuvo en esta casa el doctor Bradford entre aquella hora y las dos de la tarde del domingo?

—No sé… ¡Oh, sí! El sábado cenó en casa.

—¿Cree que existe alguna posibilidad, de que sea el asesino de su padre?

Larry me miró sobresaltado.

—¡Por Dios! ¿Qué espera usted conseguir con esa pregunta?

—¿Y usted, señorita?

—¡Su pregunta es una tontería!

—Está bien, es una tontería. ¿Podrían decirme a quién fue el primero que se le ocurrió que su padre había muerto de un ataque al corazón? ¿A él?

Larry me dirigió una centelleante mirada. Su hermana dijo, despacio:

—Señor Goodwin, ha dicho usted que deseaba que estuviera yo presente

para convencerme de que no se faltaba al convenio. Pues bien, señor Goodwin… he tenido ya demasiada paciencia.

—Está bien. Dejaremos eso. —Me volví hacia el hermano—. Está usted enfadado, señor Barstow. Olvídelo. Las personas como usted no están acostumbradas a las impertinencias. Pero pruebe de olvidar lo que ha oído y ya verá lo fácil que es. Sólo me falta hacerle un par de preguntas. ¿Dónde estaba usted entre las siete de la tarde y la medianoche del lunes, cinco de junio?

Ésta era la fecha en que se cometió el asesinato de Carlo Maffei.

—No sé. ¿Cómo quiere que me acuerde?

—Procure recordar. No se trata de otra impertinencia; le pido, muy seriamente, que conteste. Lunes, cinco de junio. El entierro de su padre tuvo lugar el martes. Lo que le pregunto se refiere a la noche antes del entierro.

—Yo puedo decírselo —declaró la señorita Barstow.

—Preferiría que lo hiciese él. Es un favor que le pido.

—Estaba en casa —respondió Larry.

—¿Estuvo en ella toda la noche?

—Sí.

—¿Quién más estaba aquí?

—Mi madre, mi hermana, los criados y los Robertson.

—¿Los Robertson?

—Eso he dicho.

—Los Robertson son viejos amigos nuestros —explicó su hermana—. El señor y la señora Blair Robertson y dos hijas.

—¿A qué hora vinieron?

—Después de cenar. Aún no habíamos terminado. Alrededor de las siete y media.

—¿Estaba aquí el doctor Bradford?

—No.

—¿No es raro que no estuviera?

—¿Por qué tiene que ser raro? Estaba en Nueva York, hablando en una reunión.

—Entiendo. Muchas gracias, señorita Barstow. —Me volví hacia su hermano —. Una pregunta más. Una súplica. ¿Tiene Manuel Kimball teléfono en su hangar?

—Sí.

—¿Podría telefonearle diciéndole que voy a verlo y que le ruego que me

conceda una entrevista?

—No. ¿Por qué he de hacer semejante cosa?

—No tiene usted derecho a pedirnos eso —dijo Sarah—. Si quiere usted verle, hágalo por su cuenta y riesgo.

—Bien. —Cerré el libro de notas y me levanté—. Tienen razón. Pero en este asunto no tengo ninguna fuerza legal. Si visito a Manuel Kimball sin nadie que me introduzca me expongo a que me eche a puntapiés. Es amigo de ustedes o, por lo menos, así me lo ha parecido. Necesito que se me presente.

—Desde luego. —Larry se había puesto en pie y limpiaba de hierba sus pantalones—. Pero no lo conseguirá. ¿Dónde tiene el sombrero? ¿En casa?

Asentí con la cabeza y dije:

—Podemos entrar cuando usted vaya a telefonear. Óigame, se trata de lo siguiente: tengo que rogarle que telefonee a Manuel Kimball, a los Robertson y al Club Green Meadow. De momento no se me ocurre nada más, pero más adelante puede que le pida otras cosas. Tengo que hacer muchas gestiones, interrogar a varias personas, averiguar cosas y, cuanto más fácil me haga usted ese trabajo, más se beneficiará usted mismo. Nero Wolfe supo lo bastante y dijo lo suficiente a la policía para que exhumaran el cadáver de su padre. Eso era mucho, pero no lo dijo todo. ¿Me quiere usted obligar a ir al fiscal y decirle lo necesario para que me dé un certificado que me permita entrar en donde yo quiera? Está resentido con nosotros porque sabe que le ocultamos muchas cosas. No me importa hacer las paces con él. El tener amigos me gusta mucho. A ustedes, por lo visto, les molesta. Si a usted, señor Barstow, esto le parece una variación de chantaje, iré a buscar mi sombrero y nunca más volveré a molestarle.

Era un verdadero crimen, pero no me quedaba más remedio que cometerlo. Lo malo de mis dos compañeros, sobre todo del hermano, era que estaban demasiado acostumbrados a sentirse seguros, independientes y dignos, olvidando con ello el miedo que tenían en el cuerpo. Había que refrescarles la memoria.

Como es natural, cedieron enseguida. Entramos juntos en la casa y Sarah Barstow telefoneó a los Robertson. Luego su hermano llamó al club y a Manuel Kimball. Yo estaba convencido que no obtendría absolutamente nada interrogando a los criados y, por lo tanto, en cuanto hubieron terminado las llamadas telefónicas, recogí mi sombrero y salí de la casa. Larry Barstow me acompañó hasta la terraza. Supongo que lo hizo para asegurarse de que no me quedaba por allí escuchando por las cerraduras. Al llegar a la escalinata, un auto

avanzó por el sendero y se detuvo frente a nosotros. Un hombre bajó de él. Sonreí al reconocer a H. R. Corbett, el policía de la oficina de Anderson que había intentado echar abajo la puerta de la casa de Wolfe la mañana en que estaba yo haciendo las veces de policía. Le dirigí un alegre saludo y continué adelante, pero me contuvo, llamándome.

—¡Eh, usted!

Me volví. Larry Barstow estaba en la terraza, contemplándonos.

—¿Me llamaba, caballero? —pregunté.

Corbett se acercaba a mí, sin hacer caso de mi cortés pregunta.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —preguntó.

Le miré sonriente, durante unos segundos, y, volviéndome hacia Larry Barstow, dije:

—Puesto que ésta es su casa, señor Barstow, tal vez sea preferible que le diga qué diablos estoy haciendo aquí.

A juzgar por la expresión de Larry, era más posible que me enviara a mí una felicitación de Navidad que a Corbett. Dirigiéndose a él le dijo:

—El señor Goodwin ha venido aquí invitado por mi hermana para hacer unas consultas. Seguramente volverá otra vez. ¿Desea usted averiguar si eso es verdad?

Corbett lanzó un gruñido y me dirigió una furiosa mirada.

—Tal vez le gustaría hacer un viaje a White Plains —dijo.

Moví negativamente la cabeza.

—En absoluto. No me gusta ese lugar. No hay manera de conseguir que le acepten a uno una apuesta. —Me puse en marcha—. Hasta la vista, Corbett. No le deseo mala suerte, porque ni teniéndola buena logrará que nadie llore su muerte.

Sin detenerme a replicar a los insultos y amenazas que me lanzó, me dirigí donde estaba mi auto y salí del jardín.

CAPÍTULO X

VISITÉ primero a los Robertson porque estaba seguro de que no me llevaría mucho tiempo y convenía ir liquidando todos los asuntos. La señora Robertson y sus hijas estaban en casa, esperándome. Declararon haber estado en casa de los Brastow la noche del cinco de junio, o sea la víspera del entierro, llegando mucho antes de las ocho y marchándose después de las doce. Estaban seguros de que Larry, Sarah y la señora Barstow se habían hallado presentes toda la velada. Me aseguré de que no existía posibilidad alguna de error acerca de la fecha y luego hice algunas preguntas indiferentes acerca de los Barstow, aunque pronto abandoné el sistema. Los Robertson no estaban dispuestos a criticar a sus antiguos amigos, ni quisieron reconocer, delante de mí, que la señora Barstow no fuese un ser completamente normal.

Me presenté en la finca de los Kimball poco después de las cinco. No era tan elegante como la de los Barstow, pero sí mayor. Después de entrar en sus terrenos recorrí casi un kilómetro antes de llegar a la casa. Detrás de ella se encontraba un excelente campo de aterrizaje, en uno de cuyos lados levantábase un hangar.

Allí encontré a Manuel Kimball, lavándose las manos. Un gran aeroplano de alas negras y cuerpo rojo ocupaba casi por completo el hangar. Un hombre en traje de mecánico estaba arreglando algo del motor.

—Soy Goodwin —dije.

—Le esperaba —replicó Kimball—. Ya he terminado por hoy. Podemos ir a casa y estaremos más cómodos. —Habló al mecánico—: Si quiere, Skinner, deje eso para mañana. Sólo volveré por la tarde.

Se acabó de secar las manos y en su auto fuimos hasta la casa.

No cabe duda que se mostró cortés. Me hizo pasar a una amplia habitación delantera, nos sentamos en cómodos sillones de cuero, y encargó al criado que nos trajera unos *whiskys* con soda. Viéndome examinar cuanto me rodeaba, explicó que la casa había sido amueblada por su padre y por él, de acuerdo con sus gustos personales, ya que no había que tener contenta a ninguna mujer y a los dos les molestaban los decoradores.

—La señorita Barstow me comunicó que su madre murió hace tiempo —dije, sin poner demasiado interés en mis palabras.

Sin embargo, tengo la costumbre de fijarme bien en las personas con quienes hablo, y me sorprendió notar en su rostro una especie de espasmo que sólo duró una fracción de segundo. Es indudable que en aquel momento sufrió una violenta conmoción. No supe si ello se debía a haber mencionado a su madre, o bien si es que le dolía algo. De todas formas no volví a hacer la prueba.

—Tengo entendido que realiza usted investigaciones acerca de la muerte del padre de la señorita Barstow, ¿no? —dijo.

—En efecto. Por encargo suyo, claro está. También investigo sobre la muerte del padre de Larry Barstow y del esposo de la señora Barstow.

Sonrió, fijando en mí la mirada de sus negros ojos.

—Si ésa es su primera pregunta, señor Goodwin, no cabe duda que ha sido bien hecha. Bravo. Mi respuesta es: No. No tengo derecho a distinguir al muerto de esa forma. Debo atenerme sólo a mis inclinaciones. Admiro mucho a la señorita Barstow.

—Bien. Lo mismo me ocurre a mí. No era una pregunta, sino un simple comentario. Lo que deseo preguntarle es lo que realmente ocurrió al comenzar el partido de golf el domingo por la tarde. Supongo que ya habrá repetido otras veces la historia, ¿no?

—Sí. Una vez a un detective, que creo se llama Corbett, y otra al señor Anderson.

—Entonces se la sabrá de memoria. ¿Tendría inconveniente en recitarla otra vez?

Me recosté en mi asiento y escuché sin interrumpirle. No utilicé mi cuaderno de notas, pues tenía ya, como muestra, la declaración de Larry, y más tarde podría corregir todos los desacuerdos que pudiese haber entre ambas declaraciones. Manuel Kimball mostróse breve y exacto. Cuando terminó, quedaba muy poco que preguntarle; sin embargo, había dos o tres puntos sobre los cuales yo no estaba satisfecho. Sobre todo uno en el cual estaba en

contradicción con Larry. Manuel dijo que después que Barstow creyó que le había picado una avispa, dejó caer el *driver* al suelo, y su *caddy* lo recogió. Larry había dicho que su padre se apoyó con una mano en el palo de golf mientras se desabrochaba la camisa. Manuel afirmó que estaba seguro de que había sucedido como él decía. De todas formas, la cosa no parecía tener gran importancia, puesto que el *driver* había vuelto a la bolsa, y en lo demás la declaración de Manuel era exacta a la de Larry.

Animado al oírle pedir más *whisky*, alargué un poco la conversación. No pareció tener nada que oponer. Supe que su padre era comerciante en cereales y que todos los días iba a Nueva York, a Pearl Street, y que él, por su parte, estaba pensando en instalar una fábrica de aviones. Afirmó ser un buen piloto, y haber pasado un año en la fábrica Fackler, de Buffalo. Su padre estaba dispuesto a poner el dinero suficiente, aunque dudaba de lo bueno del negocio. Manuel opinaba que en su amigo Larry había madera de diseñador de aparatos y esperaba lograr convencerle para que contribuyera a la empresa.

—Como es natural, ahora Larry no está aún rehecho de la emoción de la muerte de su padre. No trato de forzarle. Primero el suceso y luego lo de la sorprendente autopsia… Y, a propósito, señor Goodwin, aquí todo el mundo se pregunta cómo pudo el señor Nero Wolfe… se llama así, ¿no?… predecir con tal precisión los resultados. Anderson, el fiscal, insiste en que la cosa salió de él. El otro día me lo dijo. Pero aquí todos sabemos la verdad. Ayer, en Green Meadow, sólo se hablaba de dos cosas: de quién pudo matar a Barstow, y de cómo se enteró Wolfe del asunto. ¿Qué harán ustedes? ¿Descubrir ambas cosas a la vez?

—Es posible, señor Kimball. Sin embargo, no contestaremos a la segunda antes de la primera. No, gracias, no quiero más. Con otro de sus elegantes *whiskies* me expondría a contestar a todo.

—De todas formas, tome otro. Como todo el mundo siento una gran curiosidad. Nero Wolfe debe de ser un hombre extraordinario.

—Pues, le diré… —Eché hacia atrás la cabeza para beber hasta la última gota del excelente *whisky*, sintiendo sobre mis labios el frío de los cubitos de hielo. Luego, súbitamente, bajé la cabeza y el vaso. Era uno de mis trucos. Lo único que leí en el rostro de Kimball fue curiosidad, y como ya había reconocido que la sentía, la cosa no tenía nada de particular. Dije, pues—: Si Nero Wolfe no es extraordinario, entonces Napoleón no pasó jamás de sargento. Lamento no poderle revelar a usted sus secretos, pero tengo que ganar lo que me paga, aunque no sea más que manteniendo cerrada la boca. Lo cual me recuerda… —

consulté mi reloj—, que ya debe de ser casi hora de cenar. Ha sido usted muy amable, señor Kimball. Se lo agradezco mucho y también se lo agradecerá Nero Wolfe.

—Por mí no se apresure. Mi padre no está en casa y me molesta cenar solo. Más tarde iré a hacerlo al club.

—¡Oh! ¿Su padre no volverá a casa? Eso varía mis planes. Pensaba ir a comer algo en White Plains o Pleasantville y volver después a charlar un poco con él. Incluso iba a pedirle a usted que me hiciera el favor de decirle que volvería.

—Lo siento.

—¿No volverá esta noche?

—No. La semana pasada se marchó a Chicago en viaje de negocios. No es usted el primero que se lleva una decepción. Anderson y el otro policía le han estado telegrafiando todos los días, aunque no sé por qué. Al fin y al cabo casi no conocía a Barstow. No creo que sus telegramas le hagan volver antes de que termine su trabajo. Mi padre es así. Le gusta terminar bien las cosas.

—¿Cuándo cree usted que volverá?

—No sé. Al marcharse esperaba estar aquí hacia el quince.

—Bien. Lo siento. Claro que sólo se trata de un interrogatorio rutinario. A cualquier detective le interesaría interrogar a todos los que se hallaron presentes en el momento de la muerte. Ese Corbett parece ser un detective. Por lo menos eso dice en su tarjeta. Puesto que no puede usted hacerme el favor que iba a pedirle, tal vez no tenga inconveniente en hacerme otro. Simple rutina. Dígame dónde estaba la noche del lunes cinco de junio entre siete de la tarde y las doce. Fue la noche que precedió al entierro de Barstow. ¿Asistió usted a la ceremonia?

La mirada de Manuel Kimball estaba fija en mí, como si intentara recordar.

—Fui al entierro —dijo—. Fue el martes, hace una semana. Creo que el lunes estaba en las nubes. ¡Oh, sí! Skinner lo sabrá.

—¿En las nubes?

—Sí. He estado haciendo pruebas de vuelo nocturno, despegando y aterrizando a oscuras. En el mes de mayo hice un par de pruebas y el lunes realicé otra. Skinner debe de saberlo. Le dije que esperase para atender al aterrizaje. Es mucho más difícil y completamente distinto que de día.

—¿A qué hora despegó?

—A eso de las seis. Claro que no anochece hasta las nueve, pero me interesaba despegar antes del crepúsculo.

—¿Y a qué hora volvió?

—A las diez o más tarde. Skinner podrá contestarle mejor que yo.

—¿Volvió usted solo?

—Completamente solo. —Manuel Kimball me sonrió con los labios, pero me hizo el efecto de que sus ojos no estaban de acuerdo con aquella sonrisa—. Reconocerá usted, señor Goodwin, que soy muy paciente. ¿Qué diablos tiene que ver con usted el que yo volara el lunes por la noche o cualquier otra noche? Si no sintiera una curiosidad tan grande, tendría motivos para estar un poco disgustado, ¿no le parece?

—Desde luego —sonreí—. En su lugar yo me enfadaría. De todas formas le quedo muy agradecido. Preguntas de rutina y nada más, señor Kimball. —Me levanté—. Debe de ser muy emocionante volar de noche.

—Lo es —respondió Kimball, levantándose también—. Pero no me agradezca nada. Voy a gozar de un gran prestigio por haber hablado con un ayudante de Nero Wolfe.

Llamó a un gordo mayordomo para que me trajese el sombrero.

Media hora más tarde, cuando regresaba a Nueva York por la Bronx River Parkway, aún seguía reflexionando acerca de él. Como no existía ninguna relación entre él, Barstow o el palo de golf, la insistencia de mi pensamiento debía de tener por causa el que Kimball me ponía nervioso. ¡Y aún decía Wolfe que yo no notaba los fenómenos!

Cuando llegué a casa, a las ocho y media, Wolfe había terminado de cenar. Telefoneé desde una droguería, y Fritz tenía guardada mi cena en el horno, cena que, teniendo encuenta lo poco que había comido en casa de los Barstow y lo tarde que era, me pareció muy escasa.

Wolfe me esperaba en el despacho, jugando con las moscas. Las odiaba y eran muy pocas las que llegaban hasta allí, pero dos de ellas habían conseguido entrar y estaban revoloteando por encima de la mesa. Por mucho que las odiase no podía matarlas. Wolfe aseguraba que una mosca viva le irritaba y llenaba de odio, pero que una mosca muerta ultrajaba su respeto por la dignidad de la muerte, lo cual era peor aún. Mi opinión era que le causaba repugnancia. Wolfe estaba sentado con la pala matamoscas en la mano, probando hasta qué punto podía hacerla bajar sobre las moscas sin que éstas se dieran cuenta. Cuando entré, me dio la pala y en un momento acabé con las dos moscas y las tiré a la papelera.

—Muchas gracias —dijo—. Estos malditos insectos me estaban distrayendo.

¿Quién mató a Barstow?

—Un momento —repliqué—. Deje que recuerde. Tengo el nombre en la punta de la lengua.

—Debieras haberlo escrito para no olvidarte. Bueno. ¿Has comido bastante…? Sigue.

No estaba ni satisfecho ni avergonzado del informe que podía presentar. Wolfe lo escuchó recostado cómodamente en su sillón, como hacía siempre que tenía que oír un relato un poco largo, con los ojos entornados, pero la mirada fija en mí. A mitad de la explicación me interrumpió un momento para encargar a Fritz que trajera cerveza. Cuando terminé era medianoche.

Lanzó un suspiro y yo me fui a la cocina a beber un vaso de leche. Al regresar le encontré pellizcándose el lóbulo de la oreja.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó.

—Muy vaga. La señora Barstow está más loca que una cabra. Pudo o no matar a su marido, pero, desde luego, no mató a Carlo Maffei. Sarah Barstow y su hermano están eliminados. Quiero decir en lo de Maffei. Su coartada es a toda prueba. El doctor Bradford parece un personaje muy interesante. Me gustaría verle. En cuanto a Manuel Kimball no creo que matara a Barstow, pero ese hombre no me acaba de gustar.

—¿Por qué? ¿Es cruel? ¿Mira mal?

—No, pero fíjese en su nombre. No me gusta; me pone nervioso.

—¿Has visto a su padre?

—No. El hecho de que la bolsa de golf no estuviese en el armario del club me desconcertó mucho. Fue una mala noticia.

—¿Por qué mala?

—Pues porque antes confiábamos encontrar al asesino en la lista de socios del club, y en cambio ahora tenemos que buscarlo entre las personas que trataron a Barstow en los últimos nueve meses.

—Eso no. Ningún veneno de los conocidos conservaría su eficacia estando expuesto al aire en una aguja, por ejemplo, más de dos días. Seguramente, y según el veneno, sólo podría matar a un hombre permaneciendo sólo unas horas en la aguja.

—Ya es una ayuda —sonreí—. ¿Qué más ha sacado en limpio?

—Algunos puntos bastante interesantes. Lo del itinerario de la bolsa de golf es una noticia bastante buena. Su subsiguiente desaparición sólo nos interesa

directamente, pues era inútil esperar conseguir el palo. Pero ¿quién lo hizo desaparecer y por qué?

—Los médicos saben muchas cosas acerca de los venenos —dije.

—Sí. El doctor Bradford es muy interesante. Tres veces le he llamado por teléfono y en las tres se me ha contestado lo mismo: que estaba muy ocupado, y que seguramente seguiría estándolo. Mañana por la mañana puedes seguir llamando.

Asentí y dije:

—He pensado ir primero al club, luego a ver al forense y por fin volver a la ciudad para dar con el doctor Bradford. Siento que el viejo Kimball esté fuera; desearía acabar de una vez con los jugadores de golf. ¿No cree que a Saúl Panzer le gustaría un viaje a Chicago?

—Costaría cien dólares.

—No es mucho, si ganamos cincuenta mil.

Wolfe movió la cabeza.

—Eres muy derrochador, Archie. Te gusta gastar innecesariamente. Asegurémonos antes de que no se puede detener al asesino dentro del área en que nos movemos.

—Bien. —Me puse en pie y me desperecé—. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Archie.

CAPÍTULO XI

CUANDO yo llegué, el profesional del Club Green Meadow, que el lunes por la noche cenó con nosotros, no estaba en el club. Me dijeron que no lo esperaban antes de las once. Por lo tanto, tuve que valerme de la presentación que, por teléfono, había hecho de mi Larry Barstow la tarde anterior. Fui conducido amablemente al jefe de los *caddies*. Dos de los que deseaba ver no trabajaban los días de entre semana, pues las escuelas a que asistían no habían comenzado aún las vacaciones. Los otros dos estaban en las pistas, acompañando a jugadores matinales. Subí a mi auto y marché a White Plains.

La oficina del forense estaba en el mismo edificio que el despacho del fiscal. El forense no estaba, pero tuve la suerte de encontrar a un médico que firmaba unos documentos y que, por suerte, era el mismo que realizó la autopsia de Barstow. Antes de salir de casa había telefoneado a Sarah, y el médico me dijo que Lawrence Barstow les había llamado para decirles que yo, como representante de la familia Barstow, visitaría al forense.

El resultado fue nulo, y debí salir de allí tal como había entrado. Todo cuanto pudo decirme el médico lo había ya leído en los periódicos a excepción de un cargamento de términos médicos que los reporteros no intentaron copiar por miedo a que los linotipistas se declarasen en huelga. No soy de los que desprecian las palabras técnicas, pues sé que hay un montón de cosas que no pueden decirse de otra forma, pero la enrevesada fraseología del médico sólo sirvió para hacerme comprender que nada definitivo podía decirse respecto al veneno que mató a Barstow, pues nadie había sido capaz de analizarlo. Varios tejidos adicionales fueron enviados a un laboratorio de Nueva York, pero aún no se habían recibido los resultados del análisis. La aguja quedó en poder del fiscal.

—¿Y no existe la posibilidad de que muriese de vejez? —pregunté—. ¿Fue verdaderamente envenenado? ¿Murió de muerte violenta?

El doctor asintió.

—Eso es indudable. Se trata de un veneno muy activo. Hemolisis…

Le dejé con la palabra en la boca y salí de allí, volviendo al Club Green Meadow. Los dos *caddies* estaban ya allí, esperándome. Les hice una proposición: les daría dos emparedados a cada uno, plátanos, mantecados y jarabe con tal de que no me cobrasen el tiempo perdido. Aceptaron encantados y, comprando los víveres en la cantina, fuimos a sentarnos bajo un árbol.

Uno de ellos había sido el *caddy* de Manuel Kimball y el otro el de Peter Oliver Barstow. Mientras comíamos fueron explicando el partido durante el cual murió el catedrático. Por la manera que tuvieron de recitarlo, se veía que lo habían contado más de mil veces. A Anderson y Corbett, a los demás *caddies*, a sus familias y a sus amigos. Tenían la respuesta preparada para todo, y me pareció imposible poderles sacar nada nuevo. No era que lo esperase, y las versiones que obtuve de ellos no variaban de las de Larry Barstow y Manuel Kimball. Cuando comprendí que del *caddy* de Manuel no sacaría ya nada, lo envié con su jefe, quedándome con el que fue *caddy* de Peter Oliver Barstow. Me pareció más inteligente que el otro. Tenía la esperanza de averiguar por medio de él cuál fue el comportamiento del doctor Bradford al llegar al lugar del crimen. Pero no logré nada importante. El médico llegó cuando todos le estaban ya aguardando. Después de examinar a Barstow se puso en pie, pálido y sereno.

Interrogué al muchacho acerca de la bolsa de golf. No vaciló al replicar que estaba seguro de haberla puesto en el asiento delantero del auto.

—Y debido a la emoción del momento, ¿no pudiste, sin querer meterla en otro coche?

—No, señor. Allí no había ningún otro auto.

—Tal vez metiste la bolsa de alguna otra persona.

—No, señor. Yo no soy tan tonto. Recuerdo bien que cuando puse la bolsa en el auto me fijé en que todos los palos eran nuevos.

—¿Nuevos?

—Sí, señor. Era la bolsa nueva llena de palos nuevos que le regaló su señora.

—¿Qué?

—Sí, señor.

No quise ponerle nervioso. Arranqué una hierba y la mordisqueé.

—¿Cómo sabes que la esposa del señor Barstow le regaló unos palos

nuevos?

—Me lo dijo él.

—¿Cómo fue que te lo dijo?

—Pues cuando me tuvo delante me dio la mano y me dijo que se alegraba mucho de verme, pues el año pasado fui su *caddy* preferido. Al tomar su bolsa me fijé que todos los palos eran «Henderson» legítimos y nuevos. Y él me dijo que se alegraba de ver que admiraba los nuevos palos que su mujer le había regalado el día de su cumpleaños.

Quedaban un par de plátanos y se los tendí al muchacho. Mientras los pelaba pregunté:

—¿Sabías que el señor Barstow fue asesinado por medio de una aguja envenenada disparada por el mango de un *driver*?

—Sí, eso dicen —respondió, después de tragarse lo que tenía en la boca.

—Pero tú no lo crees.

—Tendrían que enseñármelo. He manejado muchos palos de golf y, por lo tanto, no lo creo.

Le sonreí.

—Eres un escéptico, Mike. ¿Sabes lo que dice mi jefe? Pues que los escépticos son buenos perros guardianes. ¿Sabes cuándo cumplía Barstow los años?

No lo sabía ni parecía saber nada más. Además se acercaba ya la hora de la reanudación de los partidos. Observé que tenía la mirada fija en el banco donde se sentaban los *caddies* en espera de que los contrataran, y que yo ya no le interesaba.

Me dirigí a la biblioteca y en un momento encontré el grueso y rojo *Quién es Quién en Norteamérica*. Busqué el nombre de Barstow, Peter Oliver, y leí que había nacido en Chatham, Illinois, el 9 de abril de 1875.

Dejé el libro en su sitio y fui a telefonear a Sarah Barstow, preguntándole si podría pasar a visitarla un momento.

Me recibió en una habitación que no había visto el día anterior. Estaba pálida y parecía dispuesta a todo.

—No la entretendré más que un momento —exclamé—. No le hubiese pedido que me recibiera a no haber descubierto algo muy interesante. ¿Podría decirme si el nueve de abril era el cumpleaños de su padre?

Sarah asintió con la cabeza.

—¿Le regaló su madre, en su último cumpleaños, una bolsa de palos de golf?

—¡Oh! —exclamó Sarah, apoyándose en el respaldo de una silla.

—Oiga, señorita Barstow: vale más que lo suelte todo. Creo que usted sabe que Nero Wolfe no la engañaría, y mientras yo trabaje para él puede usted considerarme como el propio Nero Wolfe. Podemos hacerle preguntas con segunda intención, pero nunca le diremos una mentira. Si alimenta usted la idea de que el *driver* que mató a su padre estaba en la bolsa cuando su madre se la regaló el nueve de abril pasado, olvídelo. Tenemos motivos para saber que no podía estar aquí. ¡Imposible!

Sarah me miró con los labios temblorosos, pero sin hablar. Creo que de no tener la mano apoyada en la silla se hubiese caído.

—He venido a decirle esto tan pronto como lo he sabido. Si mi noticia le sirve de algo, mejor. Ahora, ¿por qué no me corresponde usted? Yo también necesito un poco de ayuda. ¿Era ese regalo de su madre a su padre lo que la ponía nerviosa? ¿Era ése el motivo que la indujo a pedirnos que no hiciéramos caso del anuncio?

Por fin Sarah logró recobrar la palabra.

—No creo que usted me engañe. Sería demasiado cruel.

—No lo haré. Además, tenga en cuenta que estoy ya enterado de lo del regalo. Por lo tanto, puede contestar sin miedo a mi pregunta. ¿Era eso lo que la tenía inquieta?

—Sí —contestó—. Eso… y… sí, era eso.

—¿Qué más era?

—Nada. Mi madre…

—Sí, su madre tenía a veces ideas raras acerca de su padre y le regaló los palos de golf por su cumpleaños. ¿Qué más?

—Nada. —Retiró la mano de la silla, pero tuvo que volver a apoyarse en ella —. Señor Goodwin… perdone… me sentaré.

Se dejó caer en la silla y cerró un momento los ojos.

—Tiene usted razón —dijo—. Debo hablar. La tensión ha sido demasiado fuerte. Y no es eso sólo. Siempre he considerado a mi madre una mujer admirable. Lo es, a pesar de todo. Pero ¡resulta tan horrible! El doctor Bradford cree que ahora, después de la muerte de mi padre, mamá se curará por completo y no volverá a tener… dificultades. Debiera darle a usted las gracias, señor Goodwin. ¿Ha dicho que mi madre no tiene nada… no ha podido…?

—Digo que el palo de golf que mató a su padre no existía aún el nueve de abril. No apareció en escena, por lo menos, hasta un mes más tarde.

—¿Está seguro?
—Completamente.
—Mejor.
Trató de sonreírme y admiré su valor, pues se podía ver fácilmente que estaba deshecha por las emociones. Cualquiera con un poco de decencia se habría ido, dejándola con las buenas noticias que le había llevado. Pero los negocios son los negocios, y no podía pasar por alto la oportunidad de que revelara algo de lo que sabía.
—¿Y no cree que ahora ha llegado el momento de que me cuente lo que sepa de la desaparición de la bolsa de golf? ¿Quién la quitó del auto y dónde está ahora?
—Small, el mayordomo, la sacó del coche.
El corazón me dio un salto. ¡La muchacha iba a hablar! Sin darle tiempo a reflexionar añadí:
—¿Y dónde la llevó?
—Arriba, al cuarto de papá.
—¿Quién la sacó de allí?
—Yo. El domingo por la noche, después de haber venido el señor Anderson.
—¿Dónde la dejó?
—Fui hasta Tarrytown, tomé el *ferry* y la tiré en medio del río. Antes la había llenado de piedras.
—Tuvo suerte de que no la siguieran. Supongo que examinaría el *driver*. ¿Lo dejó aparte?
—No lo examiné. Tenía prisa…
—¿Que no lo examinó? ¿Es que ni siquiera lo sacó para verlo?
—No.
La miré asombrado.
—Tenía mejor opinión de usted. No la creía tan estúpida. Se está usted burlando de mí.
—No, no, señor Goodwin; no me burlo.
—Entonces, ¿es verdad que hizo eso? ¿Sin mirar siquiera el *driver*? ¡Son grandes las mujeres! ¿Y qué hacían su hermano y Bradford? ¿Jugaban al billar?
—No tuvieron nada que ver con eso. Y ahora, señor Goodwin, ya he hecho mi parte.
Algo en ella, acaso las lágrimas, la hacía parecer una niña tratando de ser valerosa. Me incliné y le di unas palmadas en la espalda.

—Es usted valiente, señorita —dije—. Me marcho. Sí, me marcho.

Había decidido que al volver a la ciudad seguiría otro camino, la Blueberry Road, para echar una mirada al sitio donde fue hallado el cadáver de Carlo Maffei; no era que esperase descubrir que el asesino había dejado allí su alfiler de corbata o la licencia de su auto. Pensé, simplemente, que nunca perjudica examinar un sitio como aquél; pero mi entrevista con Sarah Barstow me llevó mucho tiempo y preferí seguir el camino más recto.

En la parte alta de la Park Avenue me detuve en una droguería para telefonear a Wolfe. A eso de las once y media había vuelto a llamar a Bradford, repitiéndose el mismo cuento: demasiado ocupado para acudir al teléfono. Me encargó que le visitara personalmente. En menos de diez minutos me presenté en la calle Sesenta y Nueve.

La oficina del doctor Nathaniel Bradford estaba situada en una magnífica casa, con una entrada donde cabían varios camiones. La sala de espera y el vestíbulo, con sus muebles, cortinas, alfombras y cuadros, indicaban que todo era allí elevado, hasta la cuenta de los clientes. Sin embargo, no había nadie esperando. La muchacha que, vestida de blanco, se sentaba frente a una mesita situada en un rincón, me dijo que el doctor Bradford no estaba, añadiendo que llegaba después de las cuatro y media y que no recibía a nadie que no hubiera solicitado antes hora de consulta. Cuando le respondí que si quería verle era, precisamente, para que me dijese la hora en que podía verle, la joven arqueó las cejas, y yo salí a la calle.

De momento pensé en aguardarle allí, pero sólo eran las tres y minutos. Me senté, pues, en mi auto, esperando que se me ocurriera algo. Por fin se me ocurrió y después de entrar en un restaurante y consultar el listín de teléfonos me dirigí por la calle Sesenta y Nueve, torciendo hacia la derecha en la Quinta Avenida, y doblando nuevamente en la calle Cuarenta y Seis. Poco después me detenía ante una puerta situada en el vigésimo piso de un alto edificio. En el cristal se leía:

METROPOLITAN MEDICAL RECORD

El que me recibió fue un hombre y no una mujer. Me gustó la variación.

—Quisiera pedirle un favor, si es que no está demasiado ocupado para atenderme. ¿Podría decirme si llevan cuenta de las reuniones médicas que se celebraron en Nueva York el cinco de junio?

—Bien sabe Dios que no tengo absolutamente nada de trabajo —me dijo el joven—. Sí, señor, puedo complacerle. Un momento. ¿Dice el cinco de junio?

Volvió con una revista, anunciando:

—Éste es el último número de nuestra revista. Seguramente estará aquí la noticia. —Empezó a volver las páginas—. Creo que no —dijo—. La mayoría de las reuniones se celebraron más tarde. ¡Ah, sí! Aquí está. El cinco. La «Neurological Society», en el Hotel Knickerbocker.

Le pedí que me lo dejase ver.

—Pero esto es sólo el anuncio de la conferencia —dije—. Se imprimió antes de que se celebrara. ¿No tiene nada más moderno? Me interesaría saber si el doctor Bradford asistió a ella.

—Eso no puedo decírselo. Pero ¿por qué no se lo pregunta a él mismo?

Sonreí.

—No quiero molestarle. Pasaba por aquí y pensé que subiendo ahorraría tiempo.

—Espere un momento. —El hombre desapareció en una oficina interior. Un minuto después regresó, diciendo—: El señor Elliott dice que el doctor Bradford estaba en la reunión y pronunció un discurso.

Elliott, según me explicó el joven, era el director del *Record*. Pregunté si podría hablar con él. El joven volvió a desaparecer por la puerta y un momento después salió acompañado de un hombre de rostro sanguíneo, en mangas de camisa, que, bruscamente, preguntó:

—¿Qué pasa? ¿De qué se trata?

Se lo expliqué. Secóse la frente con su pañuelo y me dijo que había asistido a la reunión, donde el doctor Bradford pronunció una interesantísima conferencia que ahora estaba poniendo en limpio para el *Record*. Insistí en mis preguntas y me aseguró que, en efecto, se trataba del mismo doctor Nathaniel Bradford, que tenía el consultorio en la calle Sesenta y Nueve. Le conocía desde hacía varios años. No podía decir la hora exacta en que el médico llegó, pero antes de la conferencia se celebró un banquete y Elliott había visto al doctor Bradford sentado a la mesa a las nueve. A las diez y media estaba en plena conferencia.

Creo que me marché sin darle las gracias. De regreso al despacho del doctor Bradford estaba dominado por la indignación. Contra Bradford, desde luego. ¿Qué diablo había estado haciendo en el Knickerbocker, leyendo una conferencia sobre neurología, mientras yo lo imaginaba en Westchester Countv hundiendo un puñal en la espalda de Carlo Maffei?

Creo que de no haber estado tan furioso con el doctor me habría costado un año conseguir la entrevista con él. Cuando llegué había dos personas esperando. El doctor estaba en casa. Pedí a la enfermera que me diese un trozo de papel y escribí:

> *Doctor Bradford: Durante los últimos días he tenido la seguridad de que era usted un asesino, pero ahora sé que no es más que un viejo idiota. Lo mismo puede decirse de la señora Barstow y de sus hijos. Sólo tardaré tres minutos en explicarle cómo he llegado a esta conclusión.*
>
> *ARCHIE GOODWIN por NERO WOLFE*

Hice pasar la nota al doctor y, después de esperar un poco, la enfermera me invitó a que entrara. Cogí mi sombrero, pues hubo tiempo de sobra para llamar a la Policía.

Una mirada al doctor Bradford bastó para hacerme comprender que había estado malgastando unas magníficas sospechas, que, de haberlo visto a tiempo, me hubiese podido ahorrar. Era alto, grave, correcto. El tipo perfecto del caballero distinguido, ¡y usaba patillas! Tal vez en alguna época haya sido posible que un tipo con patillas hundiera un cuchillo en la espalda de alguien, pero eso fue hace muchos años. ¡Hoy día es imposible! Las patillas y el cabello de Bradford eran grises. Dicha sea la verdad, a pesar de lo excelente de su coartada para la noche del cinco de junio, iba dispuesto a encontrar alguna falla en ella, pero al verle acabaron mis dudas.

Me detuve ante su mesa. El médico aguardó a que la enfermera se retirase, y entonces preguntó:

—Usted es Goodwin, ¿no? ¿También es usted un genio?

—Sí, señor —sonreí—. Se me ha contagiado de Nero Wolfe. Ya recuerdo que él dijo a la señorita Barstow que era un genio, y ella se lo habrá repetido a usted. Tal vez lo tomó usted a broma.

—No. Estoy acostumbrado a no dudar de nada. Pero, tanto si es usted un genio como un asno, no puedo dejar que mis clientes aguarden por culpa suya. ¿Qué significa la nota que me ha enviado? ¿Un cebo? Le doy tres minutos para que se justifique.

—Es suficiente. Escuche: Nero Wolfe descubrió ciertos hechos. De ellos llegó a una conclusión acerca de la causa y modo de la muerte de Barstow. La

autopsia demostró que sus suposiciones eran ciertas. Con todo ello hizo un cuadro que corresponde a la persona que asesinó a Barstow. Los Barstow no encajan en él. Usted tampoco.

—Siga.

—No —moví negativamente la cabeza—. No es así como trabajamos los genios. No se nos puede vaciar como un saco de cacahuetes. Además, tardaríamos más de tres minutos. Por otra parte, ¿qué espera usted conseguir sin dar nada? Es usted fantástico. Ocurre algo que le hace confundir una muerte por envenenamiento con un ataque al corazón, y luego está tan asustado que no hay medio alguno de que Nero Wolfe pueda hablar con usted, gastando el hombre su dinero en despejar las nubes en su beneficio. Todo eso lo encuentra usted muy bien, pero me veo obligado a enviarle una nota mágica para lograr el honor de verle las patillas y decirle que ya vuelve a brillar el sol.

—Señor mío, su indignación es elocuente y pintoresca —replicó Bradford, ya enfadado—. Pero sólo demuestra indignación. —Consultó su reloj—. No necesito decirle que estoy muy interesado, pero debo añadir que sigo considerando como un medio muy vil el ganarse la vida sacando escándalos de la tumba. Y, por último, ¿puede usted volver a las seis y media?

Moví la cabeza.

—No soy más que un mensajero de Nero Wolfe. Mi jefe cena a las siete. Vive en la calle Treinta y Cinco Oeste. Me ha encargado que le invite a usted a cenar esta noche. ¿Acepta?

—No.

—Perfectamente. —Estaba ya harto de aquel viejo, con patillas y todo—. Sólo necesitábamos aclarar algunas cosas; por lo demás, no nos hace usted ninguna falta. Y me marcho, pues los tres minutos han pasado ya.

Me volví. No me di prisa. Al apoyar la mano en el tirador, Bradford me llamó:

—Señor Goodwin.

Sin retirar la mano del tirador volví la cabeza.

—Acepto la invitación del señor Nero Wolfe. Estaré allí a las siete.

—Perfectamente. Daré la dirección a la enfermera.

Y salí del despacho.

CAPÍTULO XII

MUCHAS veces me he preguntado a cuántas personas en Nueva York podría Nero Wolfe pedir dinero prestado. Creo que pasan de mil. Más de la mitad de ese número tienen motivos para estarle agradecidos, y muchos más los tienen para odiarle. Wolfe nunca se había aprovechado de sus ventajas para conseguir dinero. Recuerdo que hace un par de años estuvimos bastante mal de dinero, y sugerí la conveniencia de acudir a un millonario que debía a Wolfe algo más que la vida. Wolfe no quiso escucharme.

—No, Archie —me contestó—. Si adiestrara mi inteligencia para pedir dinero, acabaría logrando que el secretario de la Tesorería me prestara la reserva de oro.

Después de la cena del miércoles podría haber añadido el nombre del doctor Bradford a los mil. Wolfe se lo ganó por completo, como a todos los que deseaba tener suyos. Entre seis y siete, antes de que llegase Bradford, hice un informe condensado de los sucesos del día, y durante la cena vi que Wolfe estaba de acuerdo conmigo en lo de borrar a Bradford de la lista de los sospechosos. Se mostró alegre, y yo sabía prácticamente que siempre estaba serio cuando hablaba con un hombre a quien iba a enviar al asador de San Quintín, o a una celda de Auburn.

Durante la cena hablaron de jardines japoneses y economía. Wolfe se bebió tres botellas de cerveza y Bradford una de vino; yo me atuve a la leche, pero antes había bebido un buen trago de *rye*. Después de la cena, Wolfe empezó por explicar a Bradford cuanto sabía: Maffei, el recorte del anuncio, la pregunta sobre el palo de golf, pregunta que hizo enmudecer a Ana Fiore, la apuesta con Anderson, la carta que Ana recibió, con cien dólares dentro. Lo explicó todo y luego dijo:

—No le he pedido antes que guardara secreto cuanto yo le dijese, doctor, pero ahora se lo suplico. Se lo pido en mi propio interés. Deseo ganar cincuenta mil dólares.

Bradford se había ablandado. Quizás el vino le empezaba a hacer mirar a Wolfe como a un amigo.

—Es una historia verdaderamente notable —exclamó—. Notabilísima. Desde luego, no la repetiré a nadie, y agradezco infinito su confianza. Comprendo que si descubrió lo de Barstow fue para hallar al asesino de Maffei. Veo, también, que ha librado a Sarah y a Larry de un temor que pesaba en forma intolerable sobre ellos. En cuanto a mí, me ha librado también de una responsabilidad que por momentos se había ido haciendo mayor. Le aseguro que le quedo muy agradecido.

Wolfe movió la cabeza.

—Queda aún mucho por hacer. Hasta ahora sólo hemos probado que ustedes cuatro, o sea la señora Barstow, sus hijos y usted, son inocentes de la muerte de Carlo Maffei, y que el *driver* que mató a Barstow no estaba en la bolsa el nueve de abril pasado. Aún es posible que alguno de ustedes o los cuatro, de acuerdo, asesinasen a Barstow. En tal caso cualquier asalariado habría podido deshacerles de Maffei.

Bradford sufrió un retroceso en su ablandamiento. Pero pronto volvió a suavizarse y dijo:

—Usted no cree sus palabras. Y a propósito, ¿por qué no las cree?

—Ya llegaremos a eso. Ante todo permítame preguntarle si le parece que mi franqueza merece igual franqueza por parte de usted.

—Lo creo.

—Entonces, dígame cuándo y de qué manera intentó la señora Barstow matar a su esposo.

Resultó cómico observar a Bradford. Primero se sobresaltó. Luego se quedó rígido e inmóvil; después diose cuenta de que se estaba descubriendo y trató de aparentar un asombro natural. Por fin, preguntó:

—¿Qué quiere usted decir? ¡Eso es ridículo!

Wolfe le amenazó con un dedo.

—Calma, doctor. Me estoy limitando a buscar hechos que apoyen la conclusión a que he llegado. Ya sé que primero debiera haberle puesto en antecedentes de por qué he alejado de mí la sospecha de la culpabilidad de los Barstow. Ello se debe a que no puedo creerlos culpables. Eso es todo. Claro que

esta decisión no ha sido tomada sin fundamento. Fíjese en las cosas necesarias para que los Barstow sean culpables: una esposa, hija o hijo que planea la muerte del marido o padre con astucia, paciencia y cuidado. Las largas y complicadas operaciones con el palo de golf. En el caso de la esposa e hija hace falta un cómplice que mate a Maffei. En el caso del hijo tenemos lo mismo puesto que él no pudo cometer el asesinato. Archie Goodwin fue allí y pasó varias horas en la casa. Por fuerza hubiese tenido que oler algo, si ese algo existiera. A usted también le habría hecho falta un cómplice para matar a Maffei. Pero aunque podría usted ser un asesino, no mataría en esa forma. Usted no confiaría en un cómplice. Esto es lo que he raciocinado; lo más importante es la impresión.

—Entonces, ¿por qué…?

—Un momento. Usted, médico competente y autorizado, certifica la muerte por ataque al corazón cuando ninguno de los síntomas corresponde a esa causa. Me parece muy impropio de un médico tan famoso. Por lo tanto, es indudable que escuda usted a alguien. La declaración de la señorita Barstow indica quién es ese alguien. Al encontrar muerto a Barstow, usted debió sospechar, enseguida, que su esposa le había matado. Y no creo que llegara usted a una conclusión tan asombrosa sin tener buenos motivos para ello. Y esos motivos han de ser, forzosamente, que la señora Barstow, en sus momentos de locura, ha deseado la muerte de su esposo. Pero si el desear la muerte al marido se puede considerar un crimen, entonces muy pocas amas de casa dejarían de ir a parar a manos del verdugo. Por lo tanto, era necesario que supiese usted algo más: o bien lo de la preparación del palo de golf, o estaba enterado de que en una anterior circunstancia la señora de Barstow atentó contra la vida de su marido. Puesto que las pruebas que obran en nuestro poder indican que no podía usted hallarse enterado de los preparativos con el palo de golf, entonces, la segunda suposición es la más acertada. Por eso le pregunto, sencillamente, ¿cuándo y cómo llevó a cabo ese intento la señora Barstow? Le pido, sólo, que complete el informe, a fin de que podamos relegarlo al olvido.

Bradford quedóse pensativo. Por fin preguntó:

—¿Ha enviado a alguien a la Universidad de Holland?

—No.

—Allí están enterados del caso. Acertó usted en sus sospechas. En noviembre último, la señora Barstow disparó con un revólver sobre su marido. La bala falló el blanco. Luego, la señora Barstow sufrió un ataque de nervios.

—Lo cual significa que obró impulsivamente, ¿no? ¿Y es justo, doctor

Bradford, sospechar de una mujer así un crimen que forzosamente tenía que exigir una larga preparación?

—No reflexioné. —Bradford estaba exasperado—. ¡Dios santo! Mi amigo estaba allí, ante mí, muerto, con todos los síntomas de envenenamiento. ¿Cómo podía yo saber cuándo y de qué manera le habían administrado el veneno? Yo sabía lo que Ellen… la señora Barstow, dijo precisamente la noche antes. Me guié por mis impresiones, como usted hace; sólo que las mías fueron equivocadas. Logré que lo enterrasen sin más averiguaciones, y me sentí muy satisfecho. Luego, cuando la autopsia reveló aquellos asombrosos resultados, no supe qué hacer. Cuando la señora Barstow ofreció la recompensa, intenté oponerme por todos los medios.

Mientras el médico hablaba, Wolfe llamó a Fritz por medio del timbre. Cuando acudió, encargó:

—Oporto para el doctor y una botella de Remmers para mí. ¿Y tú, Archie?

—Nada, gracias.

Bradford dijo:

—No me traiga nada. Gracias. Tengo que marcharme. Son casi las once.

—¡Pero, doctor! —protestó Wolfe—. No me ha dicho lo que deseo saber. ¿Un cuarto de hora más? Necesito saber otra cosa: ¿Quién mató a su amigo Barstow?

Bradford le miró como si no diese crédito a sus oídos.

—No estoy borracho; sólo trato de hacer un poco de melodrama —sonrió Wolfe—. Tengo sangre de actor. Además, creo que una buena pregunta merece una buena respuesta. Antes de contestarme, doctor, desempolve bien su memoria. Ese polvo es el que se depositó a causa de sus injustificadas sospechas contra su amiga la señora Barstow. Tenga bien entendido que, a pesar de sus temores, alimentados durante los últimos meses, la señora Barstow no mató a su marido. Entonces, ¿quién lo hizo? ¿Quién fue capaz de preparar pacientemente aquella silenciosa arma? Creo que era usted el más antiguo de los amigos de Barstow.

Bradford asintió.

—Pete Barstow y yo fuimos juntos a la escuela.

—¿Se profesaron confianza mutua?

—Bien dicho —asintió Bradford—. Nuestra mutua confianza no falló en cincuenta años.

—Bien. Entonces, ¿quién lo mató? Espero mucho de usted. ¿Qué dijo o hizo

su amigo que pudiera despertar un odio tan implacable? Puede que no sepa usted toda la verdad, pero algo habrá oído. Un capítulo, un párrafo, una frase. Deje que el pasado susurre en sus oídos. Puede que sea un pasado muy lejano. Aleje vacilaciones. No se lo pido para acusar; el peligro de ahora no está en acusar a un inocente, sino en dejar huir al culpable.

Fritz había traído la cerveza y el oporto. El doctor volvía a estar recostado en su sillón, con un vaso entre los dedos, y la mirada fija en el oscuro líquido. Wolfe se sirvió cerveza y, antes de beberla, aguardó a que la espuma se posara un poco.

—No oigo ningún susurro del pasado —siguió, al fin, Bradford—. Y me parece que no sonará ninguno. También me doy cuenta de otra razón por la cual sospeché tan pronto y concluyentemente de la señora Barstow. Y es que en mi subconsciencia existía la seguridad de que nadie más que ella podía sentir deseos de matar a mi amigo. Puedo jurar que no existe en el mundo hombre ni mujer que puedan haber sentido odio mortal contra Barstow. Nadie.

—Excepto su mujer.

—Ni siquiera ella. Disparó desde tres metros y falló el tiro.

—Bien. —Wolfe vació otro vaso de cerveza—. Tengo mucho que agradecerle, doctor.

—No he podido darle demasiadas pruebas. Sin embargo, señor Wolfe, esté seguro de que, si pudiese, le ayudaría. Es curioso lo que ocurre en estos momentos dentro de mí; nunca lo hubiera creído. Ahora que sé que Ellen es inocente, ya no desapruebo la recompensa que ofreció. Incluso siento deseos de aumentarla. ¿Es que también soy vengativo? Debo de serlo por cariño a Pete. Él hubiera sentido lo mismo, de ser yo el asesinado. Y ahora, señor Wolfe, adiós. Quiero rectificar una cosa injusta que he dicho esta tarde en mi despacho. Le debo una excusa por haber dicho a su representante algo acerca de desenterrar escándalos de la tumba…

—No entiendo. ¿Una excusa? —el asombro de Wolfe era magnífico—. ¿Y qué tenía que ver conmigo eso?

Después de esto, al doctor Bradford no le quedaba otra salida que huir de allí.

Después de acompañar hasta la puerta al distinguido caballero, y echar el cerrojo, fui a la cocina a tomar un vaso de leche, volviendo luego al despacho Allí encontré a Wolfe recostado en su sillón, con los ojos entornados.

—Creo que estamos derrotados —dije sentándome—. El autor de la idea de

la aguja envenenada es más listo que nosotros. Podemos perder unos cuantos días más interrogando a los criados y tratando de averiguar quién insertó el anuncio, pero lo de que estamos derrotados es tan seguro como lo de que está usted hinchado de cerveza.

Wolfe abrió los ojos.

—Voy a reducir la ración a cinco litros diarios. Doce botellas. Ahora me marcho a la cama —comenzó los habituales preparativos para incorporarse. Al fin lo logró—. Y, a propósito, Archie ¿podrás salir temprano mañana por la mañana? Debes llegar al Club Green Meadow antes de que los *caddies* salgan con sus clientes. Tal vez logres raptar, también, a los dos que van a la escuela. Sería conveniente que todos ellos estuvieran aquí a las once. Dile a Fritz que tendremos invitados a comer. ¿Qué comen los chicos de esa edad?

—Comen de todo.

—Pues dile a Fritz que prepare eso.

Me fue muy fácil conseguir que los *caddies* del club quisieran acompañarme, pero me llevó más de una hora dar con los otros dos. Asistían a distintas escuelas, y si bien a uno de ellos no le costó nada decidirse por el viaje a Nueva York, el otro debía de hacer oposiciones, era el favorito de la maestra. Primero traté de ganarle con la perspectiva del viaje y la comida; luego, cuando eso falló, saqué la tecla de la justicia y los deberes de un buen ciudadano, esto acabó con la resistencia del chico y de la maestra.

Llegamos a casa a las once menos cuarto y como hasta la una no almorzábamos, llevé a los chicos a la cocina, a que Fritz los hartase con emparedados. Anoté sus nombres y direcciones. El que había hecho de *caddy* de Manuel Kimball tenía la cara sucia y le hice subir al lavabo. Cuando llegó Wolfe empezaba a sentirme jefe de los *boy-scouts*.

Los tenía sentados en semicírculo, para que pudiese interrogarlos más fácilmente. Wolfe bajó con un manojo de *Cymbidiums* que colocó en un jarrón de su mesa, luego consultó la correspondencia. Enseguida miró a los cuatro chicos, que estaban visiblemente embazados.

Dirigiéndose al pelirrojo, le preguntó.

—¿Cómo se llama usted, caballero?

—William A. Riley.

—Muchísimas gracias. ¿Quiere acercar la silla a la pared? ¿Y usted, cómo se llama?

Cuando supo los nombres de todos y los hubo dispuesto en la forma que a él

más le gustó, dijo:

—¿Quién de ustedes expresó sus dudas de que Peter Oliver Barstow fuera asesinado por medio de una aguja disparada por el mango del *driver*? Sólo deseo conocerle.

Mike respondió.

—Yo.

—¡Ah! Michael Allen, te equivocas, Michael. Has aprendido a aceptar como bueno lo vulgar, ahora debes aprender a no despreciar lo extraordinario. Vamos, muchacho, os voy a contar una historia. Escuchad bien, porque quiero que la entendáis. Se trata de una historia verídica. Se celebró una reunión pública a la que asistieron cien psicólogos. Un psicólogo es un hombre que ha aprendido a observar. Se había dispuesto, sin que ellos lo supieran, que un hombre entraría corriendo en la sala, por el pasillo central, seguido de otro que empuñaría una pistola. Un tercer hombre entraría por otra puerta. El segundo hombre disparó sobre el primero, y el tercero golpeó al segundo y le quitó la pistola. Todos salieron por distintas puertas. Uno de los psicólogos se levantó, entonces, y calmó a sus compañeros, anunciando que el suceso había sido preparado, pidiendo luego que cada uno de los que estaban allí escribiera un informe completo de lo que había visto. Lo hicieron y los informes fueron examinados y comparados. Ni uno solo se atenía por completo a la realidad. Ni siquiera dos eran iguales. Hubo uno, incluso, que dijo que el tercer hombre había disparado sobre el primero.

Wolfe se interrumpió y echó una mirada a los chicos.

—Eso es todo. No soy muy buen narrador de historias, pero tal vez hayáis comprendido perfectamente a lo que iba.

Todos movieron afirmativamente la cabeza.

—Bien. Entonces no cometeré el insulto de entrar en más explicaciones. Volvamos a nuestro asunto. Vamos a discutir sobre la muerte de Peter Oliver Barstow. Mejor dicho, los sucesos que ocurrieron antes de comenzar el partido. A la una almorzaremos y luego volveremos aquí para seguir hablando. Hablaremos toda la tarde, o sea, muchas horas. Podréis quedar cansados, pero no con gana. Si tenéis sueño podréis dormir. Os digo esto para que os deis cuenta de la difícil tarea que se nos presenta. El señor Goodwin ya ha escuchado dos de vuestras narraciones estereotipadas; supongo que las otras dos serán idénticas. Una estereotipia es algo inmutable, algo que siempre es igual. No quiero que vosotros variéis las cosas. Lo que deseo es que olvidéis todo cuanto habéis

explicado a vuestros amigos y parientes, y os trasladéis, mentalmente, al lugar de la escena. Eso es importantísimo. Yo mismo hubiera ido al campo de golf a no ser porque allí las interrupciones os hubieran distraído, arruinando nuestros esfuerzos. Imaginativamente trasladaremos aquí la escena. Estamos, pues, en el primer *tee*.

»Es la tarde del domingo. Larry Barstow ha contratado a dos de vosotros; los otros dos estáis con los Kimball, llevando sus bolsas. Estáis en terreno familiar, tan conocido para vosotros como las habitaciones de vuestras casas. Estáis ocupados en hacer algo que, de tan repetido, se ha convertido casi en acción mecánica. Tenéis sobre el hombro la correa de las bolsas. Tú, Michael Allen, al ver al señor Barstow, que fue tu cliente el año pasado, no tienes necesidad de que se te diga lo que has de hacer. Él está practicando con un *mashie*, y tú cargas con la bolsa y le entregas los palos necesarios, ¿no es así?

Mike negó vigorosamente con la cabeza.

—¿No? ¿Qué haces, pues?

—Empiezo a recoger pelotas.

—¡Ah! Las pelotas que él lanzaba con el *mashie*, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Bien. ¿Y qué hacías tú, William Riley, mientras Michael recogía las pelotas?

—Mascaba chicle.

—¿Nada más? ¿No hacías ninguna otra cosa?

—Pues… sostenía la bolsa del viejo Kimball.

De momento creí que Wolfe turbaría de tal modo a los muchachos que antes de poco ninguno de ellos sabría qué decir, pero ocurrió todo lo contrario. Sin decírselo les dio la impresión de que confiaba en ellos para demostrar lo estúpidos que habían sido los cien psicólogos.

Siguió adelante, interrogando ahora a un chico, luego a otro, a veces a todos a la vez, les dejó extenderse en determinadas marcas de palos, fingiendo que aquello le divertía mucho. Durante media hora les estuvo preguntando sobre la identidad de los otros *caddies* y jugadores presentes. Siempre que alguno de los chicos se adelantaba a explicar algo de lo ocurrido durante el partido, Wolfe le obligaba a volver atrás. Entre todas las cosas sin importancia que parecía estar haciendo, observé que una de ellas era no perder de vista ni un momento los palos de las cuatro bolsas.

Para comer, Fritz nos sirvió enormes pastelillos de gallina y cuatro sandías.

De éstas di media a cada chico, y Wolfe y yo nos repartimos otra, dejando la última para Fritz, o para aprovecharla más tarde.

Después de comer reanudamos la conversación donde había quedado. Era maravilloso ver con qué destreza había manejado Wolfe los cerebros de aquellos muchachos, Ya habían olvidado por completo que alguien intentaba sacar algo de ellos, habíanse convertido en un grupo de chiquillos que hablaban del partido de golf, y a quienes Wolfe no dejaba precipitar, haciéndoles volver atrás continuamente. A pesar de ello, se fue progresando. Se explicó con todo detalle lo ocurrido cuando Larry Barstow tiró su pelota. Luego siguió Manuel Kimball.

Cuando se llegó al punto culminante la cosa ocurrió de un modo tan sencillo y natural que de momento no me di cuenta de lo que estaba sucediendo. Wolfe decía a Mike:

—Y entonces tú entregaste a Barstow su *driver*. ¿Pusiste la pelota encima del *tee*?

—Sí, señor… ¡No! No, no pude hacerlo porque estaba buscando una pelota que él había tirado con el *mashie*.

—Sí, ya nos dijiste antes que ibas buscando una pelota. Ya me extrañó que pudieras haber ayudado a Barstow a tirar el *tee*.

William Riley dijo:

—Él mismo se puso la pelota. Le rodó y entonces yo le ayudé.

—Gracias, William. Ya ves, Michael, que tú no ayudaste a Barstow a iniciar el partido. ¿Y no te molestaba la bolsa mientras ibas buscando las pelotas?

—No. Ya estamos acostumbrados a llevarla.

—¿Encontraste la pelota?

—Sí, señor.

—¿Y qué hiciste con ella?

—La metí en la bolsa de las pelotas.

—¿Lo supones o estás seguro de ello?

—Estoy seguro. Lo recuerdo muy bien.

—Entonces es que llevabas encima la bolsa de los palos mientras buscabas la pelota. Por lo tanto, no pudiste entregar a Barstow su *driver* cuando inició el partido, pues no estabas allí. Y no pudo sacar el palo de la bolsa él mismo, porque la bolsa tampoco estaba allí. ¿Le habías entregado antes el *driver*?

—Seguramente.

—¡Michael! Necesitamos algo más seguro que un *seguramente*. ¿Se lo entregaste o no? Recuerda que hemos quedado…

—¡Eh! —gritó William Riley—. ¡Eh, Mike! Por eso el catedrático pidió prestado al viejo Kimball su *driver*, porque tú estabas buscando la pelota.

—¡Ah! —Wolfe cerró los ojos una fracción de segundo y luego los abrió de nuevo—. William, no hace falta gritar de esa forma. ¿Quién pidió prestado su *driver* al señor Kimball?

—Barstow.

—¿Por qué crees eso?

—No lo creo; lo sé. Yo había sacado el palo para dárselo al viejo Kimball, y la pelota de Barstow cayó del *tee*. Se la puse bien y oí que el viejo Kimball le decía a Barstow: «Use el mío». Y Barstow alargó la mano y yo le di el *driver* de Kimball.

—¿Y lo utilizó?

—Sí. Tiró con él. Mike no volvió hasta después que el viejo Kimball también hubo tirado.

Me costaba horrores permanecer inmóvil en mi asiento. Con mucho gusto hubiera comenzado a dar saltos y bailar la *Danza de Primavera*, a regalarle un montón de orquídeas a William Riley, y a abrazar a Wolfe. No me atrevía ni a mirarle, por miedo a sonreír tan ampliamente que me destrozase la boca.

Estaba interrogando al muchacho pálido y a aquel que quería ser un buen ciudadano, pero ninguno de ellos recordaba nada acerca de que Barstow pidiera prestado el *driver*. Uno dijo que tenía la mirada fija hacia donde Manuel Kimball enviara su pelota, y el buen ciudadano no recordaba nada. Wolfe volvióse hacia Mike. Éste no podía asegurar que el *driver* de Barstow estuviera en la bolsa mientras él buscaba la pelota, pero no recordaba habérselo dado antes ni recordaba que se lo hubiera devuelto. Entretanto, William Riley se mantenía cortésmente callado. Por fin Wolfe se volvió hacia él.

—Perdóname, William. No creas que dudo de tu memoria ni de tu amor a la verdad. La corroboración es siempre importante, y pudiera considerarse un poco extraño que hubieras olvidado de explicar un detalle así.

El muchacho protestó:

—No es que me olvidara; es que no pensé en ello.

—O sea que no has incluido ese incidente en ninguno de los relatos que has hecho a tus amigos, ¿no?

—Eso mismo, señor.

—Bien, William. Sin embargo, tal vez se lo hayas dicho al señor Anderson.

El muchacho movió negativamente la cabeza.

—No he visto al señor Anderson. El detective me hizo unas cuantas preguntas, no muchas.

—Bueno. —Wolfe lanzó un suspiro y luego hizo sonar un timbre—. Amiguitos, es la hora del té.

Como es natural, para Wolfe esto significaba cerveza. Me levanté, reuní a los muchachos y los llevé a la cocina, seguro de que la sandía estaba intacta. La partí en cuatro partes y di a cada uno la suya. Luego volví al despacho. Wolfe se disponía a subir a reunirse con sus plantas.

—Da a los chicos las gracias de mi parte y págales lo que se deba, pero no seas demasiado generoso, pues yo no soy un hombre generoso. Luego acompáñalos a casa. Antes de marcharte telefonea al despacho de E. D. Kimball y entérate de cuándo esperan que regrese de Chicago. Seguramente está aún vivo, puesto que tuvo la suerte o la astucia de poner mil quinientos kilómetros entre él y el que intentó matarle. Si por casualidad hubiera vuelto, hazle venir aquí.

Cuando volví, a la cena, Fritz estaba partiendo un pastel de manzana.

CAPÍTULO XIII

DESPUÉS de haber llevado a los chicos a sus respectivos destinos, me habría gustado mucho dirigirme a casa de Kimball y preguntarle: «¿Podría decirme si su padre guarda su bolsa de golf en el club y si usted tiene la llave del armario?», pero decidí que valía más, por lo que pudiera ser, no ponerle en guardia, aunque lo único que tenía contra él era que me ponía nervioso.

Tuve otra tentación: la de detenerme en la oficina de Bradford y apostar con él diez mil dólares a que nadie había querido asesinar a Peter Oliver Barstow. Wolfe y yo habíamos iniciado una partida de juego de escondite. Durante dos días, él y yo fuimos, además del criminal, los únicos que sabíamos que Barstow había sido asesinado; ahora volvíamos a ser los únicos, excepción hecha de los *caddies*, que sabíamos que el catedrático había muerto en vez de otra persona.

Después de dejar en su casa al último *caddie*, me dirigí al Club Green Meadow, que se hallaba a poca distancia. Fui allí con la intención de hacer algunas preguntas respecto a lo de los armarios, pero empecé a temer que se sospechara de mi interés por los armarios, puesto que era sabido que la bolsa de Barstow no había estado allí ni un solo momento. También esperaba echarle la vista encima a Manuel Kimball, pero no pude verlo por ninguna parte.

E. D. Kimball, como me había dicho su hijo, tenía un comercio de cereales en Pearl Street. Por teléfono me dijeron que esperaban a E. D. Kimball al día siguiente. Llegaría en el *Century*. A no ser por eso, creo que aquella misma tarde habría iniciado algunas pesquisas en Westchester, aunque sólo fuera para aguardar a que cayera la noche para ir a echar unas miradas a la casa de los Kimball. Pero, estando ya Kimball de regreso, lo mejor era no precipitarse.

Aquella noche, después de la cena, Wolfe me hizo abrir mi cuaderno de notas y leerle lo escrito sobre mi visita a Manuel Kimball, así como todo cuanto Sarah

y Larry habían dicho acerca de él, aunque esto último no era mucho. Celebramos una conferencia bastante larga, discutiendo el asunto desde todos sus ángulos. Hasta aceptamos como posible que E. D. Kimball hubiese planeado lo de entregar a Barstow el palo para matarle, pero, desde luego, semejante idea resultaba demasiado fantástica. Yo insinué algunas cosas malas contra Kimball, hijo, pero Wolfe replicó que hasta entonces no había pruebas contra él. Que yo supiera, tantas probabilidades había de que el asesino fuese Manuel como cualquier otro de los socios del club.

—De todas formas —insistí— si fuese mi hijo yo lo enviaría a una gira por el Pacífico y levantaría una valla en el centro del mar para que no pudiese volver.

Antes de acostarse, Wolfe dispuso mi trabajo para el día siguiente. Sin duda, los *caddies* hablarían, y lo que dijesen llegaría a oídos de Anderson. Por lo tanto, no nos perjudicaría llegar allí los primeros, puesto que de todas formas la noticia tenía que llegar a él. Podía hacer esta buena obra y luego dirigirme a la oficina de E. D. Kimball tan pronto el hombre llegara de la estación Grand Central.

A primeras horas de la mañana siguiente reanudé la marcha en dirección a White Plains, mas por el camino empecé a pensar que no tendría nada de agradable que al presentarme en la oficina de Kimball encontrara, esperando antes que yo, a Corbett u otro policía. Por lo tanto, detuve el coche en el primer surtidor de gasolina que encontré y, dirigiéndome al teléfono, llamé a Wolfe y le dije que estábamos sirviendo la sopa antes del vermut. Se puso un poco terco y demostró que estaba muy lleno con la idea de que era conveniente darle algo bueno a Anderson. Pero al comprender que yo estaba dispuesto a seguir hablando, aunque la conferencia costase un dólar, replicó que estaba bien y que podía volver a Nueva York y dirigirme a Pearl Street.

Al llegar a Pearl Street y dejar el ascensor en el décimo piso, descubrí que «E. D. Kimball & Cía.», no sólo vendía comida de pollos a la gente sin importancia. Sus oficinas ocupaban la mitad del piso y por todas partes se leía su nombre en las vidrieras. El despacho exterior mostraba tablas de cotización de cereales y mucha actividad. El reloj de la pared señalaba las diez menos cuarto. El *Century* debía estar entrando en la estación Grand Central. Kimball llegaría dentro de quince o veinte minutos.

Hablé con una mecanógrafa y me hizo pasar a una oficina donde un empleado de mandíbula cuadrada estaba con los pies apoyados en el alféizar de la ventana, leyendo el periódico. Me dijo:

—Un momento.

Me senté, y al cabo de unos minutos el hombre tiró el periódico sobre la mesa y se volvió hacia mí.

—El señor E. D. Kimball volverá pronto —aclaré—. Sé que está muy ocupado poniéndose al corriente de los asuntos atrasados, pero antes de que empiece con eso necesito hablarle diez minutos para un asunto muy urgente y privado. Soy detective particular; aquí tiene mi tarjeta. El señor Kimball no me conoce; trabajo para Nero Wolfe. ¿Podría conseguirme esa entrevista?

—Dígame: ¿para qué desea verle?

Moví negativamente la cabeza.

—Es un asunto privado y sumamente urgente. Tendrá que fiarse de mi cara. Si cree que se trata de un engaño, telefonee al «Metropolitan Trust Company» de la calle Treinta y Cuatro. Allí le dirán que soy un gran amigo de los niños.

El otro sonrió.

—No sé —dijo—. El señor Kimball tiene más de doce visitas esperando. La primera debe entrevistarse con él a las diez y media. Soy su secretario. Sé más que él acerca de sus asuntos. Será mejor que me diga para qué quiere verle.

—Lo siento. Tengo que hablar con él.

—Bueno. Ya veré lo que puedo hacer. Espere en… O si no, aguarde aquí. ¿Quiere echarle una mirada al periódico?

Me tiró el diario y se levantó, recogiendo unas cuantas cartas y saliendo con ellas de la habitación. Al almorzar había echado una rápida ojeada a la primera página, pero no tuve tiempo para más. Observé que el asunto Barstow estaba ya relegado a la página siete, en la cual sólo ocupaba un espacio muy reducido. Anderson decía que se progresaba en la investigación. No se sabía nada exacto acerca del veneno, pero no se tardaría en averiguar la verdad. Disgustado, busqué la página deportiva.

La puerta se abrió y el secretario apareció en el umbral.

—Señor Goodwin, por aquí, tenga usted la bondad de seguirme.

En la habitación inmediata, muy grande y con ventanas en dos lados, se encontraba un hombre sentado a una amplia mesa. Iba recién afeitado, el cabello le empezaba a grisear, y aunque no era gordo, resultaba fornido. Parecía preocupado y divertido a la vez, como si en pleno dolor de muelas alguien le hubiera contado un chiste. Me pregunté si el buen humor o la preocupación le venían de lo que su secretario le había dicho acerca de mí. Más tarde supe que su aspecto era siempre igual.

—Éste es el hombre que le dije, señor Kimball —anunció el secretario.

Kimball lanzó un gruñido y me preguntó qué quería. Repliqué que era enteramente privado.

—Entonces vale más que lo explique delante de mi secretario, y de esa forma me ahorrará el tener que ponerle en antecedentes —rió Kimball.

El secretario sonrió y yo hice una mueca.

—Nero Wolfe me ha encargado que le ruegue a usted que vaya a visitarle esta mañana a las once —dije.

—¡Ésa sí que es buena! —El buen humor subió de grado—. ¿Es que el señor Nero Wolfe se cree el rey de Inglaterra?

—Es alguien —repliqué—. Y ahora, señor Kimball, déjeme expresarme a mi manera y procuraré ser lo más breve posible y hablar de forma que usted me entienda bien. El domingo cuatro de junio, Peter Barstow murió de repente, mientras estaba jugando al golf con su hijo, usted y el hijo de usted. El jueves, ocho, usted se marchó a Chicago. El domingo, once, fueron anunciados los resultados de una autopsia. Supongo que lo publicarían los periódicos de Chicago.

—¿Se trata de eso? —La preocupación habíase acentuado—. Ya sabía que cuando volviera aquí eso sería una molestia. Leí una serie de tonterías acerca de una aguja envenenada. —Se volvió hacia su secretario—. Oiga, Blair, ¿no le escribí diciéndole que eso me crearía un sinfín de molestias?

—Sí, señor —asintió el secretario—. A las once y media tiene usted que entrevistarse con un representante del fiscal de Westchester. No he tenido tiempo de decírselo.

Contuve una sonrisa.

—No son tonterías, señor Kimball. Barstow fue asesinado con una aguja envenenada disparada por el mango de un *driver* de golf. Eso se ha guardado en secreto. Ahora escúcheme bien. Usted se encuentra en el primer *tee*, preparado para empezar el partido. Cada uno de ustedes cuatro tiene su *caddy*… No, no se distraiga, escúcheme bien. Larry Barstow lanza la pelota, luego sigue su hijo Manuel. Peter Oliver Barstow está preparado para tirar; usted se encuentra detrás de él. ¿Lo recuerda? Su pelota rueda de lo alto del *tee* y el *caddy* de usted la arregla. ¿Se acuerda? Barstow está preparado para tirar la pelota, pero no tiene su *driver*, pues su *caddy* no está allí con la bolsa. Usted dice: «Utilice el mío», y su *caddy* se pone de pie, después de haber arreglado la pelota y entrega el palo a su amigo. Barstow lanza la pelota con el *driver* de usted y enseguida da un salto y empieza a frotarse el vientre, porque una avispa le ha picado. Esa avispa,

salida de su *driver*, señor Kimball, fue la que le causó la muerte. Veinte minutos más tarde, el señor Barstow se desploma sin vida.

Kimball me estaba escuchando con el ceño fruncido. El buen humor no se veía por ninguna parte. Cuando al fin habló, fue para decir:

—¡Tonterías!

—No —repliqué—. No se puede convertir en una tontería porque usted lo diga. Además, tontería o no, fue su *driver* el que Barstow utilizó para comenzar el encuentro. ¿Lo recuerda usted?

Asintió con la cabeza.

—Lo recuerdo. No había pensado en ello, pero ahora que usted me lo dice lo recuerdo con toda claridad. Fue tal como usted…

—¡Señor Kimball! —El secretario entraba en funciones—. Tal vez fuera mejor que reflexionara…

—No, no, Blair. Ya sabía que esto traería jaleo. Claro, Barstow usó mi *driver*. ¿Por qué debo ocultarlo? Apenas le conocía. Claro que lo de la aguja envenenada es una idiotez, pero no dejará de causarme molestias.

—Algo más que molestias, señor Kimball —le dije—. Escuche. La policía no sabe aún que Barstow utilizó el *driver* de usted. El fiscal no lo sabe. No le sugiero que oculte usted nada, pues ellos lo averiguarán. Pero aunque usted crea que lo de la aguja envenenada es una tontería, ellos no pensarán igual. Ellos saben que Barstow fue asesinado con una aguja disparada desde su *driver*, en el primer *tee*, y cuando averigüen que utilizó un palo suyo, ¿qué piensa usted hacer, señor Kimball? No le detendrán así como así por asesinato, pero le producirán algo más que molestias. Mi consejo es que vea a Nero Wolfe. Hágase acompañar de su abogado, si quiere, pero vaya a verle.

Kimball se pellizcaba el labio inferior.

—¿Qué haría usted, Blair? Yo nunca he tenido fe en los abogados. Además, en la vida sólo sé hacer una cosa, comerciar. Para lo demás soy peor que un niño. Sin embargo, me doy cuenta de que me van a molestar mucho.

—Si usted desea ir a ver a ese Nero Wolfe, puedo acompañarle —dijo—. Aunque, en su lugar, yo me haría acompañar por un abogado.

—¿Qué entrevistas tengo pendientes?

—Nada importante. A las once y media el hombre del fiscal de Westchester.

—No quiero verle. Dele cualquier excusa. —Kimball volvióse hacia mí—. ¿Dónde vive ese Nero Wolfe? Hágalo venir.

—Imposible, señor Kimball. Es… —Pero Wolfe había averiguado una vez

que yo había dicho a un hombre que él era un inválido y no quería que semejante cosa volviera a ocurrir—. Es un excéntrico. Un genio. Vive aquí mismo, en la calle Treinta y Cinco. Tengo abajo mi auto y puedo llevarle enseguida.

—Sólo he conocido un genio en toda mi vida —replicó Kimball—. Era un vaquero argentino, un gaucho. Bien. Espéreme fuera.

Me fui a sentar en una silla. El haber visto y hablado a E. D. Kimball había aclarado bastante mis ideas. Era indudable que, después del descubrimiento de que el *driver* de Kimball había sido el que sirvió para matar a Barstow, entrábamos en la última recta. Era como si se hubiera encontrado a un hombre al que se había asesinado y que, mediante algún potingue, podía ser devuelto a la vida el tiempo suficiente para que pudiese explicar quién era el asesino. Esto ocurría con E. D. Kimball, un hombre asesinado y aún con vida. Tenía que llevarlo lo antes posible a casa de Wolfe, procurando sacarlo de su despacho antes de que Corbett pudiese echarle el guante. Pero ¿cómo sabía que no era Blair, el secretario, quien ideó todo lo del palo, y que en aquellos momentos no estaría hundiendo un cuchillo en la espalda de su jefe, como había hecho con Carlo Maffei…?

Eran las once menos diez. Me levanté y empecé a pasear por encima del linóleo. El hombre de Anderson, que sería, sin duda, Corbett, sería recibido a las once y media, pero ¿quién le impedía llegar con anticipación? Estaba a punto de pedirle a la empleada que me había recibido que llamara a Blair, cuando se abrió la puerta y apareció Kimball, con el sombrero puesto. Me alegré mucho de verle. Me saludó y corrí a la puerta para abrirla.

Cuando llegamos al ascensor, pregunté:

—¿No viene el señor Blair?

Kimball movió negativamente la cabeza.

—La oficina le necesita más que yo. Su cara me es simpática. Por lo general, nunca me he equivocado al juzgar a las personas. La confianza es una de las mejores cosas del mundo.

Mi auto estaba sólo a cosa de media manzana de allí. Procuré evitar lo más posible el tráfico, y a las once y cuarto hice entrar a Kimball en casa de Nero Wolfe.

Le dije que esperase un momento en el salón y luego volví hacia la entrada, a asegurarme de que el cerrojo estaba echado. Enseguida me dirigí a la cocina. Fritz estaba haciendo tortas de cereza. Una de las bandejas había sido ya sacada del horno, y me comí uno de los pastelitos, abrasándome la lengua.

—Tenemos un invitado —anuncié a Fritz—. Procura no poner veneno en la comida. Y ve con cuidado con quien dejas entrar. Si tienes alguna duda, llámame.

En el despacho, Wolfe estaba sentado a su mesa. Al verle me detuve, exasperado. Estaba haciendo limpieza general. Su mesa sólo tenía un cajón, y en él, desde que tomaba cerveza en botellas, Wolfe iba echando las cápsulas metálicas. Fritz tenía orden, y se suponía que no faltaba a ella, de no abrir un solo cajón del despacho. Y Wolfe tenía la vaga idea de que conservaba las cápsulas metálicas para algo. En aquel momento tenía la superficie de la mesa llena de ellas y las estaba reuniendo en montoncitos.

—El señor E. D. Kimball está en el salón —anuncié—. ¿Quiere que le haga pasar para que le ayude?

—¡Diablo! —Wolfe miró abatido a sus cápsulas y a mí. Lanzó un suspiro—: ¿No puede esperar un poco?

—Desde luego. ¿Le parece bien que vuelva la semana que viene?

—Está bien. Que pase.

—¿Con toda esa cantidad de basura encima de la mesa?

Había hablado en voz baja, pero a continuación la reduje aún más para explicarle lo que había pasado en la oficina de nuestro visitante.

Cuando entró, Kimball volvió a sonreír. Hice las presentaciones y acerqué una silla para que se sentara. Después de cambiar unas cuantas palabras, le dije a Wolfe:

—Si no me necesita usted, iré a terminar aquellos informes.

Asintió y me dirigí a mi mesa, donde, bajo un montón de papeles, tenía un cuaderno de notas. Iba a tal velocidad, taquigráficamente, que podía escribir todo cuanto se hablase y parecer que estaba repasando una cuenta.

—Tiene usted razón, señor Kimball —decía Wolfe—. Para el hombre no hay nada tan precioso como su propio tiempo. Y en la vida todo se confabula para arrebatárselo.

Se le puede quitar por medio del hambre, de la guerra, del matrimonio, sin mencionar la muerte, que es el medio más satisfactorio, porque soluciona para siempre el problema.

—No veo por qué lo considera usted satisfactorio —dijo Kimball.

—Pues estuvo usted muy a punto de averiguarlo el domingo anterior al pasado. —Wolfe agitó un dedo—. Es usted un hombre de negocios, señor Kimball, y ha regresado usted a su oficina después de una semana de ausencia.

¿Por qué, en semejante circunstancia, se ha tomado la molestia de venir a verme?

Kimball le miró fijamente.

—Eso es precisamente lo que yo deseo que me diga.

—Bien. Ha venido usted porque estaba confuso. Eso no es nada conveniente en un hombre que se encuentra en tan grave peligro como usted. En su rostro no leo alarma ni miedo, sólo confusión. Eso es asombroso sabiendo como sé lo que el señor Goodwin le ha dicho. Le ha informado de que el cuatro de junio, hoy hace doce días, la casualidad mató a Peter Oliver Barstow, y la misma casualidad le salvó a usted la vida. Usted mostró una completa incredulidad. ¿Por qué?

—Porque es una estupidez. No he venido a discutir sobre ello. Si la policía se encuentra apurada para explicar algo que no entiende y quiere inventar un cuento de hadas, allá ellos. Pero no quiero que me metan a mí en ese juego. Soy un hombre de mucho trabajo y tengo cosas mucho más importantes que hacer. Se engaña usted, señor Wolfe, no he venido a verle porque me sienta confuso, ni a darle la oportunidad de que me asuste. He venido porque, según parece, la policía trata de enredarme en un cuento de hadas que me proporcionará mucha publicidad y molestias. Su hombre me dio a entender que usted podría indicarme cómo evitarla. Si lo logra le pagaré bien. Si no puede hacerlo, dígalo y buscaré a otro.

—Bien. —Wolfe entornó los ojos—. Temo no poderle enseñar cómo librarse de las preocupaciones, señor Kimball. Con buena fortuna podría explicarle cómo evitar la muerte. Y aun eso no lo veo seguro.

—Nunca he creído librarme de la muerte.

—No se chancee. Me refiero a una muerte desagradable e inminente. Le seré franco. Si no le he dicho ya buenos días y le he dejado marchar ha sido porque veo que se está usted enfrentando tontamente con la muerte. No me guía un afán desinteresado, sino todo lo contrario. La señora Barstow ha ofrecido una recompensa de cincuenta mil dólares por el descubrimiento del asesino de su esposo. Yo trato de descubrirlo; y para ello sólo necesito saber quién intentó asesinarle a usted el cuatro de junio y volverá a intentarlo dentro de un prudente lapso de tiempo. Eso si no se encuentra algún medio eficaz de impedirlo, claro. Si usted me quiere ayudar sería una ventaja para los dos; si no quiere hacerlo, entonces sólo podré descubrir al asesino por algún paso falso que dé cuando le mate a usted. Desde luego, para mí sería igual.

Kimball movió la cabeza. Pero no se levantó. En vez de hacerlo, arrellanóse

en su sillón. Dijo:

—Es usted un buen orador, señor Wolfe. No creo que vaya a servir de nada, puesto que le gustan los cuentos de hadas tanto como a la policía. Hace poco, en el auto, he estado hablando con su representante. No diré que sus palabras no me hayan producido ninguna impresión. La han producido. He reflexionado y pregunto: ¿Quién podría desear matarme?

—¿Quién? —inquirió, a su vez, Wolfe.

—Nadie —afirmó Kimball.

Me dije que, por lo visto, aquel tipo iba a resultarnos tan bondadoso como Bradford.

Wolfe replicó:

—Una vez conocí a un hombre que mató a otros dos porque le vencieron en una transacción hípica.

—Me alegro de que no fuese en una transacción de cereales —rió Kimball —. Si ese motivo se extendiera, no me habrían asesinado una vez, sino un millón. Soy un buen comerciante. Ésa es una de las cosas de las cuales me enorgullezco. El trigo es mi mayor amor. Comprendo que a usted, en cambio, deben de gustarle los cuentos de hadas y los buenos asesinatos. Cada cual con su negocio. Mi amor es el trigo. ¿Sabe usted que en el mundo existen muchos millones de toneladas de trigo, y que puedo decirle dónde se encuentra cada una de ellas en este momento?

—Y usted poseerá un centenar, ¿no?

—Ni una sola. He hecho limpieza. Mañana volveré a comprar y traficar. Pero le decía que soy un buen comerciante. He tenido éxito en un sinfín de operaciones, pero siempre ateniéndome a las reglas, sin hacer trampas. En eso pensaba al dirigirme aquí. Desconozco todos los detalles del asunto Barstow. Sólo sé lo que he leído en los periódicos. Creo que no han dado con el *driver*. Supongo que no existe, pero aunque se encontrase, seguiría dudando de que alguien tratara de utilizarlo contra mí. En mis negocios y en mi vida privada siempre he jugado limpio.

Hizo una pausa. Wolfe murmuró:

—Las ofensas pueden ser de muchas clases, señor Kimball. Verdaderas, imaginarias, materiales, espirituales, triviales…

—No he ofendido nunca a nadie.

—¿De veras? Vamos a ver. La esencia de la santidad es la expiación. Me tomaré por ejemplo. ¿A quién no he ofendido yo? No sé por qué, pero su

presencia me estimula a hablar. Olvidemos el asunto Barstow, puesto que para usted es una tontería; olvidemos a la policía; ya encontraremos manera de impedir que le molesten. Me gusta hablar con usted, a menos que tenga algo urgente que hacer.

—Nada. —Kimball parecía complacido—. Cuando hay algo urgente lo resuelvo. La oficina se ha pasado sin mí más de una semana. Una hora más no perjudicará a nadie.

Wolfe asintió, aprobador.

—¿Quiere un vaso de cerveza?

—No, gracias. No bebo.

—¡Ah! —Wolfe hizo sonar el timbre—. Es usted un hombre extraordinario. Ha logrado abstenerse de la bebida y, al mismo tiempo, es un hombre de negocios y un filósofo. Un vaso, Fritz. Pero hablábamos de ofensas y yo sentía deseos de confesar mis culpas. ¿A quién no he ofendido yo?

No pretendo pasar por un rufián, y tengo el defecto de poseer una conciencia muy romántica. A pesar de ello, y teniendo en cuenta hechos, me asombra estar vivo. Hace menos de un año, un hombre que se hallaba sentado en el sillón que usted ocupa prometió matarme en cuanto pudiese. A unas veinte manzanas de aquí hay una mujer cuyo apetito y alegría aumentarían enormemente con la noticia de mi fallecimiento. Podría seguir citando ejemplos hasta el infinito. Pero tengo otros secretos más difíciles de explicar y perdonar. Gracias, Fritz.

Wolfe sacó el abridor y destapó la botella, dejando caer la cápsula dentro del cajón. Luego se llenó el vaso y lo bebió de un trago. Kimball decía:

—Todo hombre, en su profesión, debe correr riesgos.

—Reaparece en usted el filósofo —asintió Wolfe—. Es fácil comprender, señor Kimball, que es usted un hombre de gran cultura.

—¿Por qué cree usted eso?

Wolfe arqueó las cejas.

—¿No es evidente?

—Si usted lo cree así he de darle gracias por el halago. Abandoné la escuela, en Illinois, al cumplir los doce años y huí de mi casa. No llegaba a ser un hogar, pues dependía de mis tíos. Mis padres habían muerto. Desde entonces no he vuelto al colegio. Si poseo alguna cultura me la debo a mí mismo.

—No es la peor. Usted es otra prueba de ello. Nueva York es una buena escuela para un muchacho de carácter.

—Probablemente lo será, pero yo no vine a Nueva York. Me fui a Texas.

Después de un año en el Panhandle marché a Galveston y de allí al Brasil y a la Argentina.

—Veo que su educación ha sido cosmopolita y que tiene usted mucho espíritu aventurero.

—He estado en muchos sitios. Pasé veinte años en la América del Sur, la mayoría de ellos en la Argentina. Cuando volví a la América del Norte, casi tuve que volver a la escuela para aprender el inglés. He vivido… Bueno, he vivido mucho. He corrido muchas aventuras, pero dondequiera que he estado, siempre me he atenido a la Ley… Cuando volví a los Estados Unidos vendía carne congelada, pero, poco a poco, fui pasando a los cereales. Entonces me encontré a mí mismo. Siempre he sido comerciante. Lo llevo en la sangre. Durante dos años fui buhonero. Cinco mil kilómetros por temporada, a caballo. Al andar, aún se me nota.

Wolfe le miraba, asombrado.

—Es usted un verdadero nómada. Entonces no debía de estar aún casado, ¿verdad?

—No. Me casé más tarde. En Buenos Aires. Entonces tenía un despacho en la Avenida de Mayo…

Se interrumpió. Wolfe sirvióse otro vaso de cerveza Kimball le miraba, mas parecía no verle. Algo de lo que había dicho acababa de hacerle volver al pasado.

—Un recuerdo, ¿verdad? —murmuró Wolfe.

Kimball movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, un recuerdo. Es curioso… ¡Dios santo! Parece como si lo que usted ha dicho acerca de las ofensas me haya hecho recordar. Aunque, en aquel caso, la ofensa me fue hecha a mí. Pero tengo conciencia, como usted ha dicho.

—¿Fue usted ofendido?

—Sí. Recibí una de las peores ofensas que pueden hacerse a un hombre. Fue hace treinta años y aún me duele. Me casé con una muchacha muy hermosa. Tuvimos un hijo.

El niño sólo tenía dos años cuando, al volver yo, después de un largo viaje, un día antes de lo anunciado… encontré en mi casa al que creía mi mejor amigo. El niño estaba en el mismo cuarto que ellos. Jugando en el suelo, con sus juguetes. Me atuve a la Ley; me he dicho muchas veces que si me viera en el mismo caso, volvería a hacer lo que hice. Disparé dos veces…

—¿Les mató? —preguntó Wolfe.

—Sí. La sangre cayó al suelo y manchó uno de los juguetes. Dejé al niño allí. A veces me he preguntado por qué no le maté también a él, puesto que estaba seguro de que no era mío… Me fui a un bar y me emborraché. Fue la última vez que bebí…

—¿Vino a los Estados Unidos…?

—Poco después. Un mes más tarde. No huí. La Ley me amparaba. De todas formas reuní mis cosas y abandoné la Argentina. Volví allí hace cuatro años.

—¿Se llevó con usted el niño?

—No. Por eso volví. No le quería. La familia de mi mujer se hizo cargo de él. Vivían en la pampa. De allí la saqué yo a ella. El niño se llamaba Manuel, igual que el amigo que me engañó; él me rogó que le pusiese ese nombre. Me marché solo, y solo he vivido durante veintiséis años. El mercado de cereales me resultó una esposa más fiel que la primera. Pero en mi corazón siempre se albergó la duda. Los años le ablandan a uno. Tal vez fue que me sentí demasiado solo. Quise convencerme a mí mismo de que el hijo era mío. Hace cuatro años arreglé las cosas y marché a Buenos Aires. Le encontré enseguida. La familia de mi mujer estaba arruinada, pero él hallábase bien situado en la vida. Era uno de los mejores pilotos de la Aviación argentina. Me costó mucho convencerle para que pidiera la baja. Durante algún tiempo probó de adiestrarse en los negocios, pero no estaba capacitado para ello, y con mi dinero se ha metido en la industria aeronáutica. Compré una finca en Westchester y levanté allí una casa. Sólo deseo que, cuando sea mayor, no emprenda viajes que terminen como el mío.

—Seguramente estará enterado de lo de su madre, ¿no?

—No lo creo. Nunca lo hemos mencionado. Prefiero que no lo sepa. No es que tenga ningún remordimiento; si tuviera que volver a hacerlo, no vacilaría. No he pretendido nunca, ni con él, mostrarme satisfecho con el hijo que me ha tocado en suerte. Lo hubiese preferido de otro carácter. Al fin y al cabo, él es argentino y yo soy de Illinois. Pero es un Kimball y no tiene nada de tonto. Espero que se case con una norteamericana. Eso cambiará su manera de ser.

—Sin duda. —Wolfe había dejado sin tocar la cerveza durante tanto tiempo que la espuma habíase esfumado y parecía té. Alcanzó el vaso y lo vació—. Sí, señor Kimball, usted demostró su razón y el jurado le apoyó. Si el muchacho recibió algún daño, lo está usted reparando magníficamente. Pero ¿y si el chico se resiente de la herida?

—No.

—Admita la posibilidad.

Observé que Kimball bajaba los ojos. De pronto se puso en pie. Wolfe sacó su reloj y, consultándolo, dijo:

—Dentro de cinco minutos se servirá el almuerzo. Tómelo conmigo. No pretendo ser su amigo, pero no tengo nada contra usted ni contra los suyos. Hace treinta años, señor Kimball, usted se encontró en un momento muy grave. Supo afrontarlo con energía. ¿Ha perdido ya esa energía? Veamos lo que puede hacerse. Coma conmigo.

Pero Kimball no quiso. Por primera vez me pareció que estaba asustado. Deseaba marcharse.

Wolfe hizo algunos esfuerzos más por persuadirle a que se quedase, pero Kimball no se dejó convencer. Declaró que no tenía idea de que fuese tan tarde y se lamentó de que a Wolfe no se le ocurriera nada para alejar a la policía. Añadió que esperaba que Nero considerase como confidenciales las revelaciones relacionadas con tan delicada cuestión hechas por él.

La acompañé a la puerta. Ofrecí llevarle en el auto hasta su despacho, pero me respondió que esperaba encontrar un taxi en la esquina. Le vi alejarse, desde el umbral, y me di cuenta, por la curvatura de sus piernas, de que debía de haber montado mucho a caballo.

—El señor Kimball es un hombre desgraciado, Archie —me dijo Wolfe—. Su hijo desea matarle y trata de hacerlo. Pero Kimball no quiere reconocerlo. No quiere ni pensar en ello. Su hijo y los hijos de su hijo es lo que le mueve a seguir viviendo. Por lo tanto, no puede admitir que su hijo le odie. Pero si no lo reconoce y no toma alguna medida preventiva, está listo. No tardará mucho en morir de una forma muy desagradable. Quiere auxilio y no se atreve a solicitarlo. El motivo es que espera contra toda esperanza. Aunque él no quiera reconocerlo, ¿no te parece que su hijo, intentando matarle, pudo asesinar, en cambio, a Barstow? ¿No podría Manuel Kimball tomarlo como un aviso del Destino? Tal vez eso le haya hecho comprender que no debe atentar contra la vida de su padre. Así debe de pensar E. D. Kimball. Y vive con la esperanza de ver sobre sus rodillas un nietecito. El dilema con que se enfrenta es terrible. Lo único que ha hecho hasta ahora ha sido exponer a su hijo, sin obtener ninguna protección para él.

Wolfe dejó de hablar. Recostóse en su sillón e, inclinando la barbilla sobre el pecho, entrelazó las manos sobre el vientre.

—Ya le advertí que ese Kimball me ponía nervioso —le dije—. Pero, además, ¿quiere que le escriba a máquina todas las pruebas que tenemos de que

mató a Barstow?

—No tenemos nada, ya lo sé —replicó Wolfe.

Asentí.

—¿Me permite que le haga una sugerencia? —pregunté—. En Armonk hay un campo de aviación situado a pocos kilómetros de Pleasantville. ¿Y si me dirigiese allí e hiciera el curioso?

—Puedes hacerlo. Pero dudo mucho que utilizara un campo de aviación público. Debió de preferir uno privado. Por lo tanto, antes de hacer el viaje, prueba con esto. Escribe.

—¿Es muy largo?

—No, muy corto.

Busqué papel y lápiz y escribí, dictado por Nero Wolfe:

> *Ruego se pongan en comunicación conmigo las personas que me vieron aterrizar en el prado, con mi aeroplano el lunes, cinco de junio, por la noche. Deseo ganar una apuesta. Gratificaré bien.*

—Muy bien —dije—. Pero debía haber puesto en campo de golf.

Wolfe negó con la cabeza.

—Demasiado público y mucho ruido. Dejémoslo en prado, indeterminado. No, no lo envíes por teléfono. Pasa por la oficina del *Times*, y haz lo mismo en los demás periódicos de la mañana y de la noche. Asegúrate de que las contestaciones lleguen a nuestras manos. Manuel Kimball me parece lo bastante listo para presentarse a buscarlas.

—Bien, me marcho.

—Un momento. ¿Está White Plains antes que Armonk?

—Sí.

—Entonces visita a Anderson. Cuéntaselo todo menos lo de Carlo Maffei y el argentino. Regálaselo; será un gesto hermoso. Dile también que E. D. Kimball está en constante e inminente peligro de muerte y debe ser protegido. Kimball se negará a admitir esa protección, pero cuando dos personas, como tú y yo, se meten en los asuntos de un hombre violento, no deben olvidarse ciertas precauciones.

—Preferiría dar una propina a un empleado del «metro» antes que hacer nada en favor de Anderson —dije.

—No te preocupes; pronto estaremos en condiciones de presentarle la factura.

CAPÍTULO XIV

DESPUÉS del tiempo perdido insertando los anuncios, cuando llegué a la oficina del fiscal de White Plains, eran ya las cuatro de la tarde. No me había preocupado de telefonear para asegurarme de que Anderson o Derwin estuvieran allí.

Afortunadamente, los dos estaban. Al momento de ser anunciado se abrió una puerta y Derwin salió, preguntando:

—¿Qué quiere usted?

—Quiero decirle algo a Anderson. O a usted. O a los dos.

Aún no sé qué hizo aquella gente en los seis días transcurridos desde la autopsia de Barstow. Por lo que me dijo Anderson, sospeché que habían ido a la Universidad de Holland y averiguado allí que unos cuantos alumnos habían sido castigados por Barstow con una hora o más de clase. Pero, aunque cueste trabajo creerlo, Anderson no sabía que Barstow utilizó una bolsa nueva que le fue regalada por su mujer en su último cumpleaños. Lo único que averigüé aquella tarde fue que un químico de Nueva York aseguraba que el veneno que mató a Barstow era de serpiente. Eso hizo que Anderson y Derwin dejaran de lado los palos de golf y se echaran a buscar serpientes de cascabel. Debo reconocer que también a mí me llenaron de dudas. Aunque lo de la aguja quedaba por explicar, no era ésa la cosa más rara que se puede encontrar en el estómago de un hombre. Las serpientes *copperhead*, de la especie de crótalo, no eran desconocidas en Westchester. ¿Y si una de ellas se presentó aquel domingo en las pistas de golf y mordió a Barstow? Era un quebradero de cabeza. Anderson y Derwin no me revelaron lo del veneno de serpiente, que se había ocultado a los periodistas, hasta que yo hube soltado todo cuanto traía. Cuando acabamos le di las gracias, y después de recomendarles que protegieran a Kimball, marché hacia Armonk.

Antes de ir allí decidí hacerles una visita a los Barstow. Telefoneé desde un teléfono público; Sarah Barstow estaba en casa. Veinte minutos más tarde entraba en su finca. Había unas cuantas personas tomando el té en la terraza. Small, el mayordomo, me condujo adentro, anunciándome que la señorita Barstow se reuniría muy pronto conmigo, y preguntándome si quería tomar un poco de té.

—Prefiero un vaso de leche —respondí.

Volvió al cabo de un minuto con la leche. Cuando la estaba acabando de tomar entró Sarah Barstow. Le había dicho por teléfono que la visita era sólo de cumplido y que no debía inquietarse. Entró radiante y atractiva.

—Desde la última vez que nos vimos ha dormido usted mejor, ¿no? —pregunté.

—Duermo perfectamente —respondió.

Me volví a sentar y levanté el vaso.

—Gracias por la leche, señorita Barstow. Es excelente. Siento haberla apartado de sus amigos, pero no la entretendré mucho tiempo. He estado en la oficina de Anderson charlando un poco. Le dije lo del regalo de cumpleaños y el viaje de usted a Tarrytown… ¡No! No se excite usted tan pronto. No significa nada. Es simple estrategia para ganar una batalla. Todo aquello ha pasado ya. Entre los palos de su padre no había ningún *driver* amañado. Nadie intentó matarle. Murió por accidente.

La muchacha me miraba. Aguardé a que digiriese mis palabras. Por fin murmuró:

—Entonces… no fue… un… asesinato… Nero Wolfe estaba equivocado… Pero ¿cómo…?

—No digo que no fuese un asesinato. Wolfe no estaba equivocado. La cosa ocurrió en el primer *tee*. El *caddy* de su padre estaba a alguna distancia y llevaba la bolsa. Su padre tomó prestado el *driver* de E. D. Kimball. Aquel palo le mató. Fue una verdadera desgracia y muy mala suerte. Nadie deseaba su muerte.

—Mi padre… —murmuró Sarah—. Le conocía bien.

Asentí.

—Sí, creo que usted le conocía bien. Esto es todo cuanto deseaba decirle, señorita. No se lo comuniqué por teléfono porque ignoro cuándo lo publicará Anderson. Por lo tanto, es confidencial. No quería que usted se enterase por él de la verdad y creyera que yo le había hecho traición. Si, a pesar de que todo está ya aclarado, Anderson se pusiera tonto preguntándole a usted por qué se ha

dedicado a tirar bolsas de golf al río, mándele usted al infierno. Se lo he explicado todo porque no quiero que se pase las noches en vela preguntándose por qué fue asesinado su padre. Nadie le asesinó. Pero sería mejor que, por algún tiempo, la cosa quedara entre la familia. —Me levanté—. Eso es todo.

Sarah no se movió.

¿Se marcha usted? —preguntó—. Me quedaré aquí un rato. Muchas gracias, señor Goodwin… No ha terminado usted de tomar la leche.

Vacié el vaso y salí de la casa.

Cuando llegué a Armonk eran las seis de la tarde. El sol estaba aún muy alto y en el campo había dos aviones y otro estaba aterrizando. Había numerosos anuncios que invitaban a volar por cinco dólares. No era un aeródromo muy elegante, pero el terreno de aterrizaje era amplio, liso y bien cuidado. Dejé el coche en la carretera y entré en el campo, adelantándome siguiendo uno de los hangares. Sólo se veía a un piloto y sus dos pasajeros, que descendían del aparato que acababa de tomar tierra. Empecé a buscar alguna puerta que condujera a las oficinas o cosa por el estilo. Por fin encontré a un par de chicos tirando centavos a una ranura. Al verme se levantaron y les saludé con la cabeza.

—Hola —dije—. Siento interrumpir su juego, pero estoy buscando un mapa, un fajo de mapas de volar. Puede que éste no sea el nombre técnico, pero yo no soy aviador.

—No vendemos mapas —dijo uno de ellos.

—No es que quiera comprar uno. Estoy buscando los que se dejó mi hermano, el lunes hizo una semana. Era el cinco de junio. Seguramente lo recordarán ustedes. Se enteró de que yo iba a pasar por aquí y me pidió que pidiera el mapa. Aterrizó en este campo, en su avión particular, a eso de las seis de la noche y despegó a las diez. Está casi seguro de haberse olvidado aquí el mapa.

—No aterrizó en este campo.

Me mostré sorprendido.

—¡Claro que aterrizó! Él tiene que saber dónde lo hizo.

—Tal vez, pero se equivoca si dice que aterrizó aquí. En todo el mes sólo han aterrizado aquí nuestros aparatos y un biplano que llegó una mañana de la semana pasada.

—Es raro. ¿Están seguros? Tal vez no estaban ustedes.

—No me muevo de este sitio —replicó el que hablaba—. Verdaderamente, su hermano tiene que buscar ese mapa. Lo necesita.

—Eso parece. ¿Hay otros campos por aquí?

—Cerca, no. Hay uno en Danbury y otro hacia Poughkeepsie.

—Pues se habrá confundido. Lamento haberles molestado. No sé cómo demostrarles mi agradecimiento.

—No tiene importancia.

Me dirigí a mi auto y me senté a decidir lo que debía hacer. El mecánico no había hablado, como si procurase ocultar la verdad por encargo de alguien. Habíase limitado a explicar lo ocurrido. Armonk quedaba fuera de combate. Poughkeepsie también; pues aunque Manuel pudo haberse dirigido allí en unos veinte minutos, en su avión, no hubiera tenido tiempo de ir adonde había dejado su auto y conducirlo al sitio en que iba a reunirse con Carlo Maffei. Sin duda se encontró con Maffei en alguna estación del «metro», en la parte alta de Nueva York. La hora de la cita eran las siete y media. Desde Poughkeepsie no habría podido llegar a tiempo, y no era probable que en Danbury encontrase nada. Fui allí, pero al salir iba convencido de que Manuel Kimball no se había acercado jamás a aquel sitio. Eran las doce y pico de la noche cuando por fin volví a la calle Treinta y Cinco. Wolfe se había acostado ya.

Encima de mi mesa encontré una nota escrita con su fina letra:

> *Archie, si no has averiguado nada, investiga mañana el anuncio del orfebre; y si tu gracia y encanto poseen alguna fuerza sobre la señorita Fiore, tráela aquí a las once. Nero Wolfe.*

No me ha gustado nunca cenar tarde, a menos que resulte inevitable, pero de todas formas me dirigí a la cocina en busca de un vaso de leche y a mirar tristemente los residuos de la cena, como el hombre que visita el cementerio donde reposan los restos de su novia. Luego subí a mi cuarto y me acosté.

Dormí hasta tarde. Mientras tomaba el almuerzo miré el periódico, buscando en la sección de anuncios el impuesto por mí el día antes. Su aspecto me gustó. Antes de marcharme limpié un poco el despacho.

A continuación fui a la oficina de anuncios del *Times* y lo único que logré averiguar fue que el anuncio había aparecido en el número del 16 de abril, y aunque esto no enredaba nada las cosas, puesto que estaba de acuerdo con los acontecimientos, no podía decirse que aclarase nada.

A continuación y con gran rapidez me dirigí a Sullivan Street.

La señora Ricci no estaba dispuesta a dejarme entrar. En cuanto me vio puso cara de fiera. Le sonreí y dije que iba a llevarme a Ana a dar un paseo. Me porté como un caballero hasta que la mujer se puso terrible y me ordenó que me marchase inmediatamente. Entonces le dije:

—Un momento, señora Ricci, escúcheme mientras aún le queda algo de aliento. Ana está en mala situación. No con nosotros, sino con la policía. Nos explicó algo que podría ponerla en un apuro si la policía se enterase. No lo sabe, ni nosotros deseamos que lo sepa, pero sospecha algo. Mi jefe quiere avisar a Ana. ¿Quiere usted verla en la cárcel?

—¡Mentira! —exclamó, mirándome fijamente.

—No miento. Pregunte a Ana.

—Quédese fuera.

—Bien.

Cerró la puerta y me senté en el último escalón, encendiendo un cigarrillo. Como era sábado, la calle estaba llena de chiquillos y convertida nuevamente en un manicomio suelto. Me pegaron en la barbilla con una pelota y procuré sonreír. Acababa de tirar la colilla del cigarrillo cuando volvió a abrirse la puerta.

Ana salió con el sombrero y la chaqueta puestos. La señora Ricci me dijo, desde el umbral:

—He telefoneado a la señorita Maffei y dice que es usted de confianza. Sin embargo, no estoy muy segura. Si mete usted a Ana en un lío mi marido le matará. Es huérfana y, aunque tiene la cabeza llena de pájaros, es una buena chica.

—No se preocupe, señora Ricci —repliqué—. ¿Vamos, Ana?

Aquella mañana estuve una hora viendo cómo Wolfe interrogaba a la chica, probando todos los trucos imaginables. Si salió entera de casa fue porque recordé que no debe matarse la gallina que lleva dentro el huevo de oro, aunque no quiera ponerlo.

Wolfe le dijo que el hombre que le había enviado los cien dólares era el mismo que había asesinado a Carlo Maffei. Que era un ser malo y peligroso; que aquel hombre estaba enterado de que ella sabía algo que él no quería que se supiese, y que, por lo tanto, podía matarla. Que la señorita Maffei era una buena persona; que Carlo Maffei había sido un buen hombre, que no debía haber sido asesinado, y que su asesino merecía ser detenido y castigado.

Todo fue inútil. Ana se encerró en su caparazón y no quiso soltar la prenda.

Wolfe, sin desanimarse, siguió intentando hacerla hablar, quedándome al fin la esperanza de que en un par de semanas consiguiera hacerle decir lo que sabía.

De pronto se abrió la puerta del despacho y entró Fritz. Cerró detrás de él y tendió a Wolfe una tarjeta, sobre la bandeja de plata. Wolfe la tomó y leyó. Noté que se le dilataban las aletas de la nariz.

—Una agradable sorpresa, Archie —dijo, tendiéndome la tarjeta por encima de la mesa.

La cogí. En la cartulina se leía:

Manuel Kimball

CAPÍTULO XV

ME levanté.

Wolfe permaneció un momento callado, pellizcándose los labios, y por fin dijo:

—Haz pasar al caballero al salón, Fritz. El vestíbulo está demasiado oscuro. No podría reconocer su cara si le viese allí. Asegúrate de que estén descorridas las cortinas y deja la puerta abierta para que haya aire de sobra.

Fritz salió, y Wolfe, con la voz serena de siempre, siguió:

—Muchísimas gracias, señorita Fiore. Ha sido usted muy paciente y se ha mantenido dentro de sus derechos. ¿Le importaría que el señor Archie no la acompañe a casa? Tiene que hacer un trabajo urgente. El señor Fritz es un buen chófer. Archie, acompaña a la señorita a la cocina y arréglalo todo con Fritz. Luego acompáñala a la puerta. Asentí con la cabeza.

—Comprendido. Vamos, Ana.

—¿No podría el señor…? —empezó Ana, con voz demasiado fuerte.

—No hable. Ya la acompañaré otro día.

Conduje a Ana hasta la puerta por el vestíbulo, desde donde podía verse perfectamente a Manuel Kimball, sentado en un sillón y con las piernas cruzadas. Al oír nuestros pasos volvió la cabeza hacia nosotros, pero el vestíbulo estaba demasiado a oscuras para que pudiera vernos. Yo llevaba a la muchacha agarrada del brazo y tenía la mirada fija en su rostro mientras ella miraba a Kimball. No advertí el menor estremecimiento.

—No lo ha visto nunca —le dije a Wolfe, al volver al despacho. Inclinó la cabeza. Pregunté—: ¿Le hago pasar?

—Volvió a inclinar la cabeza.

Pasé al salón por la puerta que lo comunicaba con el despacho. Manuel Kimball se levantó y me saludó.

—Siento haberle hecho esperar —dijo—. Teníamos una cliente que cree que puede hacer volver a su marido con sólo silbar, y la cosa no es tan fácil. Por aquí, tenga la bondad.

Wolfe se mantuvo sentado, con las manos sobre el vientre. Se limitó a decir:

—¿Cómo está usted, señor Kimball? Perdone que no me levante. No es falta de cortesía, sino de flexibilidad. Siéntese, haga el favor.

No observé ningún síntoma de que Manuel Kimball estuviera agitado. Parecía preocupado por algo demasiado importante que le impedía dirigir, siquiera, la vista a su alrededor. Después de sentarse en el sillón que aún guardaba el calor del cuerpo de Ana Fiore, su mirada se fijó en Wolfe y permaneció allí.

—¿Quiere un poco de cerveza? —invitó Wolfe.

Manuel movió negativamente la cabeza.

—No, muchas gracias.

Comprendí la indirecta. Fui a la cocina, a sacar un par de botellas de la nevera, y las puse, junto con un vaso, en una bandeja. Me di la mayor prisa porque no quería perderme nada. Dejé la cerveza encima de la mesa de Wolfe y me dirigí a la mía. Saqué algunos papeles y lo arreglé todo. Manuel Kimball estaba diciendo:

—… me contó su visita, ayer, a esta casa. Mi padre y yo no tenemos secretos el uno para el otro. Me explicó todo cuanto usted le dijo. ¿Por qué dijo todo aquello?

—Bien.

Wolfe abrió el cajón de su mesa, sacó el abridor, quitó la cápsula de la primera botella, la dejó caer en el cajón y llenó el vaso. Examinó un momento la corona de espuma y luego se volvió hacia Manuel:

—En primer lugar, señor Kimball, usted dice que su padre le repitió todo cuanto yo le dije. Es muy difícil que usted pueda saber si eso es verdad. Por lo tanto hablemos debidamente. Usted está disgustado conmigo. ¿Qué le dije yo a su padre que usted hubiera preferido no se dijera?

Manuel sonrió y mostróse más frío que antes.

—No intente retorcer los conceptos, señor Wolfe. No expreso mis preferencias. Le pido explicaciones por cosas que ha dicho usted sin fundamento alguno. Tengo ese derecho como hijo de un hombre que está envejeciendo.

Nunca, hasta ahora, había visto asustado a mi padre. Sin embargo, usted le ha metido el miedo en el cuerpo. Le dijo usted que Barstow murió por haber utilizado su *driver*.

—Cierto.

—Lo reconoce usted. Espero que su ayudante, que está tomando nota de cuanto decimos, incluya su confesión. Lo que usted le dijo a mi padre es estúpido y criminal… Nunca he creído lo de la aguja envenenada. Ahora lo creo menos. ¿Que derecho tiene usted a inventar esos absurdos para trastornar primero a la familia Barstow y luego a mi padre? Enteraré a mi abogado de todo eso. Es algo sin justificación que debe concluirse.

—No creo que piense usted hacer lo que dice —replicó, suavemente, Wolfe.

—Pienso hacer que esto termine.

—Por favor, señor Kimball; deme usted la oportunidad de defenderme —protestó Wolfe—. Me ha acusado de inventar absurdos. Yo no he inventado nada. El invento, y debe reconocerse que es notable y original, es de otro; sólo el descubrimiento me pertenece. Si el inventor me contase lo que usted acaba de manifestar, diría de él que era un hombre muy modesto. No, señor; yo no inventé aquel palo de golf.

—Ni usted ni nadie. ¿Dónde está?

—Desgraciadamente aún tengo que averiguarlo —replicó Wolfe, separando las manos.

—¿Qué prueba hay de que ha existido?

—La aguja que disparó contra el vientre de Barstow.

—¡Bah! ¿Por qué por medio de un palo de golf? ¿Por qué en el primer *tee*?

—Tenemos la avispa.

—Tonterías, señor Wolfe. —Los negros ojos de Manuel revelaban desprecio—. Como he dicho, es una tontería criminal. Si no posee mejores pruebas que ésas, tengo derecho a pedirle que se retracte. Esta mañana he visitado al fiscal Anderson, en White Plains. Está de acuerdo conmigo. Le exijo que vea usted a mi padre y se excuse, y lo mismo debe hacer con los Barstow, si se lo ha dicho. Tengo motivos para sospechar que así ha sido.

—Es una lástima, señor Kimball —dijo tristemente Wolfe.

—Lo es. Pero tendrá que retractarse.

—No. No me ha entendido usted. Digo que es una lástima que tenga usted que enfrentarse conmigo… Soy quizás el único hombre en este hemisferio a quien su valor y astucia no pueden derrotar. Y por una mala suerte increíble se

encuentra usted enfrentado conmigo. Lo siento, pero lo mismo que usted ha emprendido una tarea adecuada para su capacidad, yo también he encontrado una adecuada a la mía. Perdóneme que le ataque de flanco, puesto que usted ha hecho imposible el ataque frontal. No creo que con su ataque directo espere usted conseguir su fingido objetivo; no es posible que haya tenido tan pobre opinión de mí. Su verdadero objetivo debe seguir oculto. Ese objetivo es tal vez, averiguar cómo pude predecir el resultado de la autopsia. Pues sí, sé dónde, cómo y por quién fue arreglado el palo de golf. Sé dónde se encuentra ahora el hombre que hizo el trabajo, y sé los resultados que obtendré del anuncio insertado en los periódicos de la mañana, y que tal vez usted ha leído.

Ni un solo músculo del rostro de Manuel se alteró. Su mirada continuó fija en Nero, mientras decía:

—Si sabe usted todo eso, cosa que dudo, ¿no cree que el fiscal debería estar en antecedentes?

—Sí. ¿Quiere que se lo diga?

—¿Que si yo quiero? ¡Pues claro, si es que lo sabe!

—Bien. —Wolfe le amenazó con un dedo—. Voy a decirle lo que va usted a hacer, señor Kimball. Se trata de un favor. Esta tarde, al ir hacia su casa, deténgase en casa de Anderson y cuéntele todo lo que le he dicho, e indique le que envíe a buscar esos informes. Ahora… lo siento, pero se está pasando la hora en que tengo costumbre de tomar un bocado. ¿Me permite que diga algo en alabanza de usted? Si cualquiera de las personas que he conocido estuviese en su situación, me esforzaría en retenerla para poder averiguar algo de ella. En el caso de usted, creo mucho más provechoso dedicarme a comer.

Manuel se había puesto en pie.

—Le comunico que en cuanto salga de aquí iré a ver a un abogado. Ya oirá usted hablar de él.

Wolfe asintió:

—Desde luego, es lo mejor que puede hacer. Su padre se extrañaría si no lo hiciera.

Manuel Kimball salió de la estancia. Me levanté para hacerle los honores, pero ya estaba en la calle.

Cuando volví al despacho, Wolfe no quiso hacer ningún comentario, y tampoco quiso hacerlos después del almuerzo. Por la tarde fui al cine, y por la noche encontré a Wolfe tan reservado como durante el día.

El domingo fue lluvioso. Escribí algunas cartas, leí dos periódicos y pasé un

par de horas con Horstman, mirando las plantas. Pero, no obstante querer distraerme, me sentía de muy mal humor. A las cinco y media de la tarde me encontraba en el despacho, bostezando, cuando sonó el teléfono. Tardé unos segundos en desenroscarme del sillón y cuando, por fin, me llevé el tubo al oído, me sorprendió escuchar la voz de Wolfe. Contestaba desde el teléfono del invernadero. Generalmente respondía desde allí a las llamadas siempre que yo estaba fuera; pero, estando yo en casa, me dejaba a mí el trabajo de contestar. De todas formas era su voz.

—Aquí Wolfe.

La otra voz respondió:

—Soy Durkin, señor Wolfe. Todo va bien. Esta mañana la chica fue a misa y hace un rato salió para ir a una pastelería, donde compró un helado. Ha vuelto a su casa Supongo que ya no se moverá.

—Gracias, Fred. Será mejor que te quedes ahí hasta las diez de la noche. Saúl entrará de servicio a las siete y tú le relevarás a las dos.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Nada.

Colgué furiosamente el tubo en su horquilla con la esperanza de saltarle un tímpano a Wolfe.

Cuando, media hora después, entró en el despacho, me escondí detrás de una revista, procurando que no estuviera colocada al revés. Me mantuve en esa posición media hora más, volviendo de vez en cuando una página. ¡Estaba indignado!

Por fin, Wolfe comentó:

—Está lloviendo, Archie.

—¡Váyase al diablo! —repliqué, sin levantar la cabeza—. Estoy leyendo.

—No lo creo. Sería conveniente que mañana por la mañana fueras a recoger las contestaciones a nuestro anuncio y siguieras las indicaciones que se te hagan.

—No, señor —repliqué—. Sería una emoción demasiado grande para mí.

Wolfe se puso serio.

—Empiezo a creer que la lluvia te afecta tanto como a mí. ¿No será que me estás imitando?

—No, señor. No es la lluvia. Usted sabe muy bien que no lo es. Si quería empezar a jugar al escondite en Sullivan Street, por lo menos podía haberme avisado a fin de tener en cuenta a Durkin en mis oraciones. ¿Qué espera de él? ¿Que descubra a Ana huyendo con el palo de golf?

Wolfe me amenazó con un dedo.

—Cálmate, Archie. ¿Por qué te pones así conmigo? No soy un dios, sólo soy un genio. Un genio puede descubrir los secretos ocultos, pero sólo un dios puede crearlos. Te pido perdón por no haberte hablado de Durkin; estaba muy preocupado. Le telefoneé ayer, cuando saliste. No trata de capturar a la señorita Fiore, sino de protegerla. En la casa está segura, indudablemente; fuera es probable que no esté segura. No creo que Manuel Kimball busque nuevos medios de completar sus planes hasta asegurarse de que le llamarán a responder de su primer intento, que fracasó, aunque no por culpa suya. Fue algo concebido a la perfección y ejecutado a la misma perfección. Entre nosotros, debo decir que la única que puede darnos la pista que demuestre la culpabilidad de Manuel es la señorita Fiore. Manuel Kimball es muy listo, y sólo nos ha dejado a la señorita Fiore. Por eso quiero que Durkin nos la preserve. Y, a propósito, ¿está en el listín el número del teléfono de María Maffei? Desde luego, no sabemos qué es lo que guarda tan celosamente la señorita Fiore. Si resulta algo importante, entonces abandonaremos la lucha de guerrillas y dispondremos un sitio en toda regla. Nadie puede cometer algo tan complicado como un crimen, sin dejar puntos vulnerables… Lo más que puede hacer es mantenerlos inaccesibles, excepto a una paciencia más grande que la suya. Por cierto que si la señorita Fiore aguarda, realmente, la joya que buscamos, deseo fervientemente que Manuel no se entere, pues en tal caso puede considerarse ya como muerta.

—¿A pesar de la protección de Durkin?

—No podemos evitar el rayo. Sólo podemos verlo caer. Se lo he explicado bien a Fred. Si Manuel Kimball mata a la chica, le detendremos. Pero no creo que lo haga. Recuerda las circunstancias cuando le envió los cien dólares. Entonces no podía suponer que ella supiera nada que estuviese relacionado con Barstow. De lo contrario no habría dado un paso tan en falso. Sabía sólo su nombre de pila. Probablemente Carlo Maffei lo mencionó, relacionándola con algún descubrimiento que la chica haría, todo lo cual debió de decidir a Manuel Kimball a desembolsar cien dólares para conseguir mayor seguridad. Si la suposición de Kimball es acertada, y la señorita Fiore no sabe más que lo conocido por Kimball, entonces tendremos que disponer el cerco. Saúl Panzer marchará a América del Sur. Ayer le dije por teléfono que estuviera preparado. Tu programa, que tengo ya pensado, será largo y aburrido.

El lunes por la mañana recogí las respuestas a nuestro anuncio. Eran más de veinte, y empecé a comprobarlas. La mitad eran falsas; pobre gente que deseaba

ver si sacaba algo, o bromistas con gana de juerga. Otros eran honrados, pero sus respuestas no eran las que yo necesitaba. Al parecer, el cinco de junio fue un excelente día para aterrizar en los prados. Tres de los que me respondieron no sólo eran reales, sino que concordaban entre sí; los tres habían visto el mismo aeroplano aterrizar en un prado a tres kilómetros de Hawthorne. Era demasiado halagüeño y francamente hermoso para ser verdad.

A kilómetro y medio de Hawthorne, siguiendo las instruccioncs de una de las cartas, abandoné la carretera principal y comencé a ascender una montaña, en dirección hacia donde me dijeron vivían los Carter. La residencia de éstos estaba a punto de venirse abajo. No había sido pintada desde la guerra, pero el perro que acudió a mi encuentro era simpático y amable, y la ropa tendida a secar estaba muy limpia. Encontré a la señora Carter en la parte de atrás, acabando de lavar el resto de la ropa. Era una mujer muy activa y delgada; le faltaba un diente central.

—¿La señora T. A. Carter?

—Sí, señor.

—He venido a verla a causa de su respuesta a mi anuncio. Se trata del aterrizaje que llevé a cabo con mi aeroplano. Su carta es muy explícita. ¿Me vio usted aterrizar?

Movió afirmativamente la cabeza.

—Ya lo creo. Aunque no vi el anuncio, Minnie Vawter lo leyó, y como yo le había hablado del aeroplano que vi aterrizar, ella se acordó y trajo el anuncio. Suerte que le dije que le había visto aterrizar a usted. ¡Ya lo creo que le vi!

—Nunca hubiera supuesto que pudiera usted verme desde aquí.

—¡Ya lo creo! Mire. Es una montañita muy alta. —Me hizo atravesar el patio—. ¿Ve este panorama? Mi marido dice que vale un millón de dólares. ¿Ve el depósito de agua? Parece un lago. Aquel campo de allí es donde usted aterrizó. Me pregunté qué debía de haber ocurrido. Pensé que se le había roto algo. He visto muchos aeroplanos en el aire, pero hasta entonces no había visto aterrizar ninguno.

—Bien —dije—. Gracias a lo explícito de su carta no me queda mucho por preguntar. Usted me vio aterrizar a las seis y diez, y luego vio cómo atravesaba el campo hacia la carretera. Entonces entró usted en casa, a echar un vistazo a la comida, y ya no volvió a verme. Al anochecer mi aeroplano aún estaba allí; se acostó usted a las nueve y media, y por la mañana el aparato había desaparecido.

—Eso es. Pensé que valía más decirlo todo en la carta, porque…

—Eso mismo. Veo que es usted una mujer muy meticulosa, señora Carter. La descripción que hace usted de mi aparato no podría mejorarla yo mismo. Parece mentira que haya podido verlo tan bien desde esta distancia. Tiene usted una vista excelente… A propósito, ¿podría decirme quién vive en aquella casita blanca?

—Desde luego. La señorita Wellman. Es una artista de Nueva York. Fue Ardt Barrett, el hombre que trabaja para ella, quien le llevó a usted a Hawthorne.

—¡Oh! Claro. Sí, aquél es el sitio. Le quedo muy agradecido, señora Carter. Me va a ayudar usted a ganar la apuesta.

Decidí entregarle un billete de cinco dólares. A juzgar por las apariencias debía de hacerle mucha falta, y nos había prestado un gran servicio para cazar a Manuel Kimball. Por lo tanto creí que el favor era barato por cinco dólares, Para nosotros, la culpabilidad de Manuel ya no admitía dudas. El reunir las suficientes pruebas para convencer a un Jurado era ya otro cantar.

La señora Carter entró en su casa, con la mano apretada alrededor del billete, y diciendo que la ropa podía acabar de lavarse sola.

Permanecí un momento contemplando el prado. Allí era donde Manuel Kimball había aterrizado y dejado su avión; atravesando el prado se dirigió a la casita blanca y pidió a un hombre que estaba allí que le llevara a Hawthorne, lugar situado a poca distancia de su casa. Sin duda tenía, aguardándole, su auto, o alquiló otro en un garaje; se dirigió a Nueva York, deteniéndose, sin duda, en White Plains, para telefonear a Carlo Maffei y arreglar la entrevista. Debía de estar inquieto a causa de haber abandonado Maffei su proyectado viaje a Europa; y cuando a las siete y media se entrevistó con él, y Maffei sacó a relucir el recorte del *Times* de aquella mañana, y empezó a decir lo difícil que iba a resultar tenerle cerrada la boca acerca de los palos de golf, Manuel comprendió que sólo le quedaba un camino expedito. Acompañado de Maffei buscó un lugar solitario y aprovechó un momento oportuno para hundir un cuchillo en la espalda de su compañero. No retiró el cuchillo, para contener la hemorragia, y buscó un lugar apartado donde dejar el cadáver, siguiendo luego hasta Hawthorne, de nuevo, donde tomó un taxi y se hizo conducir adonde tenía el aeroplano. Para despegar se debió de valer de la ayuda de Ardt Barrett y el chófer. Hacia las diez de la noche aterrizó en su aeródromo y explicó a Skinner que era mucho más divertido volar de noche que de día.

No quise ir a interrogar a Barrett, ya que no podía presentarme como el aviador que aterrizó. La otra respuesta también podía esperar. Me moría de ganas

de volver a la calle Treinta y Cinco, seguro de que Wolfe lograría hacer hablar a Ana Fiore si yo le anunciaba que había hecho ya bajar a Manuel Kimball de las nubes.

Wolfe estaba en su despacho, y Fritz le llevaba dos botellas de cerveza y un vaso.

—Buenos días, amigo Goodwin —saludó mi jefe.

—¿No le dije que ese Manuel Kimball me daba mala espina? Pues no me engañaba, nuestro anuncio ha tenido éxito.

—¿Encontraste el prado? —preguntó, sin gran interés, Wolfe.

—Lo encontré todo. Una mujer que le vio aterrizar y que sabe qué partes de su aeroplano son azules, cuáles rojas y cuáles negras… Y he encontrado también a un hombre que lo llevó a Hawthorne… Todo cuanto podíamos desear.

—Bien.

Wolfe no me miraba.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Es que no le parecen buenas las noticias?

—Calma, Archie —me contuvo—. Tu descubrimiento merece ser celebrado, pero debes permitirme que lo pospongamos un poco. Tu vuelta me ha impedido hacer una llamada telefónica muy interesante. Cuando entraste iba a coger el listín. Tal vez puedas ahorrarme ese esfuerzo. ¿Sabes el número de los Barstow?

—Desde luego.

—Pues llama y pide que la señorita Barstow se ponga al aparato.

Fui a mi mesa, me aseguré de que era aquél el número, lo marqué y al cabo de un rato oí la voz de Sarah. Hice seña a Wolfe, que se llevó el tubo al oído. Hice lo mismo con el mío.

—¿Señorita Barstow? —preguntó—. Aquí Nero Wolfe. Buenos días. Me he tomado la libertad de telefonearle para saber si las orquídeas han llegado bien… ¿No las ha recibido…? ¿Cómo…? Sin duda se trata de un error. ¿No me hizo usted el honor de pedirme por carta, esta mañana, algunas orquídeas…? ¿No…? Perfectamente. No, no tiene importancia. Debe de tratarse de un error… Perdone… Adiós.

Colgamos a la vez nuestros teléfonos. Wolfe se recostó en su sillón.

Yo sonreí.

—Se hace usted viejo —dije—. Los jóvenes no enviamos orquídeas a las muchachas hasta que nos las piden.

Wolfe se dispuso a abrir el cajón, pero se contuvo y retiró con rapidez las manos sin haber rozado la madera.

—Archie, me has oído decir que soy actor. Creo tener una debilidad por las afirmaciones dramáticas. Sería una estupidez no darme ese gusto cuando se presenta la oportunidad. En esta habitación hay muerte.

Supongo que debí de dirigir una involuntaria mirada a mi alrededor, pues Wolfe siguió:

—No hay ningún cadáver; no me refiero a la muerte ya realizada, sino a la muerte que espera. Esperándome sólo a mí, o a todos; no lo sé. Esta mañana está aquí. Mientras yo me encontraba arriba, con las plantas, Fritz me subió esta nota.

De un bolsillo sacó un papel, que me tendió. Decía:

> *Querido señor Wolfe:*
>
> *La semana pasada, en su casa, el señor Goodwin tuvo la bondad de regalarme dos orquídeas sumamente bellas. ¿Sería un atrevimiento muy grande pedirle siete u ocho más? ¡Eran tan encantadoras! El dador esperará la respuesta. Le doy por anticipado mis más efusivas gracias por su generosidad.*
>
> *Sarah Barstow*

—No parece escrito por ella —dije.

—Tal vez no. Tú la conoces mejor que yo. Recordé las *Brassocattlaelias Truffautianas* que traía en la mano cuando bajó de arriba, contigo. Theodore y yo cortamos una docena y las metimos en una caja. Fritz las bajó. Cuando a las once entré en el despacho y me senté a esta mesa, noté un olor extraño en el aire. Recordé la visita, y llamé a Fritz. Me explicó que el joven que había traído la carta llevaba en la mano un maletín de fibra. Al marcharse aún lo llevaba, pero durante casi diez minutos se quedó solo en el vestíbulo y la puerta que conduce aquí estaba abierta. —Wolfe suspiró—. ¡Y la señorita Barstow no escribió la carta!

Me puse en pie de un salto y corrí hacia él, gritando:

—¡Salga de aquí! —movió negativamente la cabeza—. ¡Vamos! —exigí—. Yo puedo saltar y usted no. ¡Salga inmediatamente! Yo estoy acostumbrado a jugar con bombas. ¡Fritz! ¡Fritz! ¡Fritz! —el llamado llegó corriendo—. ¡Llene el fregadero de agua! ¡Hasta los bordes! Señor Wolfe, por el amor de Dios, salga de aquí. Puede estallar de un momento a otro. Yo daré con ella.

Oí a Fritz, en la cocina, dejando correr el agua. Wolfe no quería moverse, y bien sabe Dios que yo no era capaz de moverle. Amenazándome con un dedo,

dijo:

—¡Por favor, Archie, déjate de eso! No toques nada. No hay ninguna bomba. Se oye el tic-tac del reloj o el silbido de la mecha al quemarse, y, a pesar de mis excelentes oídos, no oigo nada de eso. Además, el señor Kimball no ha tenido tiempo de encargar la construcción de una buena.

Y una mala no la habría utilizado. No se trata, pues, de bomba alguna. He reflexionado y creo tener ya la solución. Recuerda que, cuando estuvo aquí, el señor Kimball no me vio hacer más que un movimiento digno de llamarse así.

Me vio abrir el cajón y meter dentro la mano. Si a ti eso no te sugiere nada, estoy seguro de que a él sí. Ya veremos.

Me eché encima de Wolfe, pues creí que iba a abrir el cajón, pero con un ademán me hizo retroceder. No hacía más que ponerse en pie.

—Tráeme mi bastón rojo —pidió—. ¿Quieres hacer lo que te pido?

Fui al vestíbulo, recogí el bastón y regresé al despacho. Wolfe se movía alrededor de la mesa. Acercó donde él estaba las botellas de cerveza y el vaso.

—Y ahora haz lo que yo te diga. Primero cierra la puerta. Así. Coge el bastón por la contera. Con el mango tira del cajón. Procura abrirlo poco a poco, y dispuesto a retirar lo más de prisa posible el bastón, por si se te ocurre utilizarlo para algo. Empieza.

Con la curva del bastón cogí el cajón por abajo. Traté de abrirlo poco a poco, pero encontré mucha resistencia. Aumenté la tensión y de pronto se abrió casi treinta centímetros, estando yo a punto de caer. Aseguré bien, en mis manos, el bastón y lancé un grito.

—¡Mire!

Wolfe tenía una botella de cerveza en cada mano. Estrelló una de ellas contra la mesa, pero falló a la bestia que había salido de dentro del cajón. Salía a toda velocidad, y tenía la cabeza casi en el borde de la mesa, mientras la cola seguía aún dentro del cajón. Empecé a descargar bastonazos para alcanzarla en la cabeza, pero no había manera de conseguirlo, a causa de la velocidad con que esquivaba. Disponíame a saltar hacia atrás y arrastrar a Wolfe, cuando, de pronto, él disparó la segunda botella sobre el centro mismo de la repugnante cabeza, que quedó aplastada por completo. El largo cuerpo se retorció sobre la mesa, pero ya estaba listo.

La segunda botella había reventado, también, y estábamos los dos cubiertos de cerveza. Wolfe retrocedió unos pasos y empezó a enjugarse el sudor. Le tendí el bastón.

—*Nom de Dieu!*

Era Fritz, horrorizado.

Wolfe asintió:

—Sí, Fritz, hemos armado un estropicio enorme. Lo siento.

CAPÍTULO XVI

—FEr-de-lance? —pregunté, asombrado.

—Sí, *fer-de-lance*. *Bothrops atrox*. Una de las víboras más temidas.

Con mi ayuda, Fritz había recogido los destrozos. Después sirvió el almuerzo. Cuando la serpiente hubo terminado de retorcerse, la extendí en el suelo de la cocina, para medirla. Dos metros justos. Por el centro era tan gruesa como mi muñeca. Era de un tono amarillento sucio, y aun muerta resultaba amenazadora. Después de medirla me levanté y la toqué con la vara de medir, preguntándome lo que Wolfe iba a hacer con ella. ¿La tiraría al río?

—No, Archie —respondió Wolfe, después de comunicarle mi idea—. Eso sería un sacrilegio. Con cartón y papel de embalaje haz un buen paquete con la serpiente y envíala a Manuel Kimball. Fritz puede llevarla a Correos. El señor Kimball, hijo, se sentirá libre de un peso enorme.

Después de hacer esta operación volví al despacho, esperando a María Maffei, a quien Wolfe había hecho llamar por teléfono.

—Este bicho es oriundo de América del Sur.

Wolfe estaba sentado en su sillón, con los ojos medio entornados. No le disgustaba que hubiera sido un golpe el que acabara con la serpiente, aunque expresó el profundo pesar que le había producido malgastar la cerveza.

—En el cuerpo de Barstow encontraron veneno de serpiente —dijo.

—Sí. En cuanto la autopsia se hizo difícil debiera de haberse sospechado. La aguja debía de estar bien bañada en veneno. Con paciencia podremos descubrir muchas cosas. ¿Hay en algún sitio de la finca de los Kimball un pozo donde Manuel hubiera podido tener a su *fer-de-lance*, tirándole ratas muertas como alimento? ¿Extrajo él mismo el veneno, haciéndola morder la pulpa de una

banana? No lo creo. ¿Tiene algún amigo que le envió el veneno? Más probable. Acaso el mismo que trajo aquí la serpiente. Puede que Manuel tuviera preparado ya desde hace tiempo ese animalito para hacerlo actuar si la mecánica fallaba. Sin duda lo había pedido y al traérselo decidió dejar para más adelante la venganza y utilizarlo para salvaguardar su persona. En este momento se encuentra sin nada. La venganza seguirá esperando. Manuel Kimball no es un impulsivo. Si las circunstancias le pusieran en una situación desesperada, obraría con desesperación, mas no impulsivamente… Pero la señorita Maffei llegará dentro de una hora y tienes que arreglarlo todo para entonces. Tu cuaderno de notas.

Me senté ante mi mesa, y Wolfe me estuvo dictando, sin detenerse, durante veinte minutos. A los dos minutos empecé a sonreír y no dejé de hacerlo hasta el fin. Era magnífico e impecable. No quedaba detalle suelto. Incluso aceptaba la posibilidad de que María Maffei se negara a colaborar con nosotros, o fuese incapaz de convencer a Ana; en tal caso la acción sería casi la misma, aunque los personajes cambiarían un poco. Wolfe había telefoneado a Burke Williamson, propietario de varios hoteles, y logró de él que nos proporcionara el escenario requerido. Saúl Panzer se presentaría a las seis para recoger el sedan y sus instrucciones. Cuando Wolfe hubo acabado de dictar, todo estaba tan claro, que sólo tuve que preguntar un par de cosas. Las pregunté, repasé lo escrito, y mientras tanto, Wolfe seguía sentado en su sillón, lleno de cerveza y fingiendo que no estaba satisfecho de sí mismo.

—Está bien, reconozco que es usted un genio —dije—. Si sabe algo, esto sin duda alguna se lo hará decir.

Wolfe movió afirmativamente la cabeza.

María Maffei llegó a la hora en punto. Yo la esperaba en la ventana, y acudí a la puerta antes de que Fritz saliera de la cocina. Vestía de negro y creo que, de encontrarla en la calle, no la hubiera conocido. Estaba tan impuesto del plan de Wolfe que la recibí con una sonrisa que guardé enseguida, pues la mujer no estaba para buenos humores. Representaba diez años más que la última vez que la había visto.

La acompañé al despacho y le ofrecí un sillón, frente al que ocupaba Wolfe.

La mujer cambió unos saludos con Wolfe y dijo:

—Supongo que querrá usted dinero.

—¿Dinero, por qué? —preguntó Wolfe.

—Por haber encontrado a mi hermano. Usted no le encontró. Ni tampoco la

Policía. Le encontraron unos niños. No le daré ni un céntimo.

—No había pensado en eso, señorita Maffei. Lamento que lo haya usted sacado a relucir. Me hace tener pensamientos sórdidos. Pero, de momento, olvidémoslo; no me debe usted nada. Pero deje que le haga una pregunta que para usted será muy dolorosa: ¿Vio el cadáver de su hermano?

—Sí —contestó lenta y serenamente.

—¿Vio la herida que tenía en la espalda? ¿La herida abierta por el cuchillo del asesino?

—Sí.

—Bien. Y si hubiese alguna posibilidad de descubrir al hombre que hundió el cuchillo en el cuerpo de su hermano, ¿me ayudaría usted?

En los apagados ojos de María Maffei brilló el odio.

—Le daría a usted todo el dinero que tengo.

—Lo sospechaba. Pero olvidemos eso, de momento. La ayuda que necesito es de otra clase. El hombre que asesinó a su hermano es buscado por mí, y por otras personas, por otro crimen, mucho más sensacional y no menos lamentable. Sé quién es, pero me hace falta su ayuda…

—¿Sabe usted quién es? ¡Dígamelo! —María Maffei se había inclinado hacia delante, con ansiosa mirada.

Wolfe agitó un dedo.

—Calma, señorita Maffei. Debe usted delegar en otros su venganza. Recuerde que en los países civilizados la venganza se logra a través de complicados organismos que nos permiten evitar la responsabilidad personal. Sigamos. Usted puede ayudarme. Usted debe confiar en mí. El marido de su amiga Fanny, el señor Durkin, puede decirle que yo soy un hombre en quien se puede confiar. Además, él también ayudará. Quiero hablar con la señorita Ana Fiore, la criada de la casa de huéspedes donde vivía su hermano. La conoce usted, ¿verdad?

—Claro.

—¿Confía ella en usted?

—No sé. Es de las que ocultan sus sentimientos.

—Bien. ¿Podría usted ir esta noche en mi automóvil y persuadir a la señorita Fiore para que la acompañe a dar un largo paseo? Dele cualquier excusa.

María Maffei miró, pensativa, a Wolfe.

—Me acompañará… Tendré que pensar…

—Tendrá usted tiempo para ello. Prefiero dejar en sus manos el inventar la

excusa; si es idea suya, la usará mejor. Pero eso es lo único que usted debe hacer por su propia iniciativa; uno de mis hombres conducirá el auto; en todo lo demás, debe usted atenerse exclusivamente a mis instrucciones. O, mejor dicho, a las instrucciones del señor Goodwin. —Wolfe apoyó las manos en el borde de la mesa y se puso en pie—. Perdone que la deje, señorita. Es la hora que dedico a mis plantas. Tal vez cuando usted y el señor Goodwin hayan terminado pueda usted subir a ver mis orquídeas.

No hice subir a María Maffei a ver las orquídeas. Cuando acabé de explicarle el plan eran casi las cinco, y tenía aún muchas cosas que hacer. Decidimos que lo más conveniente era que ella fuese a ver a Ana y lo arreglara todo. La acompañé hasta la calle, la hice subir a un taxi y la vi alejarse hacia Sullivan Street.

A continuación preparé mis detalles. Tenía que disponer el cuchillo y los antifaces, los revólveres y arreglarme con el garaje para alquilar un coche, puesto que no podíamos correr el riesgo de que Ana reconociese nuestro auto. Después tenía que ponerme en contacto con Bill Gore y Orrie Cather. Fui yo quien los propuso y Wolfe dio el visto bueno. Ya había avisado él mismo a Durkin para que se presentara a las siete.

Lo tuve todo dispuesto, pero sin que me sobrase ni un minuto. A las seis y media cené apresuradamente en la cocina, mientras Wolfe estaba en el despacho, con Saúl Panzer. Al salir, Saúl asomó su asquerosa cara por la cocina y me dijo:

—Saboréala y recréate bien, que tal vez sea tu última cena.

Como tenía la boca llena me limité a lanzar unos cuantos gruñidos.

Bill Gore y Durkin llegaron a su debido tiempo, y Orrie se retrasó muy poco. Les expliqué lo que se debía hacer, y obligué a Orrie a que ensayara varias veces, pues de él dependía gran parte de la acción. Hacía dos años que no trabajábamos juntos, y el verle retorcer los labios buscando un sitio donde lanzar un chorro de jugo de tabaco me hizo rememorar tiempos pasados.

Wolfe estaba aún cenando cuando, poco antes de las ocho, salimos todos. En el garaje me alquilaron un sedan «Buick», negro, con cuatro ruedas y un motor, pero que no podía compararse a nuestro auto. Orrie se instaló delante, conmigo, y Bill Gore y Durkin sentáronse atrás. Me dije que era una lástima que no fuésemos bandidos de veras, pues con aquellos tres pájaros me comprometía a atracar a quien fuese.

Dirigí el coche a casa de los Williamson, que conocía muy bien por mis viajes a ella unos años antes. El tráfico nos entretuvo un poco. Dejé a mis compañeros en el coche y llamé a la puerta. Tanzer, el mayordomo, me

recordaba y nos estrechamos las manos. Le dije que sólo quería hablar un momento con su jefe. Durke Williamson acudió enseguida, me estrechó también la mano y lamentó que hiciera tanto tiempo que no nos veíamos.

—Me he retrasado un poco, señor Williamson —dije—. He venido sólo a asegurarme de que todo está en orden. ¿No anda suelto ningún criado? ¿No habrá por los alrededores cazadores de gusanos de luz? ¿Podemos seguir adelante?

—Todo está dispuesto —rió—. Nadie les estorbará en sus siniestros manejos. Por cierto que todos nos morimos de curiosidad. ¿No podríamos escondernos detrás de unos matorrales para ver lo que ocurre?

Moví negativamente la cabeza.

—Es mejor que se estén en casa. No nos veremos, pues tengo que salir a toda prisa. Wolfe le telefoneará mañana, supongo que para darle las gracias.

—Que no se moleste. Nunca haré bastante para merecer que Nero Wolfe me dé las gracias.

Volví al coche y descendí la colina en cuya cúspide se levantaba la casa de los Williamson. Tenía ya elegido el sitio, a mitad de la ladera, a unos trescientos metros de la carretera general, lugar cubierto de matorrales y árboles. El camino era bastante estrecho para poderlo bloquear cruzando el auto.

Puse debidamente el sedan, apagué los faros y todos bajamos. Eran cerca de las diez y nuestra presa se presentaría a las diez y cuarto. Repartí las armas y entregué a Orrie el cuchillo. Luego pasé los antifaces. Formábamos un grupo de siniestro aspecto, y no pude menos de sonreír ante las feroces muecas de Orrie. A pesar de ello estaba muy preocupado, pues era preciso que la cosa saliera bien. Hice algunos ensayos más, y seguro de que todos sabían bien sus papeles, nos repartimos por entre los matorrales. La oscuridad era completa. Mis compañeros empezaron a llamarse unos a otros, y pronto tuve que llamarlos al orden, para que callasen y pudiera yo escuchar.

Al cabo de un par de minutos oí el zumbido del sedan de Wolfe. Los arbustos me impedían ver las luces del auto, pero no tardé en percibirlas. Un momento después vi el coche, cuyo conductor, al ver el nuestro atravesado en el camino, aminoró la marcha. Saliendo de entre los matorrales me precipité al estribo del sedan de Wolfe y puse mi revólver en las narices de Saúl Panzer, que hacía de chófer.

Los demás me imitaron. Bill Gore estaba a mi lado, sobre el estribo, metiendo la pistola por la ventanilla. Orrie, con Durkin, estaban abriendo la

portezuela del auto. María Maffei chillaba a todo pulmón. Ana no decía ni palabra.

—¡Pronto, fuera de aquí! —ordenó Orrie—. ¡Vamos! ¿Quieren que les haga un agujero?

Ana bajó y quedó inmóvil junto al vehículo. Bill Gore obligó a bajar a María Maffei, mientras Orrie ordenaba:

—¡Cierre el buzón de una vez! —Luego me dijo a mí—: Si el del volante dice algo te lo cargas. Apaga las luces.

Bill Gore anunció:

—Ya tengo la bolsa. Está bien llena.

—¿De quién es?

—De ésta.

—Bueno. Guárdala y haz que no chille. Si vuelve a vocear la dejas seca. —Orrie se volvió hacia Durkin—. Tú, sostén a ésta mientras le enfoco una luz.

Durkin sujetó por atrás a Ana, mientras Orrie le enfocaba una linterna eléctrica a la cara. Ana estaba pálida y tenía los dientes muy apretados. Sin embargo, no había soltado ni un chillido. Orrie la miró un momento y por fin exclamó:

—¡Eres tú! ¡Por fin te tengo! Conque vas diciendo a todo el mundo que Carlo Maffei recortaba cosas de los periódicos y hablaba por teléfono, ¿eh? ¡Pues no volverás a hacerlo! El cuchillo que sirvió para acabar con Carlo Maffei servirá para acabar contigo. Dale saludos de mi parte.

Enarboló su largo cuchillo e hizo brillar la hoja contra el haz luminoso de su linterna. Lo hizo maravillosamente. María Maffei lanzó un grito y precipitóse sobre él, dando mucho trabajo a Bill Gore para contenerla. Entretanto, Durkin apartó a Ana Fiore de Orrie, diciendo:

—¡Eso no! ¡Dijiste que no lo harías!

Orrie dejó de esgrimir el cuchillo y volvió a enfocar la linterna sobre Ana.

—Está bien. —Pudo poner acento de sed de sangre—. ¿Dónde está la bolsa? Ya te arreglaré más tarde. Vamos, no te quedes ahí moviendo la cabeza. ¿Dónde están los cien dólares que te envié? ¿No? Sostenla, la voy a registrar.

Orrie llevó las manos a las medias, y Ana se convirtió en un gato salvaje. Logró soltarse de Durkin y pegó un grito que tuvo que oírse en White Plains. Orrie la agarró de un brazo, rasgándole toda una manga; Durkin volvió a apresarla, y la chica, al ver que no podría escapar, dio una exhibición de puntapiés y mordiscos digna de verse. Por fin Durkin logró inmovilizarla algo,

pero Orrie no tuvo más remedio que rasgarle las medias, pues en cuanto alguna mano llegaba hasta allí, la chica se retorcía como una anguila. Hice que Saúl apartara el auto para que el nuestro pudiese pasar, metimos a las dos mujeres dentro de su coche, y Orrie gruñó a Ana:

—Guardaste mi dinero, ¿eh? No lo quemaste. La próxima vez aprenderás a callar mejor.

Puse en marcha el «Buick» y nos dirigimos a la carretera. Al alejarnos oí los chillidos de María Maffei, pero no percibí la voz de Ana.

Bill Orrie, en el asiento trasero, reía hasta ahogarse. Orrie, que estaba a mi lado, no decía absolutamente nada.

—¿Cogiste el dinero? —le pregunté.

—Sí. No parecía muy alegre. Creo que lo guardaré hasta averiguar si Nero Wolfe nos tiene asegurados contra accidentes.

—¿Qué se te llevó la chica?

—Me mordió dos veces. Ni que hubiera querido quitarle los ojos. Si me llegas a decir que iba a tenérmelas que ver con un tigre, te digo que estoy ocupado.

Bill Gore se echó a reír otra vez.

Me dije que la comedia se había representado bien. Wolfe no podía pedir nada mejor. Mi único temor había sido que Ana se asustase tanto que se diera por satisfecha con haber salido con vida del trance y no quisiera despegar los labios. Pero, después de lo ocurrido, no era probable que ocurriera semejante cosa. Ahora lo único que faltaba por averiguar era, ¿qué sabía Ana, y cuándo podríamos hacerla hablar? ¿Se realizaría el programa de Nero Wolfe tal como él lo había preparado?

Como no me fiaba mucho de la reacción de Manuel Kimball al recibir el regalo que él había enviado a Wolfe, al salir de casa había ordenado a Fritz que corriese los cerrojos y por ello tuve que llamar para que me abrieran.

Era cerca de medianoche, pero Fritz acudió enseguida.

Wolfe estaba en el despacho, comiendo pastelillos y señalando ejemplares en el catálogo de Hoehn. Esperé a que levantara la cabeza y cuando lo hizo me preguntó:

—¿Todo ha ido bien?

Asentí:

—Sí, pero a Orrie Cather le soltó un par de mordiscos terribles. También mordió a Durkin. Es una fiera. La comedia salió estupenda. Subo a vestirme para

el segundo acto. ¿Puedo tomar un vaso de leche?

—Bueno —y Wolfe volvió a su catálogo.

Subí a ponerme el pijama y la bata, y cuando acabé la leche, oí, frente a la casa, la voz de Saúl Panzer y luego la de María Maffei. Encendí un cigarrillo.

Permanecí allí casi media hora. Oí cómo Fritz les abría la puerta, y sus voces en el vestíbulo, mientras pasaban en dirección al despacho; luego no pude ya oír nada más. Empecé a temer que las cosas no salieran como se habían previsto, o que Wolfe quisiera trabajar sin mí. Por fin oí pasos que se acercaban, y Fritz me anunció, desde el otro lado de la puerta, que Wolfe me necesitaba en el despacho. Aguardé el tiempo lógico para despertarme y ponerme la bata, me despeiné un poco, y pasados unos instantes bajé.

Wolfe estaba sentado frente a su mesa. María Maffei ocupaba un sillón, ante él, y Ana otro junto a la pared. Ana era un verdadero cuadro, con una manga desgarrada, una pierna desnuda, la cara sucia, y el cabello en desorden.

—¡Señorita Maffei! —exclamé—. ¡Ana! ¿Quién les ha soltado los perros?

Wolfe agitó un dedo en mi dirección.

—Archie, siento molestarte. La señorita Maffei y la señorita Fiore han sido víctimas de un atraco. Se dirigían al campo, a visitar a la hermana de la señorita Maffei, y, de pronto, fueron asaltadas. Su auto fue detenido; las trataron sin ninguna cortesía y las robaron. A la señorita Maffei le robaron el monedero y sus anillos. La señorita Fiore fue despojada del dinero que nos enseñó y que ganó con tanto esfuerzo.

—¡Imposible! —exclamé—. ¿Es verdad, Ana, que se lo quitaron?

—Él me lo robó —contestó la muchacha.

Wolfe movió afirmativamente la cabeza.

—La señorita Fiore tiene la impresión de que el hombre que le arrebató el dinero fue el mismo que se lo envió. Le he aconsejado, y también a la señorita Maffei, que vayan a avisar enseguida a la Policía, pero no creen que sea conveniente. La señorita Maffei desconfía, por principio, de la Policía. Y en cuanto a la señorita Fiore, cree que nosotros, mejor dicho, cree que tú estás capacitado para ayudarla. Claro que en estos momentos, tal como vas, no estás en condiciones de salir a cazar a los ladrones. El lugar del suceso está a cincuenta kilómetros de aquí. ¿Se te ocurre algo?

—¡Es terrible! —exclamé—. ¡Y, mientras tanto, yo durmiendo tranquilamente! Cuando quiera ir al campo, Ana, avíseme, y la acompañaré. Si hubiera ido con usted no hubiera ocurrido nada. De todas formas, no creo que el

hombre que le robó el dinero fuese el mismo que se lo envió. Aquél mata a la gente y la hubiera asesinado a usted.

—¡Me quería matar! —replicó la muchacha—. ¡Tuve que morderle!

—¡Magnífico! Ya ha visto, Ana, lo que ocurre cuando se quiere jugar limpio con un hombre malo. Hubiera valido más que quemase aquel dinero y aceptara el del señor Wolfe. Así, aún lo tendría. Ahora lo ha perdido y le han roto el traje y las medias. ¿Le hizo daño?

Ana movió negativamente la cabeza.

—No. ¿Podría usted detenerle?

—Puedo probar. Si supiese dónde buscarle…

—¿Me lo devolvería?

—¿Su dinero? ¡Claro!

Ana clavó la vista en su desnuda pierna, y su mano se posó en el lugar donde habían estado los billetes. María Maffei fue a decir algo, pero Wolfe la hizo callar. Ana miraba aún la pierna cuando dijo:

—Tengo que desnudarme.

Wolfe fue más listo que yo y comprendió enseguida el significado de estas palabras.

—¡Desde luego! Archie, enciende las luces del salón. ¿Quiere usted acompañar a la señorita Fiore, señorita Maffei?

Ana y María pasaron al salón. Al cabo de unos quince minutos se abrió la puerta y yo me incorporé de un salto. Ana entró en la habitación, llevando un trozo de papel en la mano; la desgarrada manga estaba arreglada con unos alfileres.

La chica se acercó a mí y me tendió los papeles, murmurando:

—Tenga, señor Archie.

Le habría dado unas cuantas palmadas en la espalda, pero comprendí que se echaría a llorar. Por lo tanto me limité a aceptar los papeles y las dos mujeres se sentaron cada una en su sillón. Los papeles iban dentro de un sobre de papel Manila, que tendí a Wolfe. Pero éste lo rechazó, indicándome que lo abriera yo. No estaba sellado. Abrí el sobre y dejé su contenido encima de la mesa.

La colección era muy abundante. Wolfe y yo empleamos bastante tiempo en repasarla. En ella figuraba el recorte relativo a la muerte de Barstow, que Maffei había sacado del *Times* del cinco de junio. Una serie de dibujos en hojitas distintas, exactos y cuidadosamente trazados, representando dos muelles, un disparador y una serie más de complicaciones. Uno de ellos representaba el

mazo de un palo de golf. Otro era el recorte de un huecograbado de un periódico dominical, presentando la fotografía de Manuel Kimball de pie junto a su avión. El epígrafe, con su nombre, comentaba la popularidad que había alcanzado la aviación entre los jóvenes de Westchester. Escrito con lápiz se leía: «El hombre para quien arreglé el palo de golf. Ver dibujos. 26 de mayo de 1933. Carlo Maffei». También encontré un billete de diez dólares oro, y en él se veían, escritas con un lápiz de mina gruesa y aplanada, las firmas de cuatro personas: Sarah Barstow, Peter Oliver Barstow, Lawrence y Manuel Kimball. Ocupaban casi todo un lado del billete.

—¡Pobre Carlo Maffei! —me dijo al oído Wolfe—. Parece mentira que uniese la previsión de guardar todo esto a la locura de acudir a aquella cita. Sólo nosotros nos aprovechamos de su previsión; él mismo pagó su locura. —Y en voz más alta—: Señorita Maffei, ha perdido usted su monedero, pero ha conseguido los medios de acallar su sed de venganza. El asesino de su hermano es ya conocido, y en nuestras manos están las armas para su castigo. Usted, señorita Fiore, recobrará su dinero. Le prometo que el señor Archie se lo obtendrá. Y ahora le ruego que me explique cuándo le entregó todo esto el señor Maffei.

No puede decirse que Ana se mostrara locuaz a las preguntas de Wolfe, pero respondió a todo. Mi jefe obtuvo lo que deseaba, y yo lo fui escribiendo. Había visto el palo. Durante muchos días. Carlo le prohibió que entrara en su cuarto mientras él trabajaba. Luego guardó cerrado el cuarto ropero; pero una noche, mientras él estaba fuera, Ana probó de abrir la puerta y lo consiguió, sin encontrar otra cosa que un insignificante palo de golf en proceso de construcción. Al volver a casa, Maffei se dio cuenta de que el palo no estaba como él lo había dejado, y se alteró tanto que llegó a jurar a Ana que le cortaría la lengua si algún día llegaba a mencionarlo. Esto era todo cuanto ella sabía del palo. El sobre le fue entregado el cinco de junio, o sea el mismo día en que Carlo desapareció. A eso de las siete, después de haber hablado por teléfono, Carlo Maffei la había llamado a su cuarto y le entregó el sobre. Le dijo que se lo pediría otra vez a la mañana siguiente, pero en caso de que no volviera, debía entregarlo a María Maffei.

Cuando Ana explicó esto, María entró en actividad. Saltó de la silla y fue a precipitarse hacia la muchacha. Quise impedirlo, pero la voz de Wolfe fue más rápida y eficaz que yo.

—¡Señorita Maffei! —señaló con el dedo—. Siéntese. Le digo que se siente.

Gracias. Su hermano estaba ya muerto. Ahorre su furia. Después de tirar de los pelos a la señorita Fiore, querrá usted saber por qué no le entregó el sobre. Tal vez pueda yo ahorrarle el embarazo de la respuesta. No sé si su hermano le dijo a la señorita Fiore que no abriera el sobre. En todo caso, ella lo abrió, encontrando el billete de diez dólares; lo tenía en su poder… Señorita Fiore, ¿cuál ha sido la mayor cantidad de dinero que había tenido usted en sus manos antes de que Carlo Maffei le entregase el sobre?

—No sé —murmuró Ana.

—¿No tuvo usted, nunca, antes, diez dólares? —pregunté.

—No, señor Archie.

—¿Y cinco?

Ana movió negativamente la cabeza.

—La señora Ricci me da un dólar a la semana.

—¿Y con eso se compra su ropa y zapatos?

—Claro.

Levanté las manos al cielo. Wolfe dijo:

—Usted y yo, señorita Maffei, podemos estar sujetos a tentaciones, pero sus límites nunca serán tan reducidos. Seguramente la señorita Fiore habría acabado entregándole el sobre con su contenido, pero en el correo de una mañana le llegó otro sobre, en el cual se le ofrecía un mundo ilimitado. Ana perdió, o venció, no podemos saberlo. En todo caso, allí termina la lucha. Y ahora, señorita Maffei, haga lo que le voy a decir y no cometa ningún error. Lleve a casa de usted a la señorita Fiore, y manténgala allí. Su chófer la espera fuera. Dígale a su señor que se trata de una sobrina suya que ha venido a visitarla. Dé la explicación que quiera, pero conserve a salvo a la muchacha hasta que yo le diga que ha pasado el peligro. ¿Me ha entendido usted, señorita Fiore?

—Haré lo que el señor Archie diga.

—Bien. Archie, las acompañarás y explicarás lo que deben hacer. Será sólo por un par de días.

Subí a guardar la bata, y a vestirme para salir a la calle.

CAPÍTULO XVII

CUANDO volví de acompañar a las dos mujeres al piso de la Park Avenue, donde María Maffei trabajaba como ama de llaves, el despacho estaba a oscuras. Wolfe estaba arriba. Sobre mi mesa había una nota:

> *Archie, averigua por qué contribuyó la señorita Barstow a mutilar un billete de los Estados Unidos.*
>
> *N. W.*

Cuando subí a mi cuarto, a acostarme, eran las dos de la madrugada.

A la mañana siguiente lloviznaba, pero no lo consideré cosa de importancia. Almorcé concienzudamente y advertí a Fritz que conservara echados todos los cerrojos y no abriese a nadie mientras yo estuviera fuera. Después me puse un largo impermeable y un sombrero encerado y, silbando, me dirigí al garaje. Una de las cosas que más me alegraron fue leer en los periódicos la noticia de que las autoridades de White Plains estaban a punto de decidir que la muerte de Peter Oliver Barstow era debida a la accidental mordedura de un reptil, y que todo lo demás eran simples accidentes y pura coincidencia.

Desde la parte alta de la ciudad telefoneé a casa de los Barstow. Cuando llegué allí, a eso de las nueve y media, Sarah Barstow me estaba ya esperando.

En los cuatro días que llevaba sin verla se habían verificado asombrosos cambios en ella. Caminaba más erguida, tenía más color en las mejillas y la inquietud había desaparecido en sus ojos. Me explicó que su madre estaba ya bien, y que el doctor Bradford opinaba que no volvería a recaer. Luego me preguntó si me apetecía un vaso de leche.

—No, gracias —sonreí—. Como le dije por teléfono, señorita, la de hoy es una visita de negocios. ¿Recuerda que la última vez fue de cumplido? —Saqué un sobre y de su interior el billete de diez dólares, que entregué a Sarah—. Nero Wolfe —dije— desea saber qué excusa nos da usted por estropear así el dinero de nuestra nación.

De momento la joven lo miró intrigada; luego sonrió y, por fin, pasó por su rostro la sombra del recuerdo de su padre.

—¿Dónde… dónde ha podido encontrarlo?

—Nos lo dio un pajarito. ¿Cómo es que aparecen aquí estos nombres? ¿Escribió usted el suyo?

Sarah asintió.

—Sí, todos lo hicimos. Creo que ya le dije que el año pasado Larry y Manuel jugaron un partido de tenis, y mi padre y yo actuamos de árbitro y juez de línea. Habían hecho una apuesta, y Larry pagó al señor Kimball con un billete de diez dólares. El señor Kimball quiso que todos firmáramos sobre el billete, para guardarlo como recuerdo. Estábamos sentados en la terraza…

—¿Y Manuel Kimball guardó el billete?

—Claro. Lo había ganado.

—¿Y es éste?

—Desde luego. Aquí están nuestras firmas. Señor Goodwin, ya sé que soy muy curiosa, pero dígame cómo ha llegado a sus manos.

Recogí el billete y lo guardé con todo cuidado dentro del sobre. No el de Carlo Maffei sino uno corriente, con un clip a fin de que el dinero no fuera de un lado a otro y las firmas se borraran más de lo que estaban.

—Lo siento, señorita. La curiosidad puede esperar. No tendrá que aguardar mucho. Y ahora, no se ofenda si le digo que está usted muy guapa. Cuando la vi entrar sentí deseos de pellizcarle las mejillas.

—¿Cómo? —me miró fijamente y luego se echó a reír—. ¡Pero si eso es un piropo!

—Lo es. ¡Si supiera usted cuántas son las mejillas que por nada del mundo pellizcaría! Adiós, señorita Barstow.

Nos estrechamos las manos, mientras ella seguía riendo.

Al volver hacia el Sur, a través de la llovizna, iba reflexionando sobre el billete de diez dólares. Los otros tres documentos del sobre de Carlo Maffei eran buenas pruebas de que aquel billete era algo que sólo Manuel Kimball podía haber poseído. ¿Cómo pudo llegar a manos de Carlos Maffei? Sin duda Manuel

lo guardó en su cartera, como recuerdo. Sus pagos a Maffei, por el trabajo con el palo de golf, fueron hechos, sin duda, en una habitación mal alumbrada o en la calle, y el recuerdo del día de tenis fue incluido entre los demás billetes. Probablemente Manuel descubriría más tarde su descuido y exigiría la devolución del billete, devolución que Maffei evitaría diciendo que lo había gastado sin darse cuenta. Esto debió de despertar las primeras sospechas de Manuel con respecto al italiano, y explicaba que Carlo hubiera descubierto el significado de la muerte de Barstow, cuyo nombre y el de sus dos hijos figuraba en el billete.

Manuel Kimball iba a vivir lo suficiente para lamentar haber ganado aquel partido de tenis.

Cuando llegué a casa no pude detener el coche donde tenía costumbre de hacerlo, porque una enorme *limousine* negra ocupaba el sitio. Después de detener el auto contemplé unos instantes el otro coche, sobre todo el distintivo oficial colocado junto a la matrícula. Me permití una amplia sonrisa y, sólo por divertirme, me dirigí al chófer y le pregunté:

—¿Está dentro el señor Anderson?

El hombre me miró unos segundos antes de decidirse a decir que sí con la cabeza. Siempre con la sonrisa en los labios, subí los escalones y entré en casa.

Anderson estaba con Wolfe, en el despacho. Al entrar hice como si no le viera, y dirigiéndome a Wolfe le dije, tendiéndole el sobre.

—Conforme. En el sobre he anotado la fecha del encuentro.

Movió afirmativamente la cabeza y me ordenó que lo metiera en la caja de caudales. Abrí la pesada puerta y busqué el expediente de Ana. En aquel momento me volví y dejé que mi vista se posara en el fiscal.

—¡Oh! —exclamé—. ¿Es usted? Buenos días, señor Anderson.

Gruñó una indescifrable respuesta.

—Si quieres sacar tu cuaderno de notas, Archie, seguiremos adelante —dijo Wolfe, arrastrando las palabras y haciéndome comprender con ello que cierto abogado iba a enfadarse mucho—. No, no vayas a tu mesa. Acerca un sillón y sé uno de nosotros. Bien. Le estaba diciendo al señor Anderson que la explicación que piensa dar del caso Barstow es un ultraje a la justicia y a la verdad. Y como ambas son muy queridas por mí, es mi deber demostrarle lo inadecuado de resolver así el problema.

A Anderson le dolía el cuello y tenía el rostro congestionado. Dirigiéndose a Wolfe dijo:

—Puede usted decirse a su segundo que guarde el cuaderno de notas. Si sigue opinando de esa forma, es usted mucho más tonto de lo que creía.

—Anota todo eso, Archie —indicó Wolfe—. Señor Anderson, veo que juzga usted mal la situación. No le creí tan obtuso. Por teléfono le di varias alternativas a elegir, y usted prefirió venir a verme. Estando en mi casa, tengo por costumbre obrar como mejor me parezca. Y si a usted no le gusta no tiene más que marcharse. Si se va, mi actuación será la que le dije. Dentro de veinticuatro horas, el señor Goodwin se dirigirá a su oficina de White Plains. Detrás de él, en otro auto, irá un surtido completo de periodistas. A su lado llevará al asesino de Peter Oliver Barstow y Carlo Maffei; en su bolsillo guardará las pruebas evidentes de la culpabilidad del asesino…

—¿Carlo Maffei? —interrumpió Anderson—. ¿Quién diablo es?

—Era, señor Anderson. Ya no es. Carlo Maffei era un orfebre italiano que fue asesinado en el territorio de su jurisdicción el lunes, cinco de junio, por la noche. Murió apuñalado por la espalda. Seguramente el caso está en su oficina.

—¿Y qué? ¿Qué tiene que ver eso con Barstow?

—Pues que fueron asesinados por el mismo hombre.

—Ciertamente, Wolfe, creo que está usted algo loco.

—No pienso yo así —suspiró Wolfe—. Hay momentos en que me alegraría serlo a fin de huir de las pequeñas responsabilidades de la vida. Pero volvamos a nuestro asunto. ¿Ha traído usted su libro de cheques?

—¿Y qué, si lo he traído?

—Pues que le será más fácil extender un cheque, a mi nombre, por diez mil dólares.

Anderson no replicó. Clavó la vista en Wolfe, y éste la sostuvo, suspirando. Al fin, Anderson dijo, suavemente:

—No lo encuentro muy razonable. Supongo que no querrá sacármelos por la fuerza.

—¡No, de ninguna manera! Le aseguro que me disgusta la violencia física. Pero usted no se da cuenta de la situación. Deje que se la explique. La cosa viene de cuatro años atrás, del olvido de que hizo usted gala en el caso Goldsmith. Lamenté mucho que aquello sucediese y decidí que, en el momento oportuno, le sería a usted recordado. Hace dos semanas llegaron a mi poder informes que me ofrecían la posibilidad de hacerle otro favor, pero, recordando el caso Goldsmith, pensé que la delicadeza de usted le impediría aceptar mi ayuda. Por ello ofrecí

venderle la información por una suma adecuada. Y usted respondió con una contraoferta tan mísera que me avergüenza recordarla.

—Ofrecí un sueldo elevado…

—¡Por favor, señor Anderson! No nos metamos en absurdos. —Wolfe echóse hacia atrás y cruzó las manos sobre el vientre—. El señor Goodwin y yo hemos descubierto al asesino y hemos logrado las pruebas de su culpabilidad. No pruebas vagas, sino pruebas que presentar al jurado. Eso nos traslada al momento presente. El asesino, como es natural, no me pertenece. Es del Soberano Estado de Nueva York. Hasta los informes que poseo no me pertenecen; si no los comunico al Estado me expongo a ser castigado. Mas puedo elegir el sistema. Primero: usted me entrega ahora su cheque personal por diez mil dólares, esta tarde el señor Goodwin irá a su Banco y hará que se lo certifiquen, y mañana por la mañana le llevará al asesino, se lo señalará y le entregará las pruebas de su culpabilidad. Todo ello de manera ostentosa. O bien, en segundo lugar: procederemos a organizar el desfile hasta su oficina, tal como se lo he descrito: el prisionero, la Prensa y las pruebas, con total ausencia de discreción. Puede usted elegir. Aunque le cueste trabajo creerlo, a mí me tiene sin cuidado, pues a pesar de privarme del placer de recibir su cheque, en cambio satisfaría mi afición a los desfiles.

Wolfe se interrumpió. Anderson le miró silencioso y calculador. Por fin, preguntó:

—¿Cómo puedo saber que sus pruebas son buenas?

—Tiene usted mi palabra, caballero. Es tan buena como mi juicio.

—¿No hay duda posible?

—No habrá duda posible en el jurado.

Anderson pellizcóse los labios, Fritz trajo dos botellas de cerveza, y Wolfe llenó el vaso.

Anderson declaró:

—Los diez mil dólares están fuera de discusión. Cinco mil.

—¡Puf! ¿Se burla usted? Prefiero el desfile. —Y Wolfe se tragó la cerveza.

—Deme las pruebas, dígame quién es el asesino y tendrá el cheque en el momento mismo en que le detenga.

Wolfe lanzó un suspiro.

—Señor Anderson, uno de nosotros ha de tener confianza en el otro —dijo —. No me obligue a decir por qué yo no la tengo en usted.

Anderson probó, por todos los medios, de conseguir una reducción. No podía

oponer más que palabras. Pero se defendió valientemente, empleando sus escasas municiones. Por fin escribió el cheque con el mayor cuidado, como un buen tenedor de libros, llenando la matriz antes de cortarlo. Luego lo dejó sobre la mesa de Wolfe. Éste me indicó, con un movimiento de cabeza, que lo recogiera. Fue para mí un alivio ver que era de un Banco de Nueva York, lo cual me ahorraría otro viaje a White Plains.

Anderson se puso en pie.

—Espero que nunca lamentará eso, Wolfe. Ahora, ¿cuándo y dónde?

—Telefonearé —replicó Wolfe.

—¿Cuándo?

—Dentro de veinticuatro horas. Puede que dentro de doce. ¿Le encontraré en cualquier momento en su casa o en su oficina?

Anderson contestó afirmativamente, y apenas lo hubo hecho dio media vuelta y salió, seguido por mí. Cerré la puerta detrás de él y volví al despacho, tirando un beso al cheque, que descansaba bajo un pisapapeles.

Guardé mi cuaderno de notas, me metí el cheque en el bolsillo y coloqué los sillones en su sitio. Al fin, Wolfe murmuró:

—Archie, cuatro años son muchos años.

—Sí, señor. Y diez mil dólares son muchos dólares. Falta una hora para la comida; iré al Banco a que me lo certifiquen.

—Está lloviendo. Esta mañana he pensado en ti, aventurándote fuera de la ciudad. Llama a un mensajero.

—¡De ninguna manera! Ni por un bidón de leche me pierdo yo la emoción de ver cómo me lo certifican.

Wolfe echóse hacia atrás, murmurando:

—Eres un valiente —y entornó los ojos.

Regresé a tiempo para almorzar. Después de comer, Wolfe, con toda parsimonia, me fue indicando lo que debía hacer: primero, poner a máquina la declaración de Ana Fiore; segundo, hacer sacar fotocopias del contenido del sobre de Carlo Maffei; tercero, ir al piso de la Park Avenue y devolverle a María Maffei su bolso y hacer que Ana firmase la declaración por duplicado, ante testigos; y cuarto, arreglar con Horstman el recoger los bulbos que habían llegado el día antes en el *Cortés*.

—¿No olvida nada? —pregunté.

Movió negativamente la cabeza y continuó sumido en una especie de sopor, durante el cual debió de contestarse a algunas preguntas aún no resueltas.

Pasé muy ocupado el resto de la tarde. Primero fui a un estudio de la Sexta Avenida, para las fotocopias, y no me marché hasta hacerles comprender bien que si se perdía o estropeaba alguno de los originales escaparan por la escalera de incendios al verme volver. Luego volví al despacho a copiar la declaración de Ana. Esto me llevó algún tiempo, pues procuré dejarla lo más redondeada posible. Cuando volví a subir a mi coche, la lluvia había cesado y el cielo se iba despejando, pero el pavimento seguía húmedo.

Después de asegurarme de que María Maffei estaba en casa, me dirigí a la Park Avenue y Ana Fiore firmó su declaración, que María y yo firmamos como testigos.

Tras recoger las fotocopias y dejarlas en casa, estuve ocupado en retirar el cargamento del *Cortés* y luego, hasta la hora de cenar, en escribir cartas a los armadores quejándome de los desperfectos sufridos por los bulbos.

Después de cenar sonó el timbre de la puerta y Wolfe me dijo:

—Pasemos al despacho. Vienen visitas.

Fritz había ido a abrir y los visitantes entraron en el despacho antes que nosotros. No tenía la menor idea de quiénes pudieran ser. Me asombró ver a Fred Durkin, Bill Gore y Orrie Cather. Mi primera sospecha fue que Nero Wolfe creía que me haría falta toda aquella gente para dominar al *fer-de-lance*, como llamaba yo a Kimball. Pero Wolfe me conocía demasiado bien en eso. Saludé a todos con un movimiento de cabeza y sonreí al ver que Orrie llevaba vendada la muñeca izquierda. Ana Fiore tenía muy buenos dientes.

Después que Wolfe se hubo sentado en su sillón, me encargó que tomara un lápiz y una hoja grande de papel y dibujara un plano aproximado de la casa de los Kimball. Expliqué que sólo conocía los alrededores inmediatos de la casa y el aeródromo. Wolfe replicó que era suficiente. Mientras yo dibujaba el plano, Wolfe le decía a Orrie que sacara el sedan del garaje a las seis y media de la mañana, y daba instrucciones a los otros dos para que se reunieran con él allí a aquella hora.

Llevé el plano a Wolfe. Lo examinó un momento y declaró:

—Bien. Ahora dime cómo colocarías a tres hombres si los enviaras a ese lugar para asegurarte de que Manuel Kimball no puede salir sin ser visto y para seguirle.

—¿Escondidos? —pregunté.

—No. Descubiertos.

—¿Cuánto rato?

—Tres horas.

Reflexioné un momento.

—Muy fácil. Durkin en la carretera, frente a la entrada, con el sedan preparado para ponerse en marcha enseguida. Bill Gore entre los arbustos, por aquí desde donde podrá cubrir todos los caminos que conducen a la casa, excepto las puertas traseras. Orrie, en lo alto de esta colina, con prismáticos y motocicleta. Pero tanto da que se queden en casa y jueguen a las cartas, puesto que no saben volar.

—Saúl Panzer puede hacerlo —replicó Wolfe—. Las nubes tendrán ojos. Gracias, Archie. Eso es todo. No te entretengo más.

CAPÍTULO XVIII

EL miércoles por la mañana me desperté antes de las siete, pero no me levanté. Miré los rayos del sol penetrando por la ventana y escuché los ruidos de la calle y de los barcos y transbordadores del río, diciéndome que desde el momento en que Orrie, Fred y Bill habían recibido orden de estar en el garaje a las seis y media, ya debían de hallarse muy lejos. Mi papel aún no me había sido asignado.

Por fin, me levanté, afeité y vestí, sin darme prisa, y bajé a la cocina. Estaba tomando la segunda taza de café, cuando sonó el timbre del teléfono. Fui al despacho, pero Wolfe había contestado desde su habitación. Escuché. Era Orrie Cather, informando que habían llegado y que todo estaba dispuesto. Eso fue todo. Volví a la cocina y a mi café.

Después de la tercera taza y de un cigarrillo, entré en el despacho. Más pronto o más tarde nuestro genio revelaría sus secretos. Subí. El cuarto de Wolfe estaba abierto. Estaba levantado y vestido. Sólo le faltaba la chaqueta. Las mangas de su camisa amarilla —se cambiaba dos veces al día de camisa, y siempre la usaba amarillo canario— parecían dos patas flotantes. Busqué les ojos de Nero y me guiñó uno. Quedé tan asombrado que supongo debí de abrir una boca de a palmo.

Dejó los cepillos y volvióse hacia mí.

—Buenos días, Archie. ¿Has almorzado? Bien. Es agradable volver a ver el sol después de las nubes de ayer. Recoge de la caja los documentos de Maffei. Por si acaso lleva una pistola. Ve a White Plains y reúnete con el señor Anderson en su despacho. Te estará esperando. Llévale a casa de los Kimball. Enséñale a Manuel Kimball, si es necesario le señalas. Cuando Manuel Kimball haya sido

detenido entrega los documentos al señor Anderson. Vuelve aquí y te encontrarás con Fritz que te ha preparado uno de tus platos favoritos.

—Está bien —repliqué—. Pero ¿por qué tanto misterio?

—Los comentarios más tarde, Archie. Ahórralos, por favor. Tengo que estar arriba dentro de diez minutos y aún he de tomar mi chocolate.

—¡Ojalá se ahogue con él! —exclamé, saliendo del cuarto.

Con los documentos de Carlo Maffei, la declaración de Ana Fiore en el bolsillo interior de mi chaqueta, y un treinta y ocho, cargado, en el bolsillo posterior del pantalón, me dirigí al garaje. Brillaba el sol y hacía calor. Era un buen día para el fin de *fer-de-lance*. Era el veintiuno de junio, el día más largo de todo el año, según creo.

Anderson me esperaba. La telefonista de su oficina me saludó y, enseguida, empezó a manejar las clavijas. Anderson acudió a mi encuentro. Le acompañaban dos hombres con el sombrero puesto y aspecto fuerte. Uno era H. R. Corbett. Al otro no le conocía. Anderson dijo algo a la telefonista y enseguida se acercó a mí.

—¿Qué hay? —preguntó.

Sonreí.

—Estoy dispuesto, si lo están ustedes. Hola, Corbett. ¿Viene con nosotros?

—Llevo dos hombres —dijo Anderson—. Usted conoce el asunto. ¿Son suficientes?

Asentí.

—Para lo único que los necesitaremos será para que me sostengan el sombrero. En marcha.

El tercer policía abrió la puerta y acto seguido salimos todos.

Anderson subió conmigo a mi auto. Los otros nos siguieron en uno oficial. Observé que no era la *limousine* de Anderson. Los policías que encontrábamos por la calle saludaban a mi acompañante, y yo sonreía pensando lo que les hubiera asombrado saber cuánto le costaba aquel viajecito al fiscal.

En veinte minutos fui de la oficina de Anderson a la entrada de la finca de Kimball. Al reducir la marcha para virar, el reloj marcaba las once menos veinte.

Durkin estaba allí, al otro lado de la carretera, sentado en el estribo del sedan. Le saludé con un ademán, pero no me detuve.

—¿Es uno de los hombres de Wolfe? —preguntó el fiscal.

Moví afirmativamente la cabeza y avancé a buena marcha por el camino que conducía a la casa. Había avanzado un centenar de metros cuando Anderson

ordenó:

—¡Pare!

Le obedecí.

—¡Pero si ésta es la finca de los Kimball! ¡Se ha equivocado!

Moví negativamente la cabeza.

—No. Ya conoce usted a Nero Wolfe. No hago más que obedecer órdenes.

El auto de Corbett se había detenido detrás del nuestro. Anderson me miraba lleno de asombro y dudas. Yo tenía los oídos atentos, pero no para captar la respuesta de Anderson, sino para oír el zumbido de un aeroplano. Aunque hubiese querido salir del coche y mirar hacia arriba, no hubiera podido, por impedírmelo las copas de los árboles. De todas formas, no cabía duda que se oía volar un avión. Quité los frenos y fui hacia la casa.

—¿Se da usted cuenta del riesgo que corre, Goodwin? —dijo Anderson—. ¡Si llego a saberlo…!

—¡Cállese! —le ordené.

Frené delante de la casa y subí corriendo a llamar a la puerta. Ésta se abrió al cabo de un minuto, y apareció un grueso mayordomo.

—Quisiera hablar con el señor Manuel Kimball —dije.

—Sí, señor. ¿El señor Goodwin? Le está esperando. Me encargó que fuese usted al hangar y le esperara allí.

—¿Está en el hangar?

El mayordomo vaciló. Verdaderamente parecía preocupado.

—Creo que pensaba volar en su aparato.

Di las gracias y regresé al auto. Corbett estaba hablando con Anderson.

Éste me dijo, al verme volver:

—¡Oiga, Goodwin!

—¿No me ha oído que se calle? ¡Estoy ocupado! ¡Lárguese, Corbett!

Me dirigí hacia el pequeño aeródromo. Allí, libres de los árboles, el zumbido del motor era más fuerte. Di la marcha al auto y lo detuve en seco frente al hangar. Skinner, el mecánico, estaba en el umbral de la enorme puerta. Salté del auto y corrí hacia él.

—¿El señor Manuel Kimball?

Skinner señaló al cielo. El que se oía era el avión de Manuel Kimball. Volaba alto, pero no demasiado. Pude ver el rojo azul y negro del aparato. Parecía emitir demasiado ruido, pero un momento después comprendí a qué era debido al ver,

por encima del aparato de Manuel, a otro avión que volaba en círculo y que era mucho más veloz. Los dos aeroplanos volaban en la misma forma.

—Esta mañana tiene compañía —dijo Skinner.

—Eso veo —repliqué—. ¿Quién es el otro?

—No sé. Lo vi por primera vez antes de las ocho, y desde entonces no se ha movido de por aquí. Es un bimotor «Burton». Un aparato magnífico.

Recordé que Wolfe había dicho que las nubes tendrían ojos. No había nubes, pero era indudable que había ojos.

—¿A qué hora despegó el señor Kimball? —pregunté.

—Poco después de las diez. Vinieron poco después de las nueve y media, pero el segundo asiento no estaba arreglado, y tuve que fijar las correas.

En cuanto habló comprendí lo que quería decir. No obstante pregunté:

—¿Le acompaña alguien?

—Sí, su padre. El señor es sólo la tercera vez que vuela. Al ver que el asiento no estaba preparado casi desistió de subir. Pero lo arreglamos en un momento.

Volví a mirar los aeroplanos. Manuel y su padre volaban juntos. Un paseo matinal, sin duda. No sería fácil que pudiesen hablar.

Me dirigí hacia el auto para hablar a Anderson. Corbett había bajado de su coche y se dirigía hacia mí. Me detuve a escucharle.

—Bueno, ya hemos venido a su fiesta. ¿Dónde está el huésped de honor?

Lo aparté a un lado y seguí hacia el auto. Comprendiendo que no convenía que el mecánico se enterase de nada, dije en voz baja:

—Tendrá usted que esperar, señor Anderson. El asesino de Barstow está dando un paseo en avión. Lamento que no llegara usted a tiempo de impedirle salir, pero no se preocupe; le cogerá.

En aquel momento alguien pronunció mi nombre. Me volví. Era Skinner. Había abandonado el hangar y se acercaba con un palo de golf en una mano y una carta en la otra.

—Me había olvidado —estaba diciendo el mecánico—. Usted es el señor Goodwin, ¿verdad? El señor Kimball dejó esto para usted.

¡El *driver*! Lo examiné atentamente. Su aspecto exterior sólo era el de un palo de golf. ¡Pero no cabía duda de que se trataba del *driver* que mató a Barstow! Lo sostuve bajo el brazo y examiné la carta. El sobre no estaba cerrado. Iba dirigido a Nero Wolfe. Saqué lo que había dentro. Era un papel en el que se leía:

Muchas gracias, Nero Wolfe. Como agradecimiento a su amabilidad le dejo un pequeño obsequio. — Manuel Kimball.

El aparato negro, rojo y azul seguía en el cielo. Iba cada vez más alto. Volando en círculo, como el otro. Guardé las copias en el sobre.

Corbett se colocó delante de mí.

—¡Deme eso! —pidió.

—No, gracias. Puedo guardarlo yo.

Saltó como un gato y me pilló desprevenido. Con una mano cogió el sobre y con la otra el palo. Corrió hacia el auto. En dos saltos me coloqué delante de él. No estaba para bromas.

—¡Cuidado, que ahí va! —exclamé.

Y puse en el puño derecho todo el peso de mi cuerpo, enviándolo a chocar contra la barbilla del policía. Soltó su botín y quiso cubrirse. Le dejé que levantase las manos y entonces le solté otra bomba, finté con la izquierda y le dejé seco con la derecha. Esta vez cayó cuan largo era. Su amigo acudió corriendo. Me dispuse a recibirle, pero Anderson ordenó con más imperio del que le creía capaz:

—¡Alto, Curry!

Éste se detuvo. Yo retrocedí. Corbett se levantó con mirada furiosa.

—¡Quieto, Corbett! —ordenó, también Anderson.

—Por mí no lo haga, señor Anderson —dije—. Si quieren jugar a carteristas puedo recibirles a los dos. Necesitan que se les enseñe un poco de respeto a la propiedad privada.

Me incliné a recoger el *driver* y el sobre. Mientras me inclinaba oí gritar a Skinner:

—¡Dios! ¡Ha perdido el dominio!

Por un momento creí entender que yo había perdido el palo, y pensé que estaba loco. Luego, al levantarme, vi que estaba mirando al cielo. Alcé la cabeza. El avión de Manuel Kimball caía recto encima de nosotros.

Corrimos hacia el hangar. Anderson había descendido del auto y se reunió con nosotros. Nos volvimos a tiempo de presenciar el choque. Una sombra negra rasgó el aire. Un gran estruendo, rápido y seco. Volaron trozos de armazón. El aparato había dado contra la pista de cemento, a menos de diez metros del auto de Corbett.

Salimos del hangar y echamos a correr hacia el aparato.

—¡Cuidado con la explosión! —advirtió Skinner.

Lo primero que vi no tenía nada de bonito. Lo único que me indicó qué había sido E. D. Kimball era que estaba sentado en el asiento posterior. El choque tuvo lugar de tal forma que la parte trasera fue la que más sufrió. En cambio, Manuel Kimball era fácil de reconocer. No tenía el rostro desfigurado. Skinner y yo lo soltamos de las correas, mientras los otros sacaban al padre. Los llevamos al hangar y los colocamos sobre unas lonas, en el suelo.

—Será mejor que retiren sus autos —aconsejó Skinner—. Puede producirse una explosión.

—Cuando retire mi auto será para mantenerlo en movimiento —dije—. Señor Anderson, cumplo lo que prometió Nero Wolfe. —Saqué los documentos y se los tendí—. Aquí tiene sus pruebas. Y en el suelo tiene al asesino. El que aún conserva la cara.

Recogí del suelo el sobre y el palo de golf y eché a correr. En menos de cuatro segundos escapé de allí.

Me detuve un momento a decirle a Durkin:

—Llama a tus compañeros y diles que ya podemos irnos. La función ha terminado.

En veintidós minutos volví a White Plains. El auto nunca había funcionado mejor. Telefoneé a Wolfe desde la misma farmacia que las veces anteriores. Le hice un relato breve, pero completo, de lo ocurrido.

—Bien —dijo—. Espero que estarás enfadado conmigo, Archie. Pensé que era mejor que tu cerebro no estuviese enterado de todos los pequeños detalles. Y, a propósito, ¿dónde está White Plains? ¿No podrías detenerte un rato en Scarsdale? Glueckner me ha telefoneado diciendo que ha logrado cruzar una *Denárobium Melpomene* con una *Findlayanum*, y me ofrece una semilla.

CAPÍTULO XIX

REALMENTE no parecía gran cosa. Era azul pálido y tan pequeño que cabía en un sobre sin doblarlo. Parecía aún más pequeño de lo que era, porque la escritura que lo llenaba era grande y angulosa, pero era una letra que denotaba carácter. Debía de ser la letra de Sarah Barstow. La firma, Ellen Barstow, era completamente distinta. Fina y cuidada. Era el sábado por la mañana y el cheque había llegado en el primer correo. Le dirigí una fulminante mirada antes de tendérselo al encargado de la caja. Al recibirlo había telefoneado a Wolfe, al invernadero, diciéndole que había llegado una carta de los Barstow. Me contestó que la abriera y fuese a depositar el cheque.

A las once Wolfe entró en el despacho, sentóse ante su mesa y pidió cerveza a Fritz. Tenía dispuesta para su examen la lista de gastos del caso Barstow, y, en cuanto terminó de revisar el poco correo que había llegado, se la tendí. Tomó un lápiz y repasó gasto por gasto. Cuando le vi detenerse en el antepenúltimo, tragué saliva.

Wolfe levantó la cabeza.

—Archie. Tenemos que comprar otra máquina de escribir —dijo.

Carraspeé.

—Ésta es demasiado impulsiva —siguió—. Tal vez no te hayas dado cuenta. En el capítulo de gastos de Ana Fiore ha puesto una cifra más delante del punto decimal. Y veo que tú, al sumar, no te has dado cuenta del error.

—Me olvidé de decírselo —sonreí—. Los cien dólares de Ana han hecho cría. Ahora son mil. Pienso llevárselos esta tarde.

Wolfe lanzó un suspiro. Llegó la cerveza. Destapó una botella y bebió un vaso. Dejó la lista de gastos debajo del pisapapeles, y se recostó en su sillón.

—Mañana me reduciré a cinco litros.

Sonreí, más aliviado.

—¿Sabe lo que hará Ana con ese dinero? —pregunté—. Pues se comprará un marido.

—¡No le des nada! Dile que el dinero se ha perdido.

—No, señor. Le daré el dinero y que ella misma se abra su tumba. Y ahora, ¿quiere decirme de dónde sacó usted la peregrina idea de matar a E. D. Kimball?

—Querrás decir que la idea se le ocurrió a su hijo.

—No. Fue usted quien le mató.

Wolfe movió negativamente la cabeza.

—Te equivocas, Archie. E. D. Kimball fue asesinado por el hijo a quien dejó abandonado cuando sólo era un niño, dejándolo en el suelo, entre los juguetes bañados en el charco formado por la sangre de su madre. Hablando con propiedad, E. D. Kimball no fue asesinado el miércoles por la mañana, sino el domingo, cuatro de junio. A causa de uno de los desgraciados accidentes en que el azar se mezcla con los procesos naturales de la vida y la muerte, Barstow murió en vez de él. Es cierto que yo intervine en ayudar a que ese error fuese remediado. Hice que Durkin entregara a Manuel Kimball copias de nuestras pruebas contra él, y telefoneé a Manuel diciéndole que estaba cercado en la tierra y encima de ella. Dejé que el Destino siguiera su curso y que diese la casualidad de que E. D. Kimball no marchara a la ciudad.

—Usted me dijo una vez que no se puede ocultar la verdad construyendo alrededor de ella una barrera de cristal. ¿Por qué hacerlo ahora? Usted le mató.

Wolfe inclinó la cabeza. Sirvióse otro vaso de cerveza, y echándose hacia atrás, contempló cómo se desvanecía la espuma. Cuando sólo quedó un fino círculo me miró y lanzó un suspiro.

—Lo malo en ti, Archie, es que te aferras tanto al hecho que no ves lo que le rodea. Ten en cuenta la situación con que yo me enfrentaba. Manuel había intentado matar a su padre. Por una casualidad fuera de su dominio, Barstow murió en lugar de él. En mi poder tenía pruebas que demostrarían a Manuel Kimball culpable del asesinato. Me vi forzado a obrar porque no podía dejar que se perdiese la recompensa. Si te hubiese permitido detener a Manuel sin avisarle, y entregarle vivo a la justicia del pueblo del Estado de Nueva York, habría marchado a la silla eléctrica convertido en un hombre deshecho, amargado, sin la única satisfacción que la vida podía ofrecerle. Y su padre habría quedado amargado igualmente, deshecho, viviendo sin ninguna ilusión los últimos años de su vida. De haber hecho eso me hubiera sentido responsable de tanto dolor, y

Ja perspectiva no tenía nada de agradable. Sin embargo, tenía que obrar. Lo hice e incurrí en una responsabilidad mucho más desagradable.

»Tú solucionas todo el complejo fenómeno diciendo, sin ton ni son, que yo asesiné a E. D. Kimball. Bien, Archie; acepto la responsabilidad de mis actos; pero no quiero cargar con el peso de tu tontería. Ése debes llevarlo tú.

Sonreí burlón y repliqué:

—Puede que sea tonto y todo lo que usted ha dicho. Pero no lo soy tanto que no se me haya ocurrido una idea muy simple mientras esta mañana volvía del Banco.

—¿De veras?

—Sí, señor. Se me ocurrió que si Manuel Kimball hubiese sido detenido y llevado ante el juez, usted se hubiese tenido que poner su sombrero, sus guantes, habríase visto obligado a salir de casa, a ir en auto, llegar hasta White Plains y sentarse en la sala del tribunal, esperando que le llegase el turno de declarar. Mientras que ahora, siendo lo que son los procesos naturales, y teniendo usted tan buenos sentimientos para los fenómenos, se puede estar aquí sentado, sosteniendo el peso de todas sus responsabilidades.

—Tal vez —musitó Wolfe.

FIN

Notas

[1] En el juego de golf montoncito donde se coloca la pelota que hay que lanzar.
<<